

DINO SCHIAPPACASSE

EL APOSTOL DE FUEGO

EDICIONES PAULINAS

Nihil obstat

Wenceslao Barra
Vicario General

Valparaíso, 23 de diciembre de 1963.

Inscripción Nº 27929

EDICIONES PAULINAS

Avda. Edo. O'Higgins, 1626 — Casilla 3746 — Santiago-Chile

Con las debidas licencias

ADVERTENCIA.—Cuando empleamos en las páginas de esta obra, al hablar del Apóstol, palabras como "santo", "milagro", "hechos prodigiosos" o "extraordinarios", etc., declaramos no pretender anticiparnos al juicio de la Iglesia, cuyas decisiones queremos acatar.

*Fuego he venido a traer a la tierra,
¿y qué he de querer sino que arda?*

Lucas, XII, 49.

PROLOGO

Era el mes de enero o febrero de 1957. La ciudad, en la tibia canícula del crepúsculo, bullía de turistas con sus vestimentas ligeras y extravagantes. En el cielo ma'va, sobre los viejos edificios, flotaba una inmensa luna dorada. Venus dardeaba suavemente entre las llamas del crepúsculo. Caminando por las estrechas calles tumultuosas, me parecía bogar en un mar de púrpura. El tráfago me ensordecía; pero delante de mí, el espacio se llenaba con visiones.

Pensaba en un libro que estaba escribiendo. Había corregido y rehecho infinidad de veces algunos capítulos y no lograba terminarlo. Y a veces me gustaba y a veces no. Todo dependía de mi estado de ánimo. Acariaba también, en alternada complacencia, mi sueño grandioso: escribir la Suma Cristiana de nuestro tiempo.

—“Debemos liberar al hombre de la Tecnología ciega y comprender la complejidad y riqueza de su propia naturaleza. Debemos rescatar al individuo del estado de atrofia intelectual, moral y fisiológica que han traído consigo las modernas condiciones de vida. —Eran las palabras de Alexis Carrel que resonaban, como un himno de batalla, en mi mente—. Debemos desarrollar todas sus potencias. Darle la salud. Restablecerlo en su unidad, en la armonía de su personalidad. Debemos liberarlo del cosmos creado por el genio de los físicos y de

los astrónomos, ese cosmos en que se halla preso desde el Renacimiento. A pesar de su prodigiosa inmensidad, el mundo de la materia es demasiado estrecho para el hombre. Este no se ajusta a él, del mismo modo que no se ajusta a su medio económico y social. No podemos adherirnos a la fe en su exclusiva realidad. Sabemos que no estamos comprendidos del todo dentro de sus dimensiones, que nos extendemos en alguna parte, fuera del continuo físico. El hombre es a la vez un objeto material, un ser viviente, un foco de actividades mentales. Su presencia en el prodigioso vacío de los espacios intersiderales es totalmente despreciable. Pero no es un extraño en la región de la materia inanimada. Con ayuda de las abstracciones matemáticas su espíritu capta lo mismo los electrones que las estrellas. Está hecho a la escala de las montañas terrestres, los océanos y los ríos. Pertenece a la superficie de la Tierra, igual que las plantas y los animales. Se siente a gusto en su compañía. Está más íntimamente ligado a las obras de arte, los monumentos, las maravillas mecánicas de la nueva ciudad, al pequeño grupo de sus amigos, a aquellos a quienes ama. Pero también pertenece a otro mundo. Un mundo que, aunque se halla dentro de sí mismo, se extiende más allá del espacio y del tiempo. Y desde ese mundo, si su voluntad es indomable, puede viajar por ciclos infinitos. El ciclo de la Belleza, contemplado por los sabios, los artistas y los poetas. El ciclo del Amor, que inspira el heroísmo y la renunciación. El ciclo de la Gracia suprema, que recompensa a aquellos que buscan apasionadamente el principio de todas las cosas. Este es nuestro Universo".

Pero, ¿cómo proceder a construir la síntesis liberadora? Ese era el gran problema. Porque me era imposible concebir en qué línea de acción podía intentarse la reconciliación entre la religión y la ciencia. En el pa-

sado, en el encuentro entre el cristianismo y la filosofía hebreica quedó latente un conflicto en virtud del acto pacificador de dar expresión teológica a las verdades de la Revelación, en una terminología filosófica; sólo que, como vimos, la línea de acción que se adoptó fue una aberración fundada en un falso concepto de la relación entre la verdad espiritual y la verdad intelectual. Porque se fundaba en el equivocado supuesto de que la verdad espiritual podía formularse en términos intelectuales. Aun cuando fuera posible substituir la teología clásica por una nueva teología, expresada en los conceptos de la ciencia moderna, el éxito de este intento no sería más que una repetición de un error anterior. Una teología formulada científicamente (si fuera posible concebirla) sería tan insatisfactoria y efímera como la teología formulada filosóficamente que cuelga cual piedra de molino del cuello de los cristianos del siglo XX. Sería insatisfactoria porque, como dice Arnold Toynbee en su "Estudio de la Historia", el lenguaje del intelecto es inapropiado para expresar la visión del alma y sería efímera porque uno de los méritos del intelecto consiste en que éste se desplaza constantemente y descarta sus conclusiones anteriores.

¿Cómo, pues, habrían de reconciliarse ciencia y religión en la nueva Suma Cristiana? ¿Había un camino que permitiera una operación combinada en una dirección más promisoría?

Leía y pensaba. Pensaba y leía. Y de tanto pensar y leer se me hipertrofiaba el cerebro... pero se me secaba el corazón.

Llegué a la Plaza de los Héroes y subí a un trolebús. En el segundo asiento de la izquierda divisé a un amigo y me senté a su lado. Tenía necesidad de hablar y le hablé con entusiasmo del libro que estaba escribiendo. Era vital que me mantuviese entusiasmado; de lo

contrario estaba perdido. Me escuchó con paciencia y me preguntó si me interesaría conocer a un "santo".

—¡Un santo!— exclamé, y lo miré escéptico.

En pocas palabras, me explicó de quien se trataba: del padre Mateo Crawley-Boevey, apóstol mundial de la Entronización del Corazón de Jesús.

Demostre interés pero sin mucha vehemencia. Pre-juzgué que sería un retórico más. Hacía algún tiempo había conocido uno en los Sagrados Corazones que había sido el instrumento providencial de mi conversión. Terminaba de leer la "Historia de Cristo" de Papini y ya un poder invisible, al que me sentía incapaz de resistir, me arrastraba a la iglesia los domingos; pero en mí estaba en guardia y vigilante el humanista pagano que no se resigna fácilmente a aceptar limitaciones a su pensamiento. Sin embargo, cuando oí a este hombre predicar, todas mis dudas desaparecieron de golpe. Era un artista de la palabra habada y yo era un artista de la palabra escrita, y esta afinidad me salvó. Domingo tras domingo, lo escuché embelesado durante meses. Pero cuando me acerqué a él, con el corazón desbordante de gratitud y admiración, buscando su amistad como un bien precioso, lo conocí verdaderamente y me convencí de que no era más que eso: un retórico.

Cuando trasponga las Puertas del Reino, pese a ello, lo hará con su discurso más elocuente: no dirá una palabra y en su mano extendida, brillando como la dracma preciosa del Evangelio, estará mi alma.

Fui a ver al "santo". Fuimos varios. Cinco o seis. Quería reunir diez o doce adoradores nocturnos y le había encargado a mi amigo el seleccionarlos.

Nos sentamos alrededor de él en su cuarto. Aun lo recuerdo. Lo teníamos tan cerca que en cualquier momento mi mano podía tocarlo. Era un anciano pequeño y ligeramente encorvado. Tenía entonces ochenta y

un años cumplidos. Pero su ascético rostro veíase asombrosamente vivo, radiante de poderosa vitalidad. Sus ojillos negrísimo, rasgados como pequeñas almendras, eran lo más vivo de todo en su rostro pálido y hermoso.

Cuando empezó a hablar, todo él se animó y su voz llenó el cuarto de una vida maravillosa; sus palabras eran música y espíritu; una realidad tangible y presente que trascendía mente e inteligencia para hundirse, embriagadora, profundamente en el corazón e imponerse con la misma fuerza de la Vida...

Cuando me reuní con mi esposa, le dije emocionado: "He conocido a un santo". No me respondió nada. Con toda certeza pensó que juzgaba prematuramente. Sabía que una vez me había equivocado. Pero yo era ya demasiado lúcido.

Y día tras día fui donde él. Y día tras día me habló. Y yo escuchaba. Escuchaba como en éxtasis. A veces su rostro se transfiguraba como un sol naciente. Un halo vibraba en torno a su cabeza. Y entonces me acometía el impulso de arrodillarme y besarle los pies. No hacía otra cosa que escuchar y llorar... y miraba después las estrellas y las flores y las caras de los niños. ¡Y todo resplandecía!

Sólo existía el Amor. ¡El Amor era la única realidad del universo!

Lo visitaba en la mañana y lo visitaba en la tarde. A mediodía estaba aún con él y de pronto entraba el mozo con el almuerzo. Me levantaba para irme pero un gesto suyo me detenía.

—¡No, no! ¿No somos hermanos? Vamos a compartir el almuerzo. Como los apóstoles, que lo compartían todo.

Trinchaba un trocito de queso rosado y me lo ofrecía con una sonrisa. Y me convidaba también la mitad de su vaso de vino.

La noche del jueves 6 de junio, acatando sus deseos, los doce adoradores nocturnos que hacíamos con él la vela reparadora llevamos el acto de consagración particular que nos había pedido. Cada cual depositó el suyo sobre el altar de su oratorio, y, finalizada la Hora Santa, él los firmó en nuestra presencia, aceptando su consagración a Nombre del Rey de Amor.

El mío decía así:

“¡Oh divino Corazón de Jesús!, yo prometo consagrarte, en la medida que me permitan mis horas libres, por toda mi vida, mi silencioso apostado de pensamiento. Ignoro, sin embargo, si podré llevar a cabo, yo solo, una tarea de semejante sabiduría y trascendencia: escribir la Suma Cristiana de nuestro tiempo. ¿Tendré para ello suficiente capacidad intelectual?

“¡Señor!, que descienda sobre mí tu gracia, y todo en mi espíritu será armonía, belleza y claridad. ¡Hab'a Tú en mi noche constelada, que soy todo oídos para escucharte!

“Soy un instrumento vil; pero, lo que es vil, Tú lo vuelves precioso; lo frágil, potente. Y Tú amas incluso lo más frágil, y contemplas lo que es nada. Tocas lo que carece de substancia, y dentro de lo que no es, Tú existes”.

Poco tiempo antes de los sombríos días de su pasión, extrañamente, como si despertara de pronto en mitad del sueño, me sentí impulsado a contar la extraordinaria historia de su vida.

Y comencé a escribir el libro que ahora vais a leer.

DINO SCHIAPPACASSE.

I

Bernardino Murga camina feliz llevando a su nietecito en sus brazos. La criatura parpadea y entorna los negros ojillos con placenteros mohines, a la sombra de la orla del capillo, ribeteado por una trama de cintas rosadas y celestes. Sólo unas decenas de metros separan la comunidad de los mercedarios del solar de los Murga. Excepto los ojos de mirada triste y profunda, todo en la persona del anciano tiene un aspecto marcial y enérgico: la gallardía del porte; la elástica firmeza de los pasos; la frente alta y recta; el mentón enérgicamente modelado.

Algunos notables se inclinan con deferencia al paso de don Bernardino, que es Vocal de la Corte Superior de Arequipa.

Como una rosa abierta, la Ciudad Blanca brilla alegremente bajo el sol. Los rayos frotan las cimas nevadas de los Andes y la luz fluye en dulces y lechosos torrentes por las abruptas laderas; espejea en los blancos bloques de lava solidificada de las casas y recalienta las viejas piedras de las torres y los campanarios.

Es el 27 de diciembre de 1875. Su nietecito ha cumplido los cuarenta días de edad y don Bernardino lo lleva a su primera visita al templo. El anciano parece no ver el mundo que lo rodea; en sus oídos resuenan las voces de los Arcángeles y Querubines, Angeles y Serafines, que en su misterioso canto dicen:

Santo, Santo, Santo...

Bernardino Murga es un cristiano que vive verdaderamente la vida de la fe. Un auténtico cristiano para quien creer no es un sentimiento pasivo, estático, sino en acción; acabado, sino en continuo devenir, en continua realización. Sabe que requiere un esfuerzo, y que en eso justamente consiste su grandeza.

Los mercedarios salen en grupo a recibirlo; don Bernardino es síndico de la comunidad y goza del aprecio general de los padres. Prodigan a la criatura, deliciosa y sonriente, cuyo cráneo sonrosado cubre una tenue vellosidad dorada, caricias y mimos. Preguntan cómo se llama. ¿Eduardo? Bonito nombre. ¡Nombre de rey! ¿Y es don Bernardino el padrino? No; el padrino es su hijo Millán y la madrina, su hija Juana Rosa...

Don Bernardino explica, finalmente, el motivo que lo trae al convento. Y jubilosamente escoltado por todos aquellos buenos mercedarios, el niño es presentado y ofrecido en el templo.

En abril de 1877, Octavio Crawley-Boevey debe partir a Inglaterra por asuntos de negocios. Como ignora qué tiempo permanecerá en su patria, piensa emprender viaje con toda su familia; pero al pequeño Eduardo, que sólo tiene un año y cinco meses de edad, lo aqueja una grave disentería y Mr. Crawley-Boevey no sabe realmente qué resolver, ya que el médico ha dicho que la travesía por mar sería mortal para el niño. Por último, él y su esposa deciden dejar al niño en poder de su abuelo, que insiste en tomarlo bajo su cuidado. Y se embarcan con destino a Londres acompañados únicamente de sus hijos Carlos y Margarita, no sabiendo si volverán a verlo vivo.

El hombre es, indudablemente, herencia, educación y ambiente; pero es, sobre todo, gracia. Y la gracia es la

que, en último término, da validez a la herencia, la educación y el ambiente.

En el caso del hombre cuyos caracteres humanos y cuya vida y cuya obra pretendemos trazar, una herencia de noble sangre inglesa, con todas las influencias que ella pueda tener en la conducta, tiene, evidentemente, su importancia. Especialmente en lo tocante al orgullo. Porque el orgullo, más que cualquiera otra de las diversas tendencias naturales, puede ser la causa que conduzca a un alma o a su fracaso o su grandeza. Es un monstruo que unos combaten y otros le hacen el amor; y otros, los más sabios, lo combaten y le hacen el amor al mismo tiempo. Sólo los que escalan las más altas cumbres no lo combaten ni le hacen el amor, pues se aman sencillamente a sí mismos en Dios.

Octavio Carlos Crawley-Boevey es el séptimo hijo de Sir Martin Hyde Crawley-Boevey y Elizabeth Daubeney.

Martin Hyde fue el segundo hijo de Sir Thomas Crawley-Boevey y Albinia Page, hija de Sir Thomas Hyde Page, caballero de los ingenieros reales; el primero, Thomas Lloyd, sólo vivió hasta los nueve años, pasando a ser así Martin Hyde el cuarto baronet. Poseyó además los títulos de Juez de Paz, Guarda Mayor del Bosque Real de Dean en 1847, Capitán del Cuerpo de Guardia del Rey en el condado de Gloucester, en 1854, y Capitán del 12º Regimiento de Voluntarios Rifleros en 1860.

La heredad de los Crawley-Boeveys, la antigua Abadía Cisterciense de Flaxley, llamada también Abadía de la Santísima Virgen María de Dene, fue fundada por Roger, hijo de Milo Fitzwalter, Conde de Hereford, alrededor del año 1148 en el valle de Clastlard. Milo, Conde de Hereford, fue muerto por una flecha mientras cazaba en el valle la víspera de Navidad de 1143, y el monasterio se fundó en su memoria.

Al igual que todos sus hermanos, Octavio Crawley-Boevey recibe su primera educación en casa, en Flaxley, al viejo estilo inglés, alternando los estudios con los ejercicios al aire libre: cabalgatas, partidas de caza, etc. Pero si aquellos siguen las carreras de las armas, Octavio, en cambio, atraído por el comercio, muy pronto se hace cargo del puesto que legítimamente le corresponde como heredero en la alta directiva de la casa Gibbs. Centrada en Londres y con filiales en diversas partes del mundo, la casa Gibbs ha sido fundada por Antony Gibbs Crawley-Boevey.

El 2 de septiembre de 1871, Octavio Crawley-Boevey contrae matrimonio en Arequipa con María Francisca Murga y Murguía. No opone objeción alguna, tal es su amor por la dulce María Francisca, a la condición impuesta por don Bernardino de abjurar del protestantismo y ser rebautizado¹. Además, don Bernardino le exige la promesa de dejar a su compañera toda libertad para practicar el catolicismo y educar sus hijos en esta religión. Cuando se casan, él tiene veinticinco años y ella sólo diecisiete.

Los asuntos comerciales lo retienen en Inglaterra juntamente con su familia por espacio de seis años, hasta 1883. En el transcurso de dicho tiempo nacen Mary, Lily, Alfred y Rose. Alfred no alcanza a vivir un año, muriendo en Londres el 3 de marzo de 1880.

Eduardito supera la crisis de la enfermedad y pronto recupera la salud por completo.

Crece bajo la vigilante mirada de su abuelo. Juana Rosa Murga, la hija soltera de don Bernardino, hace con él las veces de madre.

¹ El 27 de agosto de 1871, conforme a la partida de bautizo.

A los tres años el anciano le enseña a juntar las manitas y elevar las primeras preces al Altísimo. Y sobre sus rodillas, muy pronto aprende a rezar el Trisagio de la Santísima Trinidad¹. El abuelo recita pausadamente los versos de la primera estrofa y Eduardito los va repitiendo:

*Ya el sol ardiente se aparta,
Y así, oh luz perenne unida,
En nuestros pechos infunde
Amor, Trinidad Divina.*

Y luego los dos primeros Gozos:

*Dios Uno y Trino, a quien tanto
Arcángeles, Querubines,
Ángeles y Serafines
Dicen: Santo, Santo, Santo.*

*A vuestra inmensa deidad,
Indivisa en tres personas,
Clamamos, pues nos perdonas
Nuestra miseria y maldad.*

De la misma manera que percibe sus estados de conciencia, Eduardito “siente” de modo muy particular todo lo que su abuelo le enseña; siente la gracia de Dios y siente su Angel Custodio. *Sabe* que “su ángel” marcha a su lado cuando cruza las habitaciones inmensas y silenciosas, siempre oscurecidas por las grandes cortinas de terciopelo escarlata. De igual modo cuando

¹ Devoción muy popular en Perú.

2.—El apóstol...

juega solo en el jardín haciendo sus casitas, mira fascinado cómo extrañamente se agitan a su alrededor las ramas y las hojas de los árboles y las plantas; *sabe* que no es el viento quien las agita, sino "su ángel" que vuela invisible por encima de él, "cubriéndolo con sus alas".

Pero cuando el domingo escucha la misa al lado de su abuelo, su maravillosa "experiencia" de lo sobrenatural llega a su punto máximo en el instante en que el sacerdote levanta la hostia y "siente" la inefable presencia de Dios llenando todo su palpitante corazón...

Abuelo y nieto forman una pareja inseparable. Se les ve en todas partes juntos. Cada tarde, a la hora de las tres, se ve caminar en dirección a la catedral al gallardo gigante arrastrando de la mano al pequeñín. La catedral, a cuyo fondo se destacan los nevados contrafuertes andinos, eleva sus dos torres cuadrilongas frente a la plaza. Es costumbre en el anciano hacer una visita al Santísimo antes de ir a presidir las sesiones de la Corte Superior en el cercano Palacio de Justicia. Mientras el abuelo hace su adoración silenciosa, el niño deja vagar la mirada por las inmensas bóvedas, ricamente adornadas de imágenes y esculturas. Jesús, la Virgen, los apóstoles, los evangelistas, los santos le clavan sus ojos misteriosos y amicales desde las basas y las hornacinas. Pero quien atrae sus miradas es el Lucifer alado que sostiene el enorme púlpito. Experimenta siempre el irresistible impulso de atacarlo. Se apodera del bastón con pomo de marfil labrado del abuelo y se aproxima a cautelosos pasitos al Dragón. Punza su escamoso cuerpo, retrocediendo cada vez, pues teme que vaya a vomitar de súbito rojas lenguas de fuego, y lo

hunde con fuerza, "para matarlo", en las abiertas fauces de la Bestia...

Eduardito tiene cinco años cuando es testigo de aquel episodio que se queda grabado indeleblemente en su memoria. Es un episodio de horror; pero el horror, impresionando la imaginación de un niño, ¿no tiene también algo de maravilloso, de sobrenatural...?

Muere uno de los jueces de la Corte y todo el cuerpo de magistrados asiste a la misa en la iglesia de "La Merced". Don Bernardino ocupa entre los vocales el lugar de honor. Eduardito, como de costumbre, se halla pegado a su lado. Termina la misa y el celebrante se acerca al catafalco para asperjar el ataúd. Pero en eso, sordos golpes se hacen sentir provenientes del interior. En medio del estupor general, se interrumpe en el acto la ceremonia. Se hacen venir del convento dos o tres obreros. Bajan el ataúd al suelo y lo destapan. En ese instante, el supuesto muerto, blanco como la cera, se incorpora en el ataúd y mira hacia un lado y otro con ojos desorbitados. La gente sale despavorida del templo. Eduardito quiere salir también disparado, pero don Bernardino, que lo retiene firmemente de la mano, no se mueve. Eduardito, temblando, se acurruca contra sus piernas. El sacerdote se acerca al resucitado a darle una absolución. Y el falso muerto —un cataléptico— no hace más que recibirla y se desploma, esta vez definitivamente muerto.

Eduardito recibe en casa, bajo la dirección de una gobernanta, las primeras lecciones de lectura y de escritura. Aprende, además, a tocar el piano, la cítara y la flauta bajo la enseñanza de tres diferentes profesores de música. De los tres instrumentos, es la cítara la

que tañe con mayor arte y deleite, motivando los elogios de su profesor acerca de sus dotes musicales.

El carácter alegre y afectuoso de Eduardito y su gracia natural y cándida le conquistan las simpatías de todos. Su abuelo y su tía, "mamá Rosa", como Eduardito la llama, están felices con él en casa. Sus primos, los Ricketts¹, se lo disputan para jugar, por su cautivadora inventiva y porque es un gran constructor de casas.

Con curiosidad, don Bernardino lo contempla inclinado sobre sus policromas piezas de madera. Las largas crenchas de su cabello rubio oscuro, de reflejos bronceados², caen rozando sus sonrosadas mejillas. Cómicamente sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo, como un hindú, en silenciosa concentración erige laboriosamente sus casitas, asentando primero los basamentos y sobre ellos los pilares y paneles; en seguida las puertas y ventanas, las arcadas, las coronaciones y, por último, la techumbre. ¿Un arquitecto? ¿Un artista? Ciertamente, su nieto es un niño bello y encantador, donde también, desde luego, hay algo de él. Mas, lo sabe, es completamente inútil hacerse preguntas. Sólo Dios posee la clave del enigma de su vida y su destino.

Y así reflexionando, lo alza sorpresivamente del suelo y le estampa un soncro beso en la mejilla, mientras Eduardito ríe y grita de alegría. Lo aupa sobre su hombro y, brincando como un potro y resoplando como

¹ Hijos de Mercedes Murga de Ricketts, la segunda hija de don Bernardino.

² Predominará, sin embargo, gradualmente, a medida que crezca, el tono de cabello de los Murga, de tinte negro azulado, negro cuervo.

un caballo, se lanza a corretear con él por toda la casa.

No siempre las graciosas picardías de Eduardito son celebradas de buena gana.

Una tarde Juana Murga brinda uno de sus acostumbrados recitales de piano y canto a algunas amistades. Todos escuchan en recogido silencio. De improviso, Eduardito exclama desde su rincón, al final de un agudo demasiado afinado:

—“¡Igual que un gallito!”

Juana enrojece como una colegiala. Palidece y deja de tocar. Sonríe abochornada y se excusa con torpeza. Eduardito, en su rincón, está otra vez muy serio, pero ella, sin hacer caso de sus protestas, lo saca de un brazo del salón en medio de la diversión general.

Cuando su familia retorna a Arequipa, en mayo de 1883, Eduardito tiene siete años y medio.

En 1884, se opera el primer cambio en su vida. Este año, el 20 de diciembre, su familia parte hacia Chile. Mr. Crawley-Boevey pretende fundar en Valparaíso una nueva sucursal de la casa Gibbs¹. ¿Cómo influirá este cambio en el destino de Eduardito? Eduardito ama la música. Disfruta tocando su cítara. Le gusta construir casas. Le impresiona también aquel Dios misterioso que se oculta en la blanca hostia que el sacerdote levanta al son maravilloso de las tintineantes campanillas. Sus anhelos forman un haz de rojas llamas en cuya sima su alma arde como una pequeña y fantástica llamita azul pugnando por crecer y alzarse hasta el distante abismo azul de las estrellas.

Ya no verá más a su querido abuelo Bernardino, pero tampoco lo olvidará nunca...

¹ La primera sucursal que Octavio Crawley-Boevey fundó fue la de Tacna, antes de estallar la guerra entre Perú y Chile.

II

Al principio la familia se hospeda en Valparaíso, por algunas semanas, en una casa de pensión inglesa. Después ocupa un segundo piso en la calle Independencia; el primero lo habita cierta respetable familia Vicencio, dueña de la propiedad. Aquí tiene María Murga el gran dolor de recibir la noticia del naufragio del "Italia", donde venía embarcado de Lima, para visitarla, su preferido hermano Millán.

Meses antes de entrar al colegio, Eduardo recibe las primeras lecciones de catecismo. Es su hermana Margarita María quien lo adoctrina. Mayor que Eduardo un año y nueve meses, Margarita María ha heredado el piadoso espíritu de su madre.

En marzo de 1885, Eduardo ingresa al colegio de los Sagrados Corazones; su hermano Carlos, al año siguiente¹. Es el deseo de la madre que sus dos hijos se eduquen allí. De cepa esencialmente católica y de una profunda piedad, María Murga es una cristiana de misa y comunión diarias. En las tardes, ella y sus hijos, a su alrededor, rezan todos juntos el rosario y el domingo agregan el Trisagio de la Santísima Trinidad.

Es una arequipeña de porte esbelto y arrogante. Viste, a la moda de la época, trajes de sobria y sencilla elegancia. Su rostro no es propiamente hermoso; sus rasgos no son atractivamente armoniosos ni muestran ese no sé qué peculiar del encanto. Pero su rostro, de líneas suaves, algo severas, de típica austeridad hispánica, es

¹ Conforme a los datos del archivo del Colegio.

sensiblemente expresivo; y fácilmente obsérvase que detrás del brillo de su mirada tierna y tranquila, arde el fuego sagrado.

Toca el piano con viva sensibilidad y la música es al mismo tiempo para ella un gozo y una fuga. Mientras sus dedos recorren las teclas, tocando, por ejemplo, alguna de las bellas sonatas de Beethoven, su alma se entrega totalmente al dulce embrujo de la música; y aquellas blandas notas la arrastran a su mundo de bosques encantados y arroyos cantarinos, y percibe la voz de los pájaros, el canto de la codorniz, las voces del viento y de los árboles. Y en medio de todas esas armonías que flotan entre el cielo y la tierra, que evocan riberas floridas, pastoriles boscajes de deliciosa sombra, cielos risueños... ¡la dulce paz de Dios!... ¡Dios!...

En su amor por la música, ella y Eduardo se parecen. Eduardo hace grandes progresos ejecutando al piano bajo la rígida dirección pedagógica de su nuevo profesor. La enseñanza de éste es seca y un poco mecánica; pero esta disciplina es sumamente provechosa para un niño cuyas innatas disposiciones tienden a la exuberancia y a la impulsividad desarreglada. Estudia armonía y composición; hace ensayos al respecto en forma de trozos religiosos, cuyo carácter responde a la vivacidad de su piedad ingenua. Se ejercita asimismo en el descifrado de las partituras orquestales, en especial de las de Beethoven, por quien su madre le ha enseñado a sentir una apasionada admiración. El instrumento de sus preferencias es siempre la cítara. No es sólo un exquisito deleite el que experimenta al tocarla; es algo más: a través de los delicados, preciosos sonidos, Eduardo, sin saberlo, se expresa en plenitud; en ellos, sus anhelos suben a lo alto como una oración.

Por conveniencia de Mr. Crawley-Boevey, la familia

se traslada a los pocos meses al cerro Alegre, al suroeste de la ciudad, y reside por largos años en un barrio habitado en su mayoría por familias inglesas: la calle San Enrique. A la derecha, los Crawley-Boeveys tienen por vecinos al doctor Page con sus bulliciosos hijos, y al frente, al famoso pintor inglés Thomas Somerscales. Este pinta en el florido parterre, con cuadros de rosas en una gradación de colores que van del blanco de la escarcha al rojo de la sangre. Allí Somerscales se esfuerza por trasladar al lienzo aquella luz nítida y brillante que el sol vierte en cataratas de radiante triunfo.

Por orden de su padre, todos los días al irse al colegio, Carlos y Eduardo parten juntos de casa y llegan entrar un instante a la iglesia al llegar en la mañana y en la tarde al colegio. Un singular impulso lo lleva a buscar la sombra del santo Tabernáculo, a estar lo más cerca posible del Santísimo, que lo atrae como un "imán irresistible", y ante éste formula sus secretas oraciones. Y si su hermano, tres años mayor, lo abandona en el trayecto y se marcha adelante con algún amigo, entra también un momento en las iglesias del camino.

La vista de los pobres y desgraciados que encuentra en su trayecto lo desola y entenece, y su madre, cada mañana, le da unos cuantos centavos para que reparta entre los "pobrecitos mendigos" que le salgan al paso. María Murga es una mujer de gran caridad. Al entregarle los centavos, le dice: "Jamás, hijo, dejes de dar una limosna a un pobre cuando te la pida". Y cada mañana es favorecida por sus dádivas una vieja andrajosa que implora limosna acurrucada en el atrio de la iglesia del Espíritu Santo. Un día, al depositar Eduardo la moneda en su mano callosa, la infeliz no puede contenerse y lo abraza y lo besa llorando.

Cierta vez golpean a la puerta de la casa y Eduardo sale a abrir. Y se encuentra ante un individuo harapiento y escuálido, de cabello rubio pajizo y ojos azules cristalinos de lágrimas.

—¡Mucho pobre! ¡Mucho hambre!— profiere con una voz gangosa y patética, acercándose la descarnada mano a la boca como si fuese a devorarse los dedos.

Son tan impresionantes el aspecto y los ademanes de ese famélico vagabundo de ojos llorosos, que a Eduardo se le oprime el corazón y se echa a llorar allí mismo. Corre al comedor y arrasa con todo lo que la mesa tiene para el almuerzo: pan, mantequilla, carne fría, crema, fruta, ensalada, agua. Todo se lo lleva al vagabundo, que lo devora en un santiamén entre suspiros y gemidos de gratitud, cogiéndole las manos y cubriéndolas de besos y de lágrimas.

Cuando el padre y la madre llegan a la casa y se enteran de lo ocurrido, ambos aprueban cálidamente su generosa actitud. Su madre lo abraza y le dice: "Has hecho muy bien, hijo mío".

Hay en la comunidad un viejo sacerdote francés, el padre Mateo Le Blanc, que ha sido recibido en la congregación por el Padre fundador y del cual se cuentan en la ciudad hechos milagrosos, por lo que todo el mundo le llama "El Santo". Rodeado de su halo de misterio y poesía, encorvado sobre su bastón y a pasos vacilantes, el octogenario anciano pasea por los corredores en horas de sol. Como a san Juan Bosco, un fiel perrazo que se ha encariñado con él de modo inexplicable, lo sigue dondequiera que vaya, mostrando los colmillos a cualquiera que se aproxime al anciano de manera sospechosa. Desde el patio, los alumnos lo observan mientras se pasea y Eduardo es uno de los que lo miran

con mayor y más detenido interés, con una devoradora mirada de interés embelesado.

En 1886, una pulmonía fulminante arrebató la vida de Margarita María, cuando ésta tiene sólo doce años. Toda la familia llora con gran dolor la muerte de la piadosa niña. La madre, sin embargo, muy pronto se consuela. Porque, mientras sacan el ataúd de la iglesia de los Sagrados Corazones, “ella oye un cántico celestial”.

En este mismo año Eduardo es preparado para su primera comunión, junto con varios pequeños más. Al terminar el retiro, el padre Pablo Drinot Piérola les dice: “Si me prometéis portaros bien, voy a buscar al padre “Mateito” para que os dé una bendición”. Todos prometen ser juiciosos. Y a poco ven aparecer al venerado y encorvado viejecito... No pueden contenerse y se abalanzan a su encuentro, solicitando de rodillas su bendición. El anciano los abraza cariñosamente a todos, trazando una cruz en la frente de cada uno. Y en ese momento, repentinamente, algo germina y eclosiona en él: y su vocación se formula en su alma de una manera penetrante y clara.

Los padres de la comunidad, cuando Eduardo dice que quiere ser sacerdote, sonríen y callan. Sus compañeros, ante su ardor, se mofan de él. Pero su riguroso confesor, el padre Romualdo Lindemann, acoge seriamente su afirmación y hace todo lo posible por mantenerlo en su propósito. Y con frecuencia lo lleva al cuarto del padre “Mateito”, para que su vocación madure y se fortalezca al calor de su santidad.

Pronto adquiere el hábito de la comunión frecuente y luego cotidiana, como asimismo la costumbre de hacer los domingos una hora de adoración. Los retiros

mensuales, cortos como ráfagas de gracia pero siempre oportunos, reavivan su impulso.

Y en casa, mostrándole a su madre en el atlas el Cabo de Buena Esperanza:

—“¡Mira, mamá! Aquí hay caníbales hotentotes que se comen a los misioneros. ¡Aquí voy a ir yo cuando sea misionero!” — le dice con picardía.

—“¡Hijo mío, no me hables de esas cosas!” — exclama horrorizada ella, atrayéndolo hacia sí y estrechándolo contra su corazón, como si ya lo viese devorado por los salvajes hotentotes.

Acaricia el ensueño y la ambición de ser misionero, y está obsesionado por maravillosos sueños. Se ve desafiando toda suerte de imaginarios peligros y realizando toda suerte de gloriosas proezas. Francisco Javier es su ideal humano. El también presiente haber nacido para realizar grandes cosas. Para ser misionero en tierras remotas y exóticas. El relato de sus proezas misionales lo entusiasma, y en su corazón siente el deseo y el valor de imitarlo.

Su viva inteligencia, su agilidad de imaginación, su aplicación y, sobre todo, su piedad, lo hacen sobresalir muy luego del resto de sus compañeros. Su seriedad —en el más profundo y trascendente sentido de la palabra— llama la atención de sus profesores. Para él, todo es imponderablemente serio, y cualquier ocasión lo incita a tomar la palabra, que usa con tal arte y calor, que provoca la admiración general; todos reconocen su singular fuerza persuasiva.

Sus hermanas Mary, Rose y Lilian le obedecen como a un rey. Lo quieren más que a Carlos, son en todo sus fervientes partidarias y siempre lo están apoyando en contra del hermano mayor. Y mansamente permiten que les “predique” largos retiros encerrándolas bajo llave e imponiéndoles silencio.

El 4 de octubre, fiesta de san Francisco de Asís, es el cumpleaños de la madre, y el 24 de noviembre, fiesta de san Juan de la Cruz, el del padre. Para los hermanos, estas dos fechas revisten caracteres de grandes acontecimientos y entusiásticamente preparan los números de declamación, música, canto, con varios días de anticipación.

La fiesta, para Mr. Crawley-Boevey, reviste mayor solemnidad. Se le cumplimenta en inglés. Como en los cuadros de familia pintados por Dickens, todos cantan la conocida canción inglesa, mientras los largos dedos de Mr. Crawley-Boevey se deslizan sobre las teclas:

*Home sweet home
There is no place like home.*

Se descartan los números de comedia festiva que amenizan la fiesta de la madre, y el interés del agasajo recae primordialmente en los discursos de ambos hermanos.

Todos los movimientos de Mr. Crawley-Boevey tienen una lánguida, circumspecta elegancia. Sus ojos azul claro, de abultados párpados, dan a su rostro, enmarcado por rubias patillas, un aire abstraído y casi soñoliento. Viste con pulcra elegancia inglesa, con un refinado decoro en los menores detalles. Luce siempre impecables trajes a cuadros y finas corbatas de seda, y, por única joya, en el dedo meñique ostenta un anillo con el escudo familiar, donde está inscrita la caballeresca divisa: *Esse quam videri*. Positivo, metódico y formal, amante de la rutina y de las costumbres convencionales; amante de la religión y la verdad, pero inflexible en cuestión de formas; apegado a las reglas, en fin, como verdadero gentleman que es, su única debilidad es el rapé. Placer al que no puede evitar encontrarle

el lado desagradable. “Bueno, pero sucio”, acostumbra decir con frecuencia al aplicarse el polvo a las narices. Afectuoso con sus hijos, pero muy celoso de su autoridad, se impone sobre ellos con sólo un gesto. Si alguno hace algo fuera de orden, únicamente alza su índice derecho a la altura de su rostro:

—¡Charles...!

O:

—¡Mary...!

O:

—¡Edward...!

Esto basta para que sea obedecido. Nunca, para reprenderlos, emplea medios más rigurosos.

En la casa reina un ambiente hogareño típicamente británico. Todo se hace de acuerdo a las costumbres y fórmulas inglesas.

En la mesa sólo se habla inglés, por orden expresa de Mr. Crawley-Boevey. Aunque esta circunstancia no hace menos animadas las comidas, ya que a todos, salvo a Eduardo, les gusta hablarlo. María Murga lo habla tan correctamente como el español, y en un grado menor, pero con mucha expedición, Carlos y las niñas, alegres y decididas. Eduardo es el único que se atreve a desafiar la orden de su padre y habla español. “Yo soy peruano y no inglés —arguye—, ¡y me gusta hablar español!” Mr. Crawley-Boevey lo deja hacer; en el fondo, admira la honradez de sus sentimientos, que no se cuida de ocultar por complacerlo, y su voluntariosa personalidad.

De caracteres antagónicos, Carlos y Eduardo piensan en todo de manera totalmente opuesta. Uno se jacta de ser un genio matemático y alardea de poeta; el otro quiere ser sacerdote y tiene desplantes de orador. Uno quiere meter el cielo en su cabeza y el otro meter la

cabeza en el cielo. No han nacido para entenderse y a menudo sus riñas van más allá de las simples palabras, sacando Eduardo, naturalmente, la peor parte, ya que Carlos le lleva una ventaja de tres años.

Pero pese a las diferencias individuales que existen entrambos, son buenos camaradas. En verano, durante las vacaciones bajan a bañarse juntos a la bahía, donde tienen por costumbre nadar hasta los barcos fondeados más allá del muelle y trepar audazmente a bordo para charlar un rato con los tripulantes, que les obsequian a veces galletas y golosinas.

Una mañana chapotean alegremente en la ensenada. Es aún temprano y ni en la playa, tostándose al sol, ni en la bahía se ven otros bañistas. Sobre las aguas claras y tranquilas, satinadas de sol, revolotean lerdamente los alcátraces, posándose en la borda de los viejos lanchones. De pronto resuenan unos gritos. Ambos miran hacia el muelle; varios pescadores han visto la temida y lijosa aleta cortando velozmente el agua y les señalan el tiburón con vivos ademanes. En ese momento, éste gira en redondo, olfateando la presa, y avanza derechamente hacia ellos, que, viéndolo, trepan a un bote sin saber cómo, llevándose ambos un susto mayúsculo.

Un año en que todos se preparan, como de costumbre, para celebrar el cumpleaños de la madre, Carlos le pregunta a Eduardo:

—¿Tú vas a pronunciar tu discurso en prosa o en verso?

—En prosa— responde Eduardo.

—Yo lo haré en verso.

Llega el gran día y están todos alegremente reunidos en el salón. Y Carlos se levanta, alza la copa de champaña para ofrecer el brindis y dice con aire solemne:

—Así como los pajaritos...— y enmudece. Se ruboriza y recommienza: —Así como los pajaritos...— enmudece nuevamente y las niñas sofocan la risa. Turbado, vuelve a repetir mecánicamente el comienzo del primer verso, hasta que, abochornado y corrido, deja la copa y se sienta, mientras las niñas, tapándose la boca con las manos, dejan escapar a borbotones la risa, tratando inútilmente de guardar la compostura que Mr. Crawley-Boevey les impone con la mirada.

Se levanta entonces Eduardo, con su característico desplante, y pronuncia su discurso con toda desenvoltura, robándose los aplausos y los abrazos de todos, en tanto Carlos se muere de cólera.

El 2 de octubre de 1887, Eduardo está en la iglesia rezando el rosario; adelante, el padre Mateito lo reza en su reclinatorio y él tiene los ojos clavados en las espaldas del anciano. De repente, éste rueda sobre las losas y Eduardo se incorpora sobrecoigido —su alma vibra como una cuerda de violín repentinamente cortada—. Lo llevan a la sacristía, intentan hacerle tragar un vaso de agua, que se escurre por las comisuras de sus labios, se llama al médico; todo inútil: hace minutos que ha expirado.

De acuerdo a lo que Eduardo confesará más tarde en sus *Memorias del Corazón*¹, entre el alma de su confesor y la suya propia no hay comunión alguna. Verdaderamente, entre el alma de ese germano inflexible y metódico hasta el exceso, susceptible y absorbente,

¹ Páginas inéditas de crónica íntima, que relatan aspectos de su vida de estudiante y de novicio, y evocan recuerdos de los sacerdotes que compartieron su vida comunitaria en la casa de Valparaíso durante los primeros años de su sacerdocio.

de un "aire solemne y acompasado", y su alma ardiente y apasionada, no puede existir afinidad alguna. El se debate a menudo entre la voluntad de permanecer fiel a su confesor y el deseo de confiar las intimidades de su alma a otro sacerdote.

"Si he de ser sincero —confiesa—, debo declarar que el modo de ser de mi confesor no me era simpático, que su palabra no tenía eco en mi alma; entre él y yo había una distancia que él me hizo notar más de una vez con resentimiento, pues, con cariño y por un celo intempestivo, pretendía ser el amo único, no admitía particiones. Yo no me resolví nunca a dejarlo; mas a hurtadillas, acudía de vez en cuando a otro confesor, pues la confianza o es espontánea o no es confianza".

En este estado de lucha íntima, acude a veces al padre Donato Loir.

"Escabullendo el cuerpo al padre Romualdo, que me sitiaba materialmente, reclamando el monopolio de mi dirección, acudía con relativa frecuencia al padre Donato Loir, quien, sabedor de mi penosa situación, se hacía con habilidad y prudencia, el contradicho, y me alentaba grandemente.

"Pero mucho más que su palabra insinuante, lo que me fascinaba era su persona, aquel *algo* que irradiaba de él, sobre todo cuando rezaba su breviario y hacía su adoración".

Eduardo es muy devoto de san José, el santo de la Providencia. Diariamente reza a san José los siete dolores y gozos, para que su intercesión lo libre de todos los peligros, así de cuerpo como de alma. Cierta día, en la hora del almuerzo, su madre se extraña de que no responda ni baje a sus repetidos llamados. Sabe que se encuentra en su cuarto y envía a Rosa a avisarle

que el almuerzo está pronto. Rosa obedece y sube al segundo piso. Pero, al empujar la puerta entreabierta de su cuarto, se queda rígida en el umbral: ve a Eduardo de rodillas en un rincón, la mirada extática, su cuerpo envuelto como en una nube translúcida, y ve suspendida encima de su rostro una vara de azucenas. Rosa, maravillada, no se atreve a entrar y baja al instante a contarle a su madre lo que ha visto.

Interrogado por ella Eduardo, momentos después, le confiesa con la más ingenua naturalidad haber visto, en verdad, a san José.

Intensamente pálida, María Francisca lo abraza fuertemente, presa de extraña y violenta emoción.

—¡Hijo! ¡Hijo!...

En su corazón, ella guarda un secreto.

Doña Mercedes y don Bernardino asistían a misa y comulgaban todas las mañanas. Iban a "La Merced" acompañados siempre por sus cuatro hijas: Jesús, Mercedes, Juana Rosa y María Francisca. María Francisca, la menor, se destaca por la natural arrogancia de su porte y la suave sombra de melancolía que vela sus grandes ojos negros. Es muy fervorosa, y después de oír misa con sus padres y sus hermanas, aun se queda un rato rezándole a la Virgen en la capilla del bautisterio. ¡Oh! ¡Jamás olvidará aquella mañana! Una mañana está rezándole a la Virgen en la iglesia desierta, cuando de súbito una lluvia de rosas empieza a caer sobre su cabeza. Ella alza asombrada los ojos, pero sólo ve la bóveda desnuda del bautisterio, iluminado por la suave luz de arcoiris que se filtra a través de los altos vitrales. Y las rosas siguen y siguen cayendo sobre su rostro, sus cabellos y sus hombros, como brotadas misteriosamente del aire. Sale corriendo del templo y, con agitadas palabras, cuenta a sus padres y sus hermanas lo que le ha ocurrido.

“¿Está destinada ella, por ventura, a ser la madre de un santo?”

¡Su querido hijo! ¡Cuánto sufrió ella cuando hubo de partir a Inglaterra sin él! Sólo tenía, pobrecito, un año y cinco meses, ¡y estaba tan enfermo! Y cuando nació... ¡tan pequeñito, tan débil, tan indefenso! Lo amamantaba con tanta aprensión... ¡Si ya le parecía que en cualquier instante se le moría! Acompañada de sus hijos Carlos y Margarita, ella había ido a pasar el verano con su padre, en la casa de campo que don Bernardino poseía en el pueblecito de Tingo, cerca de Arequipa. El parto prematuro sorprendió a todos. Se temía por la vida de la criatura, y don Bernardino dispuso que el recién nacido fuese inmediatamente incorporado en el misterio del “renacimiento por el agua y por el Espíritu Santo”. Se le llevó, así, a la parroquia del pequeño distrito de Sachaca, pues la capilla de Tingo carecía de párroco, y allí se le bautizó.

Continúa estrechándolo fuertemente contra su corazón. Las lágrimas corren ardientemente de sus ojos.

—¡Hijo! ¡Hijo!...

Pasa el tiempo.

Dentro de algunos meses Eduardo cumplirá quince años y sus intenciones de entrar al convento son cada vez más firmes. Es, a esta edad, el vivo retrato de su madre. Como los de ella, sus labios son gruesos y bien dibujados, el superior ligeramente montado sobre el inferior. Su cabello y sus ojos, con reflejos azulinos, son asimismo negros como los de ella. Sólo la nariz, grande y atrevida, con una leve joroba en medio, es de su padre. Pero la mirada de sus ojos es exclusivamente suya: una mirada dulce, soñadora y melancólica. En su rostro, la bondad y la ternura resplandecen.

Desde los balcones de la casa se divisan el mar azul,

de superficie tersa y resplandeciente, y los barcos anclados en la bahía en amplia forma de herradura, los barcos de chimeneas rojas y los airosos veleros de velas blancas; los surcos plateados de las lanchas y remolcadores que cruzan de aquí para allá, y, en la brumosa lejanía, tras el velo del aire róseo y diáfano, las montañas azuladas. La música del mar suena en su mente rica y cálida. Es una música que toma todos los matices y las raras tonalidades de su fantasía; pero la llave mágica que abre la puerta a sus obsesionadores ensueños es una música que comienza, como en sordina, en forma apagada, con rumores opacos y sordos; sus compases, en eólico ritmo, se tornan por momentos más y más cadenciosos y luego, en épico *crescendo*, se arremolinan y se desenvuelven vertiginosamente, *fortissimo* — aérea, indomeñable cabalgata del viento sobre las nubes del cielo, que lo embriaga como un vino. Su mirada, entonces, se pierde allende el horizonte... y sueña; piensa en los países en que Cristo no es amado ni conocido; piensa en Asia; piensa en Africa; piensa en Francisco Javier muriendo, abandonado y solo en la isla de Sanción, a las puertas de China, al pie casi de las ciclópeas murallas de Cantón. Y su alma se estremece del ansia de consagrar también su vida, como el apóstol, al generoso servicio de Cristo.

Algunas veces, en el salón, junto a la ventana, tañe su cítara hasta que el sol se hunde en el seno del mar, entre esplendores de púrpura y estallidos sulfúreos, saetas flamígeras y tornasoles de oro, y la vasta onda de luz vespéral desfallece sobre la vasta planicie del mar...

*Cantaré tus alabanzas con la cítara,
oh Dios mío...*

Tiene ya la penetrante intuición del *ritmo* de la crea-

ción universal; de la música de los átomos y de la música de las esferas. Si quisiéramos definir apropiadamente esta perceptividad interior, no encontraríamos mejores palabras para hacerlo que las que Tomás Celano aplicó a san Francisco: "un muro delgado le separaba de la inmortalidad: por eso, a través de este muro podía oír la melodía de la divinidad".

Los fines de semana, su madre y sus hermanos se marchan ora a Quilpué, ora a Villa Alemana, ora a Limache a pasar el week-end. Les sobran invitaciones de familias inglesas residentes en estas comunas rurales. Todas, claro, con hijas casaderas, que rondan en redor del alegre y simpático Carlos.

Eduardo siente por el mundo una "especie de horror" instintivo y prefiere quedarse en casa acompañando a su padre, que, de natural plácido y hogareño, sale poco; sólo gusta hacer largas cabalgatas por el contorno. Posee cuatro o cinco pura sangre ingleses, de finísimos remos, que mantiene en una caballeriza no lejos de la casa. Y ambos, padre e hijo, al quedar solos salen felices a cabalgar por el camino que serpea, a través de la silvestre foresta, orillando los cerros hasta Viña del Mar. Lanzas los caballos al galope y se empeñan en tenaz carrera.

Generalmente Eduardo adelanta a su padre en la última cuesta antes de alcanzar los extramuros de Viña del Mar y resulta vencedor más de la mitad de las veces. Posee toda la pericia de un experto jinete y su valor y su destreza llenan a Mr. Crawley-Boevey de legítimo orgullo. Si existe algo que un inglés a carta cabal como él esté dispuesto siempre a admirar, son esas dos cualidades: el valor y la destreza.

En vísperas de terminar sus estudios en el colegio,

Eduardo, apoyado por su madre, que se siente feliz de entregar su hijo al Señor, solicita al fin su definitivo consentimiento para poder entrar al convento al final de ese año.

Mr. Crawley-Boevey, antes de responder, lo mira unos segundos gravemente. En él habla el genio del pueblo inglés. Siente la necesidad de ser lógico. No escoge de buena gana, sino con gran dificultad, lo bueno que lógicamente no ocurre, como si esto excluyera su propio mérito o repugnase a su inteligencia. Desconfía, como todos los de su raza, de los entendimientos que poseen gran facilidad de asociación por el instintivo temor de que al aparecer varias relaciones a su pensamiento, pueda aminorarse su continuidad serial y su efectiva concentración. Duda ante las decisiones del pensamiento, aunque sean legítimas, cuyos pasos no puedan medirse por su regla acostumbrada. No conceptúa nada mejor que un silogismo que termine en silogismo. Fija la vista en los hechos, y es la suya la lógica que trae sal a la sopa, el martillo al clavo, el remo a la lancha; la lógica que sigue el orden de sucesión de la naturaleza, y en la que no causan impresión alguna las palabras. Su inteligencia no se deslumbra con sus medios propios, sino que atiende y se aferra a los resultados.

Pero dentro de su lógica inglesa hay una infusión de justicia que no está tan manifiesta en las otras razas: la creencia en la buena fe de las dos partes, y la resolución de guardar la equidad en cualquier asunto. Su equilibrado y frío sentido común le dice que en cada cuestión debe apelarse a las dos partes, para que den pruebas de lo que aducen. Es escéptico respecto a las teorías; pero baja la cabeza ante los hechos. A él no se le puede ganar con una frase, ni con un simple argumento; se necesita para ello de un plan activo, de una máquina que funcione, de una constitución que dispon-

ga, de un tribunal que dictamine, y cualquiera que éstos sean, aceptará y defenderá los resultados.

Antes de dar su consentimiento a su hijo, jueces competentes y ecuanímenes deben contestar a su escueta pregunta: “¿Tiene verdaderamente lo que él llama “vocación” sacerdotal?”

—“Hijo mío... —le dice con parsimonia— yo no soy un juez competente en tu caso, porque no comprendo bien lo que tú llamas “vocación”; pero quiero tu felicidad. Iré a consultar a tus maestros, que son especialistas en la materia, y que son, ciertamente, competentes y sinceros... Si ellos dicen: “sí”, yo te prometo decir “sí” también...”

Tiene una larga consulta de tres horas con el padre Romualdo Lindemann y otro sacerdote calificado. Vuelve a la casa lleno de pesadumbre y llama a Eduardo.

—“Ellos han dicho... “sí”, y yo digo “sí”. ¡Tienes mi plena autorización para seguir tu vocación!”

Y se encierra en el salón y deja correr libremente sus lágrimas.

Al conocer la decisión de Eduardo, Carlos lo aplasta bajo su desdén.

—“¡Tú eres un cobarde! Desertas de la lucha de la vida en lugar de afrontarla. Espero que lamentos a tiempo tu error y echas pie atrás”.

La mañana del 31 de diciembre de 1890, Octavio Crawley-Boevey va a la habitación de Eduardo antes de irse al Banco.

—“Hubiera querido acompañarte —le dice—, pero no puedo; tu madre lo hará”.

Ni un músculo de su cara se mueve; desde las profundidades de la sangre, a sus ojos asoma todo el orgullo de la estirpe. El *ser y no parecer* de los Crawley-

Boeveys es para él mucho más que una mera divisa; es una norma de vida.

—“Si has de ser sacerdote, sé santo; si no, quédate aquí”.

Posa sus manos temblorosas sobre su cabeza, a guisa de bendición paternal. Y, entorpecido por esa timidez que se apodera con frecuencia de los ingleses cuando van a hablar de cosas conmovedoras, graves o hermosas, abrazándolo le dice:

—“*Be faithful to God and you will always be happy.* Sé fiel a Dios y serás siempre feliz”.

Su madre lo conduce entonces al convento de los Sagrados Corazones, llorosa y feliz, y lo confía a la congregación en la persona del padre Augusto Jamet, provincial.

En el corazón de Eduardo arde la llama de un único ideal, que las campanas de su rica fantasía exaltan hasta la embriaguez: ¡ser apóstol, siendo misionero!

III

Por mucha independencia de espíritu que éste tenga, para un adolescente de quince años, habituado a sentir el afecto y el calor del hogar —más aún, para un descendiente de inglés que ha conocido la verdadera poesía del hogar—, la brusca separación de su familia es siempre un cruel desgarramiento. Así, las emociones dulcísimas de esta su primera noche en el convento están íntimamente mezcladas del vivo dolor de esta separación, que él sabe definitiva. Y más que la ensordecidora bullanga saludando el Año Nuevo, lo mantiene en vela toda la noche una punzante sensación que inscribe su anhelo de abrazar el sacerdocio en un círculo vicioso tan pronto de incertidumbre como de confianza.

Como los rumores de una próxima revolución contra Balmaceda se hacen cada vez más alarmantes, sólo permanece unos días en el convento, siendo enviado a Santiago en compañía de su director espiritual, el padre Romualdo Lindemann. En esos días, por circunstancias excepcionales, el noviciado ha sido establecido provisionalmente en la capital.

Pasado un mes, el 2 de febrero de 1891, toma el hábito bajo el nuevo nombre que ha escogido, tras mucho meditar: José Estanislao.

El 15 de febrero los novicios retornan al convento de "Los Perales", en el estrecho valle de Marga-Marga.

Arriba al convento, en un coche chirriante, una cáfila mañana estival.

Mientras el cochero descarga el equipaje, se aleja unos pasos, sube a un montículo y observa el lugar. El

convento se asienta en una loma boscosa. Un vasto edificio cuadrado de dos pisos, blanco, rodeado de sotos y plantíos, que se alza en medio de la hósca soledad del fragoso valle florecido de viñas y encerrado entre bajos cerros grises.

Tras la verja se divisan frondosos perales, con las ramas grávidas de racimos de peras jugosas. Un sacerdote pasea por la avenida, rezando su breviario.

Ayudándole al cochero, toma también una malsta y, con un penetrante sentimiento de inquietud, cruza el arroyo que corre perezosamente a la vera del camino, a lo largo de un lecho de guijarros brillantes, y franquea la verja que el sacerdote, sonriendo, ya le ha abierto.

Durante el mes que sigue, la amplia casona, con sus largos y silenciosos corredores, se le antoja poco acogedora y hasta lúgubre; no percibe en la atmósfera sensación de paz alguna. La soledad lo oprime y añora la proximidad y el cariño de su familia. Los severos muros del noviciado le parecen los muros de una cárcel. Pasea por la campiña desazonado y melancólico; observa, aquí y allá, las rubias abejas zumbadoras y alguna lagartija verde asoleándose sobre una peña; las nubes que pasan; las golondrinas que pasan; se sienta sobre un tronco, se está un rato meditando (desde un álamo, el viento le trae el canto de un zorzal; en una mata, chilla una cigarra), se levanta y torna a su inquieto caminar...

En la noche, al recogerse en su celda, lo invade una honda nostalgia; piensa en su madre, en su padre, en sus hermanos... Suspira. Algunas lágrimas brotan de sus ojos. Se acoda sobre la almohada y mira con tristeza la blanca pared desnuda. Pero allí las sombras dibujan, según imagina, extrañas figuras diabólicas que

danzan salvajamente a la temblorosa llama de la vela. Se dirige, desasosegado, a la ventana. Abre los postigos y mira hacia fuera, al campo velado por espesa y oscura niebla, esa niebla húmeda y desgarrada de la campiña que da a todos los objetos un aire fantástico y atormentado y en medio de la cual, casi terroríficos, resuenan los largos y tristes mugidos de las vacas y los tétricos aullidos de los perros...

Posee toda la impresionabilidad, toda la facultad de emoción, todo el don de imaginación y transposición de un gran poeta... y estos dones se vuelven ahora contra él.

Con un escalofrío, cierra bruscamente los postigos y se queda, como atontado, un rato junto a la ventana. Siente acelerarse los latidos de su corazón; las sienes le martillean. ¿Se ha equivocado? Ora con fervor, buscando en vano la tranquilidad de su espíritu y, apagando la vela, se arrebujá azorado bajo las cobijas; pero tampoco le es fácil conciliar el sueño. Y cuando por fin lo logra, llora y gime dormido, atormentado quizá por qué innominadas imágenes de pesadilla...

Todos sus esfuerzos son inútiles para encontrar la vía de la sencillez y de la naturalidad. La oración parece haber perdido toda eficacia en él. El maestro de novicios no muestra, desde luego, su preocupación pero encomienda a un joven novicio que vigile su sueño durante la noche.

Llega al límite de la desesperación y ahí, justamente, la oración desata en su espíritu esa lluvia refrigerante y apaciguadora que llena el alma de indecible felicidad —tanto más embriagadora cuanto más ardua y enconada ha sido la lucha— y la hace estremecerse por un instante al borde de las insondables profundidades de la Misericordia de Dios.

¡Dios, y no el Tentador, ha sido el más fuerte!

Y encuentra, ¡por fin!, la vía de la sencillez y de la naturalidad. Ahora estudia y duerme tranquilo. Ahora goza trasplantando almácigos y guadañando la maleza. Pero goza, especialmente, haciendo tabiques con haces de brea y barro. El constructor de casas que hay oculto en él, halla una gran felicidad en ejecutar esta rústica faena. Igual felicidad experimentaba el joven Francisco cuando reconstruía, con piedras y cal, la derruida iglesia de san Damiano, porque con este humilde menester, sin saberlo, ya empezaba a reconstruir el mundo...

En vísperas de profesar se le pide cambiar el nombre que ha escogido, por cuanto, según se le dice, ya existe en la congregación un tal padre Estanislao. Es entonces cuando lo domina con fuerza el recuerdo del padre Mateito, muerto hace ya tres años. Piensa en todo lo que le debe y ve en ello un designio de la Providencia; ¡Mateo, y no otro, será su nombre de sacerdote!

La ceremonia de la profesión religiosa, el 11 de septiembre de 1892, hace profunda impresión en el ánimo de Mr. Crawley-Boevey. En el fondo, sus convicciones religiosas no han variado. Continúa siendo, por tradición, un fiel protestante. Pero la natural emoción de ver a su hijo formular los votos para ejercer el sacerdocio católico, lo hace despertar a la conciencia, por un momento, de que él es también un miembro de la Iglesia.

Terminado su noviciado en "Los Perales", Eduardo prosigue el escolasticado en el colegio de Valparaíso. Sus progresos espirituales son observados ahí, paso a paso y con gran interés, por el propio padre provincial. Con su visión y experiencia de las almas, el padre Jamet ha comprendido hace tiempo que, no obstante su

fondo dócil, el muchacho es de un carácter demasiado independiente, demasiado personal, destinado a actuar, por razón de su misma naturaleza, en primera línea; de un carácter al cual es necesario dejar campo libre para que pueda desarrollar todas sus posibilidades. Sabio educador, sienta la siguiente regla sobre la labor de los maestros: "Continuadores de un trabajo iniciado por Dios, llamados a concluir un cuadro cuyas líneas generales ostentan el trazo de su mano divina, tenemos la gravísima obligación de no cambiar nada en el plan que El concibió, y respetar en todo la determinación de su Voluntad soberana"¹. Conforme a ello, viendo su inquietud apostólica, lo alienta paternalmente y a los diecinueve años le permite ejercitarse como catequista en diversos colegios católicos de la ciudad.

Justamente por aquella época Mr. Crawley-Boevey sufre un ataque cerebral. Este le sobreviene sorpresivamente en la oficina. En una farfullante inconsciencia, se le transporta rápidamente en un coche a la casa. El doctor Cooper le prescribe una serie de medicamentos, aunque pocas son las probabilidades de salvarlo. Pasa una semana y luego otra; Mr. Crawley-Boevey continúa inconsciente; de su boca torcida sólo se escapa un sibilante murmullo. Cuando ya empiezan a desvanecerse las esperanzas de que recupere el conocimiento, al décimoquinto día vuelve en sí, y pronuncia con toda claridad:

—Tengo hambre.

A partir de este momento, su mejoría es rápida y sin complicaciones.

Durante el período de la convalecencia lo va a visitar diariamente el padre Romualdo. Se han hecho muy

amigos desde la conversación que sostuvieron ambos sobre la vocación sacerdotal de Eduardo. Como buenos saiones, ambos se entienden a las mil maravillas. El resultado de estas visitas es que Mr. Crawley-Boevey comienza, después de su convalecencia, a practicar la religión católica y a frecuentar los sacramentos.

Vive aún cuatro años más, aunque sin poder nunca restablecerse del todo. Renguea ligeramente de la pierna derecha y, a veces, tartajea al hablar. Sufrir el segundo ataque cerebral el domingo 14 de febrero de 1897, en la parroquia de Viña del Mar. Regresa a su asiento desde el confesionario, cuando se desploma sobre las lajas, falleciendo a la mañana siguiente sin haber recuperado el conocimiento.

Eduardo se halla en ejercicios en el momento de recibir la noticia de su muerte. El padre Jamet dice:

—“Falleció el papá de Mateo: recemos un *De Profundis* por él”.

Y sollozando reza con sus discípulos el salmo penitencial.

Eduardo se ordena diácono y, entusiasmado con sus dotes oratorias, el provincial obtiene la venia del arzobispo para que pueda predicar desde ese mismo momento en público. Sube al púlpito e inmediatamente consigue lo que no pueden conseguir muchas veces los viejos predicadores de experiencia en toda su vida: conmover, entusiasmar y encantar. En sus sermones, llenos de golpes de luz, priman dos elementos: la unción, don por excelencia del predicador, y la poesía, don por excelencia del artista. Su mirada, mientras predica, centellea. Los ojos le brillaban como carbunclos. Y su voz se alza clara, vibrante, potente y anhelosa, como embriagada de sí misma, en el diapason de ímpetus fragorosos o en acentos de infinita dulzura... Posee el sen-

¹ El Primer Viernes, N° 9, septiembre de 1912, pág. 562.

tido dramático de la vida propio de la raza hispánica, de la sangre de su madre, pleno de poderosa afectividad, pero que, por la mezcla de su sangre inglesa, en él adquiere una excepcional calidad de alada pesantez, de melodiosa y dramática poesía.

El 17 de diciembre de 1898, a los 23 años, ordenase sacerdote. Es, a esta edad, un mozo alto y delgado. Sus rasgos se han acentuado sin adustez y su rostro es de una varonil pero delicada belleza. Los labios ya no son tan llenos; la boca se ha distendido. Y en los ojos hay ahora una confiada y serena firmeza.

Lo mismo que todos los jóvenes clérigos en la víspera de su ordenación sacerdotal, ha preparado cuidadosamente la imagen recordatoria de su primera misa. En esta imagen, con ornamentos de iluminadas filigranas, ha escrito lo siguiente: "La Eucaristía es la razón de ser del sacerdocio católico. El sacerdote debe ejercer con Jesús-Hostia, el rol de María, de José, de los apóstoles, de los evangelistas y, si el honor del Santísimo Sacramento lo exige, de los mártires".

Canta jubilosamente su primera misa, en la iglesia de los Sagrados Corazones, la noche de Navidad de aquel año. Asiste a ella toda su familia: su madre, que exulta de gozo, sus seis hermanas y Carlos. Con el grupo está don Daniel Bianchi, amigo íntimo de la familia. Este caballero y Carlos, vestidos de frac, cumplen el rito de lavarle solemnemente las manos; todos reciben la hostia de ellas, incluso su hermana Blanca, de ocho años, que hace su primera comunión.

Es ésta una de las noches más felices de su vida. Ha hecho la oblación del Sacrificio en unión de los tres santos que, por su fervor, serán los santos oficiales de su misa: el Cura de Ars, Vicente de Paul y Felipe Neri. ¡Ha realizado, por la primera vez, el milagro de amor

de la transubstanciación y ha tenido, por la primera vez, a Cristo vivo entre sus dedos!

La primera misión que se le encomienda como sacerdote es la dirección de la asociación de los Sagrados Corazones de caballeros y señoras. La promotora de la asociación de señoras es la caritativa millonaria chilena Juana Ross de Edwards.

Desempeñándose como profesor y ministro del colegio, hace el catecismo a los pequeños. Estos, ¡cosa curiosa!, no lo llaman sino Mateíto, tal como en su época de colegial él y sus compañeros llamaban al anciano padre Mateo Le Blanc. Y, como en otro tiempo alrededor de éste, los niños también se apiñan a su contorno apenas lo ven; si en el primero los atraían la bondad y el misterio, en él los atraen la jovialidad y la ternura y el arte sutil, penetrado de poético misticismo, con que excita sus secretas potencialidades de fe, amor y sacrificio.

Hay uno, entre todos los pequeños, que es su preferido. Un lindo muchachito, vivaz e inteligente. El mejor alumno de la clase. Un niño que aprende fácilmente todo y hace preguntas precisas y agudas. Uno de esos niños de percepción rápida y buena capacidad de memoria que no analizan mucho y asimilan todo con cierta impaciencia, destinados a triunfar, pero que en la mayoría de los casos pasan por el mundo como si no hubiesen existido. Su manifiesta dilección y marcada preferencia por el pequeño son tales, que el superior se ve obligado a hacerle una discreta advertencia:

—No mime usted tanto a su regalón, padre Mateo. Despertará los celos entre los demás pequeños.

Pero él arguye:

—Jesús tenía sus preferencias; ¿por qué no he de tenerlas yo?

En un hombre tan sensible como él todo sentimiento tiende a la exageración. No trata de disimularse, de guardar silencio, tiende a confesarse, a proclamarse "ante el universo", como se suele decir, para suscitar la atención general. Y por lo mismo que es incapaz de contener su exuberancia, es incapaz de tener tacto, aunque, como lo veremos más adelante, transformado por la gracia hace gala en ocasiones de un tacto exquisito.

Pero su dilección o predilección por esta o aquella criatura —misterio de las leyes de la simpatía que en él está cargado de un sentimiento de esencia enteramente sobrenatural— se modela bajo la forma de un afecto que tiene siempre un exquisito "perfume de alma". Y cada vez que abraza a un muchachito recuerda la forma en que el *otro* Mateito lo abrazaba y sentía el fluido que éste le comunicaba, pensando que del mismo modo él pueda también comunicarle algo de la propia fe y el amor que arden en su corazón; comunicarle ese mismo "calor de alma" que sentía cuando los brazos del padre Mateito lo rodeaban y éste le bisbiseaba al oído con enternecimiento: "Tú vas a ser también un padrecito, ¿verdad mi pequeño?"

Sus deberes no le impiden seguir cultivando su afición a la literatura y la música. Funda la academia literaria del colegio, en comunidad de ideales con los literatos y periodistas Egidio Poblete (conocido como "Ronquillo" en el mundo de las letras), Roberto Peragallo Silva, director de "La Unión", y otros intelectuales. Entusiasta organizador de los foros y veladas artísticas, es el alma y la vida de la academia. No se ha separado, por otra parte, de su cítara, y en sus momentos libres su mayor placer es encerrarse a tocar en la soledad de su cuarto sus dulces y aéreas melodías.

Es el momento en que el arte y demás disciplinas

espirituales ejercen sobre él toda su fascinación. El es, antes que nada, un poeta, es decir, un hombre que es feliz expresando su personalidad. Y esta personalidad goza mientras reza o lee el Evangelio; mientras habla de las verdades eternas o de los hechos y acciones de los santos.

La experiencia poética difiere en naturaleza de la experiencia mística. Se ocupa del mundo creado y de las innumerables relaciones enigmáticas de los seres unos con otros, mientras que la experiencia mística se ocupa del principio de los seres en su unidad superior al mundo. La experiencia poética es orientada desde el origen hacia la expresión y se termina en una palabra proferida; la experiencia mística tiende hacia el silencio y se termina en una fruición inmanente de lo absoluto.

Se hace evidente así que la experiencia poética, en su aproximación a las cosas creadas, es una correspondencia que se ignora de la aproximación mística a Dios; una analogía vivida del conocimiento, no ya racional y conceptual, sino por unión de amor, que el contemplativo tiene de Dios.

¿Acaso Dios no se encuentra fuera de las cuatro dimensiones del espacio y del tiempo, más allá de la inteligencia, en aquella región indefinible en que, según la expresión de Ruysbroek el Admirable, sólo son capaces de penetrar el deseo y el amor?

El alma de Mateo, como la de san Juan de la Cruz, tiene una misteriosa afinidad con las montañas, los arroyos y los bosques; ya ha paladeado aquellas evocaciones que trae la poesía, especialmente la poesía que poetas españoles, Garcilaso de la Vega, Boscán y Luis de León, repiten, de los campos, los bosques, las estrellas y el amor. Se sabe de memoria fragmentos enteros

del *Cantar de los Cantares*, y su alma recoge para sí misma las encendidas palabras que el Esposo dirige a la Esposa, el Amado a la Amada, y siente la necesidad de responderle a El con palabras de amor, y de fe, y de entrega ansiosa...

Y saborea la mística embelesante euforia de la dichosa Amada que corre, en el misterio de la noche nupcial, en la *Noche Oscura* de san Juan de la Cruz, al encuentro del Amado:

*En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!,
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.*

Como ella, "con ansias en amores inflamada", su alma quiere salir también en busca del Amado...

La lectura de la biografía de Gabriel García Moreno, del padre Berthe, lo llena, tiempo después, de honda e incondicional admiración por el gran estadista ecuatoriano. Y tiene, en un momento; súbitamente, la luminosa visión de la obra que debe realizar.

Con este libro, fruto de polémica, García Moreno entró definitivamente en la galería de héroes del siglo XIX, como uno de los heraldos de la doctrina católica frente al individualismo político. Convertido, a poco de aparecer, en el vademécum de la juventud católica francesa y traducido luego a muchos idiomas, presenta a García Moreno como paladín de la verdad, prototipo de gobernantes y ejemplar de grandes caracteres.

No asombra que este brillante y documentado panegírico diera origen al libro del doctor Antonio Borrero, el tenaz adversario de García Moreno. Pero Borrero no rectifica propiamente los datos del primer biógrafo, sino

que pone de manifiesto las fallas humanas del carácter de García Moreno, es decir, las sombras que faltan en la obra del redentorista francés y que debieron haber puesto de resalto, con mayor vigor, los vivos toques de luz. Más bien que una refutación, como pretendió ser, es un complemento¹.

Pero el padre Mateo no es un intelectual analítico y está lejos de estos escrúpulos; no es, ni mucho menos, un historiógrafo; es un hombre de pasión. Y el libro del padre Berthe está escrito con pasión. Por lo demás, la figura de García Moreno es a todas luces demasiado grande y el semblante de la verdad histórica no ha menester, en este caso, para la grandeza del héroe, de pudorosos ocultamientos ni tímidas reservas².

La crítica a la Constitución garciana, llamada teocrática, ha sido formulada innumeradas veces. El mismo García Moreno sostuvo que los dos objetivos principales que había tenido en mente al reformar la antigua Constitución, fueron poner en armonía las instituciones políticas con las creencias religiosas, e investir a la autoridad pública de la fuerza suficiente para resistir a los embates de la anarquía³. Y su actitud en la defensa del artículo básico de su Constitución, cuyo primer inciso decía que, para ser ciudadanos de la República, se requería ser católico, refleja el empeño de fortalecer la unidad nacional y robustecer la posición ideológica de la República. Este inciso que parece a primera vista esencialmente exclusivista, es sólo un aspecto vital de su concepto del estado edificado sobre la base inmutable de la fe y de la religión⁴. El Dr. Julio

1 Julio Tobar Donoso, prólogo a la biografía de G. García Moreno de R. Pattee, pág. 14.

2 Ibid., pág. 14.

3 Noboa, "Mensajes", III, pág. 105.

4 R. Pattee, "G. García Moreno y el Ecuador de su Tiempo", página 481.

Tobar Donoso ha sintetizado su criterio respecto a esta Constitución tan debatida y tan vituperada, en la siguiente forma:

“Los principios constitucionales no son teoremas rígidos que pueden aplicarse sin excepción y obstáculo a cualesquiera formas de vida. Por el contrario, la ciencia política tiene en sí suma maleabilidad y exige que al aplicar las doctrinas se tomen en cuenta las condiciones concretas de la realidad, las circunstancias de la geografía social y moral. Con este criterio por guía, el semblante de la Constitución de 1869 aparecerá menos adusto y sombrío al que la estudie sin pasión y la compare con las instituciones de otros pueblos más tranquilos y sesudos que el nuestro. Los gobiernos ecuatorianos han practicado con raras excepciones, más o menos enérgicamente, el poder fuerte: ninguno ha llevado a cabo en toda su pureza y plenitud, el ideal político; la mayoría ha tenido un origen espurio. La historia para juzgarlos ha de acudir, antes que a la luz de los principios, al modesto examen de los resultados y adjudicará la honra y la gloria a aquel que haya sido más fecundo en beneficios, más propicio al desarrollo de la cultura y la moralidad, más excelente en sus propósitos”¹.

Pero la admiración del padre Mateo por el gran estadista ecuatoriano y su obra, va más allá de todo juicio político. Contempla tanto al uno como a la otra a la luz de la doctrina católica, y para él García Moreno es, bajo este único punto de vista, *un mártir*. “El insigne mártir de la fe, el ínclito García Moreno, el Presidente más patriota, más genial y más cristiano que haya tenido Sudamérica, nos legó una herencia de redención social, al escribir, con su sangre, la Consagración ofi-

cial del Ecuador al Sagrado Corazón”¹. Y es de este modo como reverenciará su memoria y colocará siempre su imagen ensangrentada junto a la imagen del Sagrado Corazón. Porque esto es, exactamente, García Moreno para él: el *Gran Mártir del derecho divino del Sagrado Corazón a reinar en las naciones*.

¡Sí! La religión no podía ser algo únicamente privado, del dominio de la conciencia; debía informar también la vida pública de la nación. Y bajo cualquier forma de gobierno, ¡toda constitución política debía ser calcada sobre las leyes del Evangelio, y todas las naciones del mundo consagradas al Corazón de Jesús!

Si su vocación hubiese sido la política y no la religión, el padre Mateo habría llegado a ser tal vez un segundo García Moreno, comparándolo con el cual Plutarco seguramente habría encontrado, en algunos rasgos de carácter, notables similitudes. En efecto, comparando sus escritos, ambos se asemejan en el ardor polémico. Ambos muestran en éstos la habitual fogosidad de la época. Ambos escriben con la intensidad y el apasionamiento de los políticos hispanoamericanos del siglo XIX, y usan un lenguaje exaltado, altisonante y ardoroso. Ambos tienen la misma enérgica valentía para defender sus ideas; García Moreno para implantar la Constitución de 1869 y el Padre Mateo para imponer en todos los idiomas el título de “Entronización”, firmemente impugnado en un principio por miembros del clero. Y ambos tienen una increíble capacidad de trabajo para realizar su obra.

Pero mientras la mente y el espíritu de uno estuvieron limitados por la política, la mente y el espíritu

¹ “Desarrollo constitucional de la República del Ecuador”, pág. 55.

¹ “El Primer Viernes”, N° 9, septiembre de 1913, “En Pleno Siglo XX”, pág. 527.

del otro fueron libres... libres en Dios. De consiguiente, las posteriores conclusiones que el padre Mateo sacó de la lectura de la biografía de García Moreno fueron examinadas a la luz de su razón última, y así emplazadas luego en su única perspectiva perdurable.

Piensa, en primer lugar, que nada duradero se puede obtener con un cristianismo agresivo que deforma la verdad religiosa e irrita al espíritu moderno. Esto es algo que está en profundo desacuerdo con su propio temperamento. Comprende claramente cuánta verdad encierran aquellas palabras de Ozanam advirtiéndolo los peligros que entraña la unión del catolicismo con la tiranía napoleónica del segundo Imperio:

“Los católicos que sueñan con un nuevo Constantino que de golpe atraiga a los pueblos hacia la religión de Cristo, ignoran la historia. Pues si los romanos se convirtieron durante el reinado de aquel emperador, fue porque ya más de la mitad eran cristianos cuando subió al trono el hijo de santa Elena. Y la muchedumbre de escépticos, intrigantes y cortesanos que entraron en la Iglesia para dar gusto al emperador, no hicieron más que llevar la hipocresía, el escándalo y la herejía al seno del cristianismo. ¡No! ¡Las conversiones no se hacen a fuerza de leyes ni de decretos, sino sitiando las conciencias una a una mediante un trabajo incesante de apostolado! Continuemos, pues, con el proselitismo personal, y rechazemos la tentación de pereza que nos hace solicitar el socorro del proselitismo legal”.

De pronto, la vida del padre Mateo se ha llenado de un propósito. Pero de un propósito que será rebasado más y más. Pues los hombres menudos —como anota acertadamente Hilaire Belloc— pueden planear con cierta precisión sus triunfos y llevar a cabo su programa más o menos a su perfecta satisfacción, durante el curso de sus vidas menudas, y con arreglo a sus me-

nudos deseos. Pero los que sirven de instrumento para cambiar los destinos y el espíritu mismo de la humanidad, como están hechos en otra escala, hállanse por ende más condenados a la ceguera. Porque sus actos y realizaciones son de otra especie; esto es: no propiamente de ellos.

IV

Un día la mano de la Providencia lo lleva a descubrir en la habitación del padre Jamet, cubierta de polvo, sepultada en el olvido, una santa reliquia: la imagen del Sagrado Corazón con la cual García Moreno, instalándola en su palacio de gobierno, consagrara oficialmente y solemnemente el Ecuador, en 1873, al Corazón de Jesús. La misma imagen cuya ejecución el eminente hombre de estado encargara al artista Selguera, el mejor pintor del Ecuador y gran premio de Roma. Sabía el padre Mateo que, después del asesinato de Gabriel García Moreno en 1876, ésta había sido retirada del salón del palacio, siendo salvada de las manos de los francmasones asesinos; mas su sorpresa y su emoción son grandes al descubrir la tela en el cuarto del padre Jamet. ¡El Rey desterrado! ¡El Rey que ofrece Su Corazón al mundo, con todos los infinitos tesoros de su amor, y el mundo lo rechaza, lo condena y lo destierra!...

Singularmente conmovido, va y aborda al padre Jamet.

—¡Padre, si usted me aprecia, deme esa imagen que tiene en su cuarto!... He salido de él temblando de emoción... ¡Jesús mío! ¡Esa imagen me ha robado el corazón!...

Al padre Jamet, que conoce su admiración por García Moreno, no le sorprende su vehemencia, pero frunce levemente el ceño.

—Lo aprecio mucho, padre, usted lo sabe bien —le

dice con su bonachona afabilidad—. Más aun, le tengo gran afecto; pero esa imagen no puedo dársela. Para librarla de toda profanación, un sacerdote ecuatoriano, hermano nuestro, la sacó secretamente del Ecuador y la trajo a Chile. Me la entregó personalmente a mí, dejándola bajo mi custodia, y por ningún motivo debe salir de nuestra casa.

—¡No saldrá, padre, se lo prometo!

El padre Jamet se rasca dubitativamente la mejilla; en sus ojos se advierte una lucha interna.

—Pero es que...

Quiere, pese a todo, mantenerse en su negativa; pero, al ver su mirada suplicante y ansiosa, trasluciendo el apasionado deseo de poseer el cuadro, se siente desarmado.

—Bueno, se la doy... pero con esa condición: que no salga de la casa.

—¡Gracias mil veces, padre!— y se abalanza sobre el corpulento provincial y lo abraza.

Enajenado de felicidad, se dirige al cuarto del provincial, toma el cuadro donde los rayos del Corazón de Cristo bañan el mundo que rechaza su amor, lo hace enmarcar y lo suspende luego a la cabecera de su cama.

Pero es menester, antes de que en su mente se complete y precise el cuadro de la visión de su obra, que su fuerza se vierta primeramente en la acción práctica. La inquietud social lo domina. Se ha hecho eco de la voz del Papa, del inteligente y enérgico León XIII, y la "Carta Magna" de las reivindicaciones proletarias, la Rerum Novarum, tiene en él un convencido propagador de sus postulados. Ve venir la catástrofe; ve la espada de Dios suspendida sobre la civilización. "La Revolución Francesa con todos sus horrores —dice un día en el púlpito, a un concurso de burgueses adinerados—

será un idilio para el estado del mundo después del conflicto que se avecina”¹.

A una distancia de catorce años de la Revolución Rusa, diríase que ya la presiente.

Es una cuestión de legítima justicia que los obreros y los hijos de los obreros tengan acceso a la educación y la cultura. Y fruto de sus esfuerzos es la fundación en Valparaíso, en marzo de 1903, del Patronato de los Sagrados Corazones: un establecimiento de enseñanza gratuita para los hijos de los proletarios y los proletarios mismos. El Patronato funciona en sus comienzos en un local de la calle Retamos, facilitado por el presbítero Arturo Rosse Innees. Pero pronto el padre Mateo obtiene la ayuda financiera de doña Juana Ross para levantar el edificio de la calle Latorre. El edificio, de dos pisos, cuenta con una escuela diurna para niños, otra nocturna para adultos y otra técnica de aprendices.

Cuando el plantel se inaugura, no sabe cómo expresar a doña Juana Ross su gratitud. Consulta al padre Jamet y éste, sin meditarlo mucho, le propone:

—Regáلهle la pintura del Sagrado Corazón que tiene usted en su celda.

Su proposición no admite réplica ni subterfugio. La intención del provincial es clara.

Y la tela pasa a manos de doña Juana Ross, quien la cuelga en el salón de su palacio.

Posteriormente se considera la necesidad, en los foros de la academia del colegio, de reabrir el Curso de Leyes. Este había cerrado sus puertas en 1895 con la fundación del Curso Fiscal de Leyes en la ciudad. Para reabrirlo es indispensable construir un nuevo edificio que reúna las condiciones debidas. El proyecto incluye

¹ “La Revista Escolar”, N° 418, septiembre de 1961, pág. 21.

un salón para la academia, blanco y oro, con cielo artesonado. Es un proyecto de gran costo y nuevamente el padre Mateo pide a doña Juana Ross su cooperación. Pero ella rehúsa categóricamente abrir sus arcas para esta obra.

—“A mi edad no comprendo esta beneficencia, padre. Son los pobres y los huérfanos los que tienen más bien necesidad de mi dinero, pero no estos jóvenes; ellos deben pagar simplemente su educación liberal y universitaria”.

Sin cejar en su propósito, el padre Mateo le observa:

—“¿Y cómo entonces un Curso católico puede rivalizar con ventaja con los cursos laicos que ofrecen gratuitamente el veneno? Ofrezcámosles pagar nosotros el contraveneno y la verdad”.

Mas sus argumentos son inútiles. Felizmente un acontecimiento viene en su ayuda y puede persuadirla por fin. Una violenta huelga estalla y los sindicalistas recorren los barrios burgueses poniendo fuego a las casas y arrojando granizadas de piedras a las ventanas.

Al día siguiente el padre Mateo va a visitar a doña Juana, cuyo palacio se alza frente a la Plaza de la Victoria. Entran al salón y doña Juana le muestra los ventanales destrozados.

—“¡Mire este vandalismo! ¡Faltó poco para que todo el palacio ardiera como una hoguera!”

Sobre los ricos tapices arruinados por el fuego y el agua se mezclan esparcidos trozos de vidrios, piedras y negros tizones alquitranados. Los impactos de las piedras han hecho brotar grandes y pequeñas estrellas en la brillante luna de un espejo veneciano; arriba de una consola, han destrozado un hermoso jarrón de porcelana verde.

El padre Mateo lamenta lo ocurrido; pero, acto seguido, añade con audacia:

—“A pesar de todo, vengo, señora, a felicitarla, porque es un beneficio que le han hecho involuntariamente”.

Ella lo mira con un aire más próximo al enfado que a la sonrisa; empero, antes de que ella replique, él señala la pintura del Corazón de Jesús.

—“Señora, es El, el Buen Samaritano quien acaba de hacerle la operación dolorosa de las “cataratas” para abrirle los ojos”.

—“¿Operación de cataratas...? No entiendo...”

—“Sí, señora, escuche... Estos huelguistas no son todos canallas, sino débiles e ignorantes arrastrados por los malvados que los dirigen. Señora, ayúdenos a formar dirigentes católicos que amen al pueblo, lo instruyan y lo cristianicen. Este es su lugar, ¡ayúdenos! ¿Comprende ahora qué caridad de alto valor es la de formar una juventud que será mañana como Ozanam y tantos otros, educadores y salvadores del pueblo?”

Se hizo la luz y doña Juana “vio”. E inmediatamente le entregó el dinero, en un paquete de grandes fajos, para construir el edificio.

En su calidad de director del nuevo Curso de Derecho, el padre Mateo nombra como secretario a don Rafael Raveau, y como profesor de economía política a don Egidio Poblete, y se reserva para sí la cátedra de medicina legal.

El día de la inauguración del Curso, doña Juana le devuelve la pintura del Corazón de Jesús.

—Sé lo que representa este cuadro para usted —le dice—; acéptelo, se lo ruego, como una prueba más de mi reconocimiento.

El recibe el cuadro con inmensa alegría y lo suspende en el lugar de honor de su oficina de director del Curso.

Buscando la forma de apostolado más efectiva para “reparar la gloria del Corazón de Cristo”, son aquellas palabras de Jesús las que le dan al fin la clave definitiva: *Bendeciré las casas en que fuere expuesta y honrada la imagen de mi Corazón*. Estas palabras fermentan en su espíritu como un vino nuevo; y así el vocablo “entronización”, después de unos días, aflora sin esfuerzo alguno a la superficie de su mente, dando forma cabal a todo lo que rebulle en su alma y su pensamiento. ¡Sí! ¡Hacer colocar al Rey, como en un trono, en el lugar de honor de la casa; hacer que la familia cristiana reconozca oficial y socialmente la Realeza de amor de su Corazón!

Para transformar y salvar el mundo es de toda necesidad que Navidad, más que una mera fiesta, sea una realidad palpitante y permanente; que Jesús, el Dios Emmanuel, vuelva a cohabitar en las tiendas de sus hermanos desterrados.

¿No se revela y aquilata un pueblo según el valor moral de la familia? Un pueblo es y será siempre, en santidad o corrupción, lo que el hogar. Para que se realice, en consecuencia, en día más o menos próximo el “Reinado Social de Jesucristo”, es preciso rehacer la sociedad actual desde sus cimientos; esto es: reedificarla sobre la base de Nazaret, de la familia profundamente cristiana.

Pero el hogar de Nazaret es un modelo único y por tanto, inimitable. El hogar de Betania, en cambio, la casa de los verdaderos amigos de Jesús —criaturas de talla común vaciadas enteramente en molde de barro—, es en todo perfectamente imitable.

¡Betania! ... Bet'Ananía o “Aldea de los Dátiles” ... En su imaginación, muchas veces él ha visto la aldea milenaria. Visto la pedregosa sequedad del camino a Jerusalén y, sobre la falda del monte plantado de viejos

olivos, la aldea fragante y sombreada; sesenta casitas blancas colgadas sobre el camino; un oasis fresco y amable entre la frondosidad de olivos, higueras y almen-dros. Y visto a Jesús pasar, bajo la sombra de los árbo-les viejos, cansado de la dureza de cerviz de los judíos, cada mañana y cada tarde del final de su vida, camino del hogar amigo por paz de amor...

¡Los amigos de Jesús! Los amigos que endulzaron los postreros días de su vida. Los tres amigos unidos a El por lazos de tierna e indestructible amistad. Amis-tad que El mismo creara entre Su Corazón y el de cada uno de ellos y que fue, como la amistad humana, par-ticipación íntima de vida y comunión de anhelos y sen-timientos, de alegrías y tristezas. Amistad que hiciera a El —la Resurrección y la Vida— llorar y gemir ante la muerte de Su amigo Lázaro; derramar lágrimas ante las cuales los judíos exclamaron: “¡Mirad cómo le amaba!”

Lo mismo que entonces ¿no podía Jesús volver a cohabitar en las tiendas de los hijos de los hombres? ¡Sí!, y la Entronización debía reproducir la convivencia de aquel Jesús vivo del Evangelio. “Preciso es que reine. ¡No queremos que otro reine sino sólo El!”

Es el tormento, el loco frenesí del amor eterno; el instante único, divino, en que el hombre, ante la clara visión que lo exalta, lo agita y lo deslumbra, queda ya para siempre fuera de los límites ordinarios de la exis-tencia.

Expone su idea al padre Jamet y éste, entusiasmado, le concede plena autorización para que organice la Obra. (Corren los primeros días de 1906). Empieza en-tonces a predicar la Entronización y hace reproducir en millares de ejemplares la pintura del Corazón de Jesús ejecutada por Selguera. Esta imagen será, a causa

de su expresivo simbolismo, el lábaro de su Guerra Santa.

La primera entronización que hace, por vía de en-sayo, es en la Casa del Buen Pastor. Vigiladas por las monjas celadoras, trescientas reclusas asisten a la con-sagración. El llama a las prisioneras, entre las cuales hay incluso varias criminales, “las preferidas del divi-no Corazón”. Todas esperan con ansias los días en que él las visita. Se arremolinan a su alrededor apenas en-tra al taller de labores y todas le piden a un tiempo:

—Una bendición, padrecito... Una bendición...

La mayoría llora al escucharlo. La esperanza ilumina otra vez sus rostros estragados por los estigmas de la miseria y del arroyo; son ellas las más felices de to-das las criaturas de la tierra; son ellas las magdalenas —¡ellas, tan desgraciadas!— que entrarán de la mano del Esposo al Paraíso...

Hace también la entronización en el palacio de do-ña Juana Ross y en otros hogares católicos.

Pero he aquí que una tempestad de protestas some-te a dura prueba la fortaleza y el temple de su volun-tad y su carácter. El título “Entronización”, para él tan sugestivo y elocuente, es rebatido por diversos sa-cerdotes y teólogos recelosos de todo lo que huelga a novedad. Y ácidas críticas llueven sobre su supuesta significación. Se dice, especialmente, que tiene sabor a “novedad americanista”, y que puede prestarse fácil-mente a desviaciones. Y se le ataca directamente a él tachándosele desdeñosamente de “soñador”.

Pero él, seguro de que ha dado en el blanco, y como si le fuera en ello la vida, defiende tenazmente el tí-tulo. Aunque, supersensible como es, experimenta todo el acíbar de esta amarga contienda. Breve es, sin em-bargo, la refriega. Muy pronto sus impugnadores, a

causa de dos conversiones extraordinarias, cambian radicalmente de parecer tanto sobre la Obra como sobre el sacerdote que la predica.

Una de estas conversiones es la de Juan de Dios Arlegui, Gran Maestre de la masonería chilena de aquel tiempo, cuya pluma y elocuencia se ensañaban con furia contra Cristo y la Iglesia.

Abogado de renombre, Juan de Dios Arlegui es el administrador de los bienes de doña Juana Ross. Un día, ésta le habla al padre Mateo sobre aquél: don Juan de Dios Arlegui es un profesional correctísimo, de toda su confianza, que cuida muy bien sus intereses y compromete, realmente, su gratitud. Ella comprende lo mucho que pide; pero ¿no podría el Sagrado Corazón hacer un milagro por su mano?

El padre Mateo así lo espera. Pídele un pretexto y una tarjeta para ir donde el abogado y él mismo se encarga de enredar la cosa para volver donde aquél una segunda y una tercera vez, y de dejar un margen para ir cuantas veces quiera. Y así, al amparo de una cuestión de intereses materiales, cultiva sagazmente su amistad. En su gabinete de trabajo, colgado encima del escritorio de nogal, en marco de plata, con la insignia del triángulo y el corazón, vese el pergamino que lo acredita como Gran Maestre de la masonería chilena, y en cada visita que él le hace no puede dejar de verlo. Aparenta, sin embargo, ignorarlo. Hasta que un día cree llegado el momento de actuar. Prepara un plan de ataque y se dirige resueltamente a su casa. El abogado lo recibe, como de costumbre, en su gabinete. Charlan cordialmente. De pronto, éste se inclina sobre sus papeles. Es el momento. E impetrando en su interior: “¡Vence, Jesús, con el poder de Tu gracia!”, con rápido ademán descuelga sin más el cuadro de la pared, desenrolla la imagen del Sagrado Corazón que tiene en

su mano y la sujeta en su lugar con un alfiler. ¡El Rey ya está entronizado!

Todo ha sido hecho tan rápidamente, que el abogado apenas ha tenido tiempo de advertirlo. Desconcertado, sus asombrados ojos van de la imagen al rostro del padre Mateo, incapaz, por un momento, de hallar palabras para expresar su estupor.

—Pero... ¿qué hace usted!...

—Lo que debo hacer, mi estimado don Juan— le responde él con voz y continente tranquilos—. He aquí el Rey a quien debe usted amar y servir. Ha llegado el momento que usted le diga que lo ama, que quiere ser su súbdito y su amigo.

El abogado no sale de su sorpresa. Le tiembla la barbilla y no hace más que mirarlo con grandes ojos atónitos.

—¡Cristo y su Iglesia! —masculla nerviosamente—. ¡Tonterías! ... ¡Dejemos eso, por favor! ... Pero... ¿no sabe usted quién soy yo?...

—Lo sé perfectamente, y eso nada tiene que ver; es usted un hombre como todos los hombres, y tiene un alma. Arrodílese, que lo voy a confesar.

—¡Pero está usted loco...!

—¡Arrodílese!— y en los ojos que se miran en los ojos del abogado está la súplica ardiente: *¡Tengo sed!* La mirada lo penetra, en los espejos de las retinas habla sensiblemente el Otro y el abogado, turbado, baja la cabeza; pero, como un niño obstinado, sigue de pie.

Suavemente, el padre Mateo le impone la mano sobre el hombro.

—Mire al Rey, don Juan... El se lo pide... ¡El!... El abogado alza los ojos y se estremece.

—¡El lo ama, don Juan! —su voz es ahora un trémolo de infinita ternura—. ¡El lo ama! — y, diciendo esto, lo estrecha entre sus brazos.

Juan de Dios Arlegui abre la boca de descoloridos labios, como si fuese a proferir un grito de furia o de liberación. Pero se desliza sin fuerzas de entre sus brazos, cayendo de rodillas sobre la alfombra. Violentos sollozos lo sacuden. El dique se ha roto y llora convulsivamente sin poder hablar. Hasta que, con la voz entrecortada por los sollozos, abjura y reconoce a Cristo.

La otra conversión extraordinaria es la de un libelista de izquierda, director de un diario de la localidad¹. El arzobispo lo ha excomulgado por sus impiedades y blasfemias, prohibiendo la lectura de su diario. El libelista respondió a su condenación publicando en la primera página de aquél el retrato en color lacre del arzobispo, con esta insolente dedicatoria: "Al pretendido Pastor, detestado de corazón por todos los hombres libres e inteligentes, dándole las gracias por habernos expulsado de su Iglesia estúpida y maldita".

Este energúmeno cae un día muy enfermo. La noticia llega a oídos del párroco del barrio, quien llama al padre Mateo y le dice:

—“Trate de salvar a este desgraciado. Yo le prometo que, si este tiburón es pescado, yo seré cien veces más que usted, el apóstol del Corazón de Jesús. Hay peligro para entrar a su casa. ¡Cuidado! La guardan sus rencorosos correligionarios. Pero vaya, si usted se atreve...”

¿Cómo ha entrado, a pesar de la guardia? El padre Mateo no podría explicárselo. Y tanto más cuanto que la esposa y los hijos eran de la misma ralea.

¹ En su “Testamento Espiritual” (“Revolviendo mis Viejos Archivos”), el padre Mateo no menciona ni el nombre del convertido ni el nombre del diario.

Al verlo, el periodista se incorpora con cólera de los almohadones.

—“¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿A qué viene?...”

—“Yo vengo, querido señor, en el Nombre del Corazón de Jesús, que usted ha traspasado. Yo le ofrezco Su perdón, Su Misericordia...”

El periodista responde con un vómito de blasfemias. Pero el padre Mateo no se turba.

—“¡Ah, usted lo maldice y El lo ama! —replica, sonriendo con bondad y aproximándose hasta su lecho—. Diga de todo corazón que usted lo quiere amar también, y que le pide perdón...”

—“¡Nunca!” — ruge el periodista, como una fiera.

Hace ya tiempo que el padre Mateo sabe esto: que todos los leprosos, los inválidos, los pecadores, cuando los abrazamos y los estrechamos contra nuestro corazón, se transforman en Cristo.

Se inclina, pues, y lo abraza.

—“¡El lo ama! Diga de todo corazón que usted lo quiere amar también, y que le pide perdón...”

El silencio tenso, inquietante, de las nubes que ruedan por el cielo como empujadas por el soplo de Dios: el silencio que precede a la tempestad.

—¡El lo ama! ...

El silencio denso de la oscuridad total. Y al fin:

—“¡Sí!” — como un trueno relampagueante.

Los brazos del padre Mateo lo estrechan aún más fuertemente.

—“¡Sí! ... ¡Yo Lo amo también! ... ¡Y quiero que El me perdone! ...”

Las lágrimas ruedan por sus mejillas demacradas. Todo su cuerpo se estremece.

—“Alivie su alma, hijo... Alivie su alma...”

—“¡Sí! ... ¡Sí! ...” — solloza el hombre, y, en una larga confesión, alivia su alma del peso de sus culpas.

Después, ya sereno, toca la campanilla. Su esposa acude.

—“Ponte de rodillas delante de este sacerdote —le dice—. Acabo de confesarme”.

Llama en seguida a sus hijos.

—“Todos de rodillas —ordena—. Prométanme que serán todos buenos cristianos y perdonenme el escándalo de mi vida impía. Como Jesús, este sacerdote acaba de perdonarme. ¡Así perdonenme ustedes!”

Como si sus fuerzas se hubieran agotado de golpe, se hunde al fin laxamente entre los almohadones. Las arrugas ya no se marcan entre sus cejas ni alrededor de su boca. Su cara brilla como un guijarro acariciado por un mar tranquilo y fresco. En la cerúlea palidez del rostro, los ojos arden como dos carbones.

—“¡Qué felicidad! —musita—. ¡Muero cristiano!...”

Puede, sin embargo, ver al Corazón de Jesús entronizado en su hogar y comulgar todavía varias veces antes de morir.

“Yo he visto estos prodigios de la divina misericordia —anota el padre Mateo—, y puedo certificarlos como actor y testigo, y también como Notario del Sagrado Corazón”.

Ante estos hechos, la actitud de sus impugnadores cambia, como hemos señalado, radicalmente, y de encarnizados opositores pasan a convertirse en entusiasmas partidarios de la Entronización.

Con el camino ahora libre de todo obstáculo, domingo a domingo recorre los cerros de la ciudad, hasta los más apartados, para entronizar el Corazón de Jesús en los hogares de los pobres. Una mujer del pueblo, con una pierna de palo, le ayuda generosamente en esta misión. Durante la semana visita ella unos cuantos hogares y hace un concienzudo catecismo a domicilio. Con la elo-

cuenta sencillez de los humildes, prepara las familias para el recibimiento del Rey. Y los domingos, muy de mañana, con su pertrecho de imágenes y ceremoniales, ambos parten juntos a terminar lo que ella ha comenzado. Y ante cada familia reunida al pie de la imagen, colocada sobre el humilde altarcito con flores y velas engalanado por “la cojita”, él predica a Cristo como al fiel Amigo de Betania, el Amigo-Rey que, reclamando el trono del hogar, quiere ser la vida y el centro de la casa; el Rey divino que señala a sus habitantes su Corazón material, símbolo de su amor infinito, para decirles: “He aquí el Corazón que ha amado tanto a los hombres”, o, lo que es lo mismo: “Contemplad en este Corazón el Amor que me llevó hasta la muerte. Y en canje de este Corazón y de mi Amor, dadme vuestro corazón, dadme vuestro amor”. Tras lo cual bendice, conforme al Ritual Romano, la imagen y las habitaciones, recitando en seguida el acto de consagración contenido en el Ceremonial que ha redactado especialmente para este objeto:

“Dígnate visitar, Señor Jesús, esta mansión, y colma a sus dichosos habitantes de las gracias prometidas a las familias especialmente consagradas a tu Corazón Divino. Tú mismo, ¡oh Salvador del mundo! con fines de misericordia, solicitaste en revelación a tu sierva Margarita María, el homenaje solemne de universal amor a tu Corazón “que tanto ha amado a los hombres, y de los cuales es tan mal correspondido”. Por ello, toda esta familia, acudiendo presurosa a tu llamado, y en desagravio del abandono y de la apostasía de tantas almas, te proclama, ¡oh Corazón Sagrado! su amable Soberano, y te consagra de manera absoluta las alegrías, los trabajos y las tristezas, el presente y el porvenir de esta familia, de hoy para siempre, enteramente tuya. Establece, pues, en esta tu casa, te lo suplicamos por

amor a la Virgen María, establece aquí, ¡oh Corazón amante! el dominio de tu Caridad, infunde en todos sus miembros tu espíritu de fe, de santidad y de pureza, arrebatada para Ti solo estas almas, desapegándolas del mundo y de sus locas vanidades; ábreles, Señor, la herida hermosa de tu Corazón piadoso, y como en Arca de salud, guarda en ella todos éstos que son tuyos hasta la Vida eterna... ¡Viva siempre amado, bendecido y glorificado entre nosotros el Corazón triunfante de Jesús!"

Acto continuo el padre o la madre de familia, previamente aleccionado, toma la imagen y la coloca en el lugar de honor que le está destinado, y, poniéndose todos de rodillas, recita la oración del Ceremonial:

"Gloria al Sagrado Corazón de Jesús, cuya misericordia ha sido infinita con los siervos indignos de este hogar, al escogerlo entre millares como herencia de su amor y santuario de reparación y de consuelo por la ingratitud humana. Con cuánta confusión, Señor Jesús, esta porción de tu rebaño fiel, acepta el honor insigne de verte presidir nuestra familia; cómo te adora en silencio y se regocija al verte compartir, bajo el mismo techo pobre, las fatigas, los afanes y también los castos goces de estos hijos tuyos. ¡Ah! no somos dignos, es verdad, que Tú entres en esta humilde morada; pero Tú has dicho ya una palabra, manifestándonos la hermosura de tu Corazón santísimo, y nuestras almas arrepentidas han sentido sed de Ti, y han hallado las fuentes de aguas vivas, que saltan hasta la Vida eterna en la llaga de tu Corazón, ¡oh buen Jesús! Por eso, contritos y confiados, llorando nuestras culpas y las ajenas, peregrinos de esta azarosa vida, venimos a entregarnos a Ti, que eres la Vida inmutable. Permanece entre nosotros ¡oh Corazón Sacrosanto!, pues sentimos ansias supremas de amarte y de hacerte amar, y Tú eres la

zarza ardiente que ha de abrasar al mundo para regenerarlo. ¡Ah, sí! que esta casa sea como tu refugio tan dulce de Betania, donde encuentres el solaz de las almas amigas, que han escogido la mejor parte en la intimidad venturosa de tu Corazón; sea éste, Salvador amado, el asilo pobre pero cariñoso del Egipto, en el destierro de tus enemigos. ¡Ven, Señor Jesús, ven!... pues en esta casa, como en Nazaret, se quiere con entrañable amor a la Virgen María, a esa Madre tan tierna que Tú mismo nos diste; ¡ven!... porque se acerca tal vez para nosotros la tarde angustiosa de los pesares, y declina el día fugaz de nuestra juventud y de nuestras ilusiones; quédate con nosotros, porque ya anochece, y el mundo perverso quiere envolvernos en las tinieblas de sus negaciones, y nosotros te queremos a Ti, Luz increada, porque sólo Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida! Exclama, pues, como en tiempo antiguo: "Es preciso que desde hoy me déis hospedaje en vuestra casa". Sí, Señor, establece aquí tus reales y un solo Tabernáculo, a cuya sombra vivamos de tu amor y compañía, nosotros que te proclamamos nuestro Rey, porque no queremos que otro reine, ¡sino sólo Tú! ¡Viva siempre amado, bendecido y glorificado en este hogar el Corazón triunfante de Jesús: venga a nos su Reino!"

La tarde del 16 de agosto, el padre Mateo espera en su oficina de director del Curso de Derecho a su joven amigo el doctor Alvaro León Silva. Este vendrá a darle la acostumbrada lección de medicina legal. Han acordado reunirse a las seis, pero el doctor llega a las siete y cuarto, y esto acorta la entrevista. El médico tiene enfermos que atender y el padre Mateo debe ir a cenar con la comunidad. Garrapatea dos o tres hojas apuntando sus explicaciones y se despiden a los veinte mi-

nutos. El doctor le deja el texto, señalándole algunas páginas para que las copie; la explicación pedagógica de ellas se la dará mañana. Dirígete entonces al refectorio y engulle rápidamente unos cuantos bocados, impaciente por verse en su oficina; quiere pasar a limpio, sin tardanza, los apuntes que ha tomado y copiar aquellas páginas del texto. Con esta idea abandona el refectorio y atraviesa el jardín¹. La hierba está húmeda de la breve y reciente lluvia y los senderos llenos de dardeantes charquillos. Las estrellas treman vagas, lejanas y frías en el cielo a medias despejado. Barridos por el viento, los borrascosos y plúmbeos nubarrones nuevamente se espesan y aglomeran desplegando hacia el sur su negro telón. En el jardín, los padres pasean, ríen y platican, disfrutando del recreo reglamentario después de la cena, y al pasar frente a la gruta de la Virgen, lo detiene bonachonamente el provincial; los padres se han propuesto hacerle una nueva broma al padre Estanislao Douglas, cuya ingenuidad y simpleza son tales, que se traga sin el menor gesto de duda la patraña más inverosímil con el más cómico asombro. El tiene imaginación e ingenio y puede discurrir una buena broma. Una broma que los haga desternillar de risa a todos. Pero el padre Mateo le asegura, queriendo zafarse lo más rápidamente posible, que no se encuentra de humor y que debe terminar un trabajo urgente en su oficina. El provincial, sin embargo, no se da por vencido. Robusto y campechano, insiste chanceramente en su petición, cogiéndolo del brazo cada vez que él hace discretamente el ademán de marcharse. Y en eso están, queriendo el padre Jamet retenerlo y queriendo él marcharse, cuando un gesto del provincial le impone

¹ Que en ese tiempo no estaba cortado por la calle Colón y llegaba hasta el mismo pie del cerro "Las Monjas".

súbitamente silencio, a la vez que su mirada se paraliza y su expresión refleja una tensa atención. Su mano atenace a su biceps y él se queda rígido, embargado de un oscuro presentimiento. En un principio tiene la impresión del ruido de una corriente eléctrica, tan ligero es el temblor. Pero en contados segundos éste adquiere insólita intensidad, agitándose el suelo en violentas convulsiones, con un movimiento oscilatorio de abajo arriba que pronto se hace circular. Es un ciclón vertiginoso. Todas las cosas, el cielo, la tierra, los padres, los árboles y el convento danzan locamente y la tierra girante se precipita contra él...

Pasado el sismo, el padre Mateo y los demás sacerdotes, lívidos y demudados, pueden al fin incorporarse, y el padre Jamet, con una sombra de voz, empieza a darles una absolución general. Pero una segunda y violenta oscilación, aunque más corta y de menor intensidad, los hace palidecer nuevamente a todos. Las campanas dejan oír un lúgubre son y las miradas se dirigen automáticamente a la torre. Mas ésta ya no se yergue sobre la iglesia; ha caído sobre el edificio del Curso de Derecho, que se ha derrumbado completamente bajo su pesada mole. Haciéndose cargo de la situación, el padre Jamet ordena en seguida que todos salgan a la calle, para socorrer a los heridos y dar los auxilios religiosos a los moribundos.

La salida principal, sin embargo, se encuentra totalmente bloqueada por la torre, y los padres deben salir por la puerta excusada de la calle Freire. Extinguida la luz eléctrica, la ciudad está en tinieblas y un clamor desorbitado llena la calle: exclamaciones de terror, sollozos y gritos histéricos de gente que corre desatentada en un sentido y otro.

Una vez en la bocacalle, trémulo, jadeante, el padre

Mateo se detiene un instante a contemplar las ruinas del Curso de Derecho, con la torre encima como un gigantesco tronco fulminado. De su cuarto de dormir y su flamante oficina, donde el terremoto "pudo" haberlo sorprendido, no queda sino una aplastada e informe masa de escombros, de techos hundidos y murallas desplomadas, vigas y cornisones caídos. La tierra, entre tanto, sigue estremeciéndose y gritos y lamentos cercanos hieren sus oídos. Cruza corriendo la calzada, traspone la verja del Parque Municipal¹ y se encuentra con un espectáculo de dantesco horror: una muchedumbre enloquecida, presa de un pánico histérico y desenfrenado. Estruendoso vocerío en el que se mezclan gritos de angustia, llantos de niños, ayes y estertores de heridos y moribundos tirados en los prados. Mujeres que chillan, mesándose los cabellos, y hombres que corren desatinados de allá para acá en la siniestra oscuridad iluminada intermitentemente por la lívida luz de los relámpagos. Las rodillas le tiemblan. La cabeza le da vueltas... Se apoya, para no caer, en el respaldo de un escaño. Trepa a éste penosamente, y reaccionando con todas sus energías, grita exhortando a la gente a rezar a una sola voz. El chillante vocerío ahoga sus exhortaciones. Grita, alzando los brazos, más y más alto. Algunas mujeres y algunos hombres, los más próximos, se arrodillan en el enfangado pavimento y repiten delirantes, con frenéticos golpes de pecho, sus imploraciones de misericordia: "¡Piedad, oh divino Corazón! ¡Misericordia, oh divino Corazón!...", mientras la tierra no para de trepidar.

En la Plaza de la Victoria, en medio de otra multi-

¹ Ahora Parque Italia.

tud despavorida, encuentra a doña Juana Ross, arrollada en mantas bajo un árbol, con su dama de compañía al lado. Tanto hacia el suroeste como hacia el noroeste de la plaza, rojos resplandores iluminan el cielo. La buena señora parece a punto de desmayarse y le ruega con voz trémula:

—Por caridad, deme usted la Extremaunción, padre... ¡Oh, qué horror!... Pero ¡mire usted qué rojo está el cielo!... ¡Si esto parece el Juicio Final!...

Los múltiples incendios, en efecto, aumentan la confusión y el espanto y consuman la obra destructora del terremoto.

El vasto jardín del colegio hierve esa noche de una muchedumbre que no tiene donde cobijarse. Ya auxiliando a los heridos, ya ayudando a las familias a instalarse, ya cooperando con los demás sacerdotes de la comunidad en la labor de rescate y salvamento de los que yacen sepultados bajo las ruinas, el padre Mateo no tiene descanso en toda la noche.

A las primeras horas de la mañana ruega ansioso al hermano Pascual, un fornido español, que lo acompañe a inspeccionar las ruinas, para tratar de desenterrar aunque sea los restos de la imagen amada.

El hermano Pascual desciende atrevidamente al fondo de aquel cráter de escombros y comienza a remover las vigas, sepultadas bajo una capa de pedazos de yeso, molduras, ladrillos y cascotes. Después de unos momentos de dura labor, la divisa colgando, intacta, de un trozo de muralla que está a punto de derrumbarse sobre un caos de ruinas. Más allá ve la cítara; pero, aplastada por las paredes y el envigado, al igual que la cama, yace herida de muerte, con la caja de resonancia averiada y las cuerdas rotas. Ambas, la imagen y la cítara,

figuran en ese instante dos símbolos perfectos; y ambas ya no podrán coexistir.

Su corazón da un vuelco cuando el hermano le grita victorioso:

—¡La tengo, padre! ¡Está intacta!

Y cuando la recibe en sus manos, tiembla de emoción y alegría.

La furia destructora del sismo se ensañó por igual en todos los sectores. Miles de personas han perecido y más de cien mil han quedado sin hogar. En el sector central, a los desastres producidos por el terremoto se añaden los de los incendios. Los antiguos y grandes edificios entre Jaime y las Delicias¹ han desaparecido. De la orgullosa fila de barrocos palacios de la aristocrática Avenida del Brasil, pocos son los que subsisten, y estos pocos o están en inminente peligro de derrumbarse o arden y humean inundando el aire con el acre olor de la madera quemada. Pero donde el espectáculo es todavía más desolador es en el barrio del Almendral. Manzanas completas han sido devastadas y no se distinguen calles; todo es un inmenso lecho de escombros. Al este, al oeste, al norte y al sur, el horizonte se limita con el domo desolador de las ruinas, cuya vista contrasta, a lo largo de la Avenida del Brasil, con los verdes penachos de las palmeras y, más allá, con la glauca serenidad del mar.

Mucha gente ha podido asilarse en los conventos, en los colegios² y cuarteles, pero el grueso de la pobla-

¹ En la actualidad Avda. Francia y Avda. Argentina, respectivamente.

² Sólo en el colegio de los Sagrados Corazones se asilaron, durante varios meses, nada menos que un millar de personas. (Suplemento N° 1 de "La Unión", del 4 de septiembre de 1906).

ción acampa al aire libre. Junto al hacinamiento de los enseres que han logrado rescatar de entre los escombros, los pobladores han alzado tiendas improvisadas en el Parque Municipal, en la Avenida del Brasil, en la Plaza de la Victoria, en la Avenida de las Delicias, en el Jardín de la Intendencia, en la Plaza Echaurren, en la plazuela de la Aduana y en otros sitios similares.

La vida civil está interrumpida por completo. Las comunicaciones telegráficas y telefónicas están cortadas. Las provisiones de boca se distribuyen en depósitos de emergencia, donde la gente forma apretado cordón en demanda de alimento. Rotas las tuberías matrices, sólo unos cuantos grifos surten agua. En su desesperación por no poder aprovisionarse del precioso elemento en los grifos atestados, la gente destruye las cañerías y provoca con esto aún mayores daños. Los cadáveres insepultos hacen el aire irrespirable en ciertos sitios. La pestilencia es atroz y enjambres de moscas esparcen gérmenes mortales.

En los campamentos, la gente vive bajo el terror. De los cerros bajan hordas de individuos torvos y ávidos de rapiña, que circulan entre las tiendas en busca de alimento. El comandante Gómez Carreño, jefe de la plaza, para evitar el saqueo y las depredaciones de las bandas de pillos armados, ha decretado el estado de sitio. Por la noche, nadie puede transitar por la ciudad devastada. Los soldados patrullan las calles, y muchas veces los pobladores despiertan sobresaltados en sus tiendas a los estampidos de las armas de fuego, descargadas contra los merodeadores furtivos.

De todos los puntos del país y del extranjero llega a Valparaíso ayuda de emergencia. La Sociedad de Beneficencia Pública de Lima envía un buque cargado de víveres y socorros.

El intendente Larraín Alcalde pide al cónsul del Perú, D. Enrique Oyanguren, tenga a bien encargarse de la distribución de estos efectos, asistido por una comisión de auxilio que tiene como presidente al padre Mateo. El alto comercio inglés de Valparaíso, presidido por la casa Gibbs, designa asimismo al padre Mateo tesorero de un comité de socorro. A sus manos llegan, por consiguiente, millares de libras esterlinas¹ y cientos de millares de soles, y todo el mundo corre tras él por dinero. Gente de todas las categorías sociales, que lo asedia a todas horas: ricos que lo han perdido todo y pobres que han perdido lo poco que tenían.

Durante cuatro meses se olvida completamente de sí mismo. Sólo le preocupan los damnificados. Y en medio de la confusión y el desorden reinantes en el convento, no teniendo cama ni cuarto donde dormir, se deja caer pasada la medianoche, con la sotana puesta, rendido de fatiga, a falta de lecho mejor, en el cajón de papeles del cuarto del padre ecónomo.

Al final, su salud cae destrozada.

Dado su agudo estado de surmenage, los médicos le aconsejan abandonar inmediatamente el país y partir a Europa. Sólo un largo descanso y un cambio de ambiente pueden darle una probabilidad de sobrevivir. Debe distraerse y descansar si es posible por un año completo, manteniéndose alejado de todo cuanto pueda recordarle la catástrofe y los deberes de su ministerio.

Hasta este momento, doña Juana Ross ha sido la buena hada madrina de sus obras sociales, pero ahora la noble anciana tiene un gesto que revela toda la acen-

drada profundidad de su cariño hacia la persona del padre Mateo. Cuando sabe el precario estado de su salud y que sólo un largo descanso y un cambio de ambiente pueden salvarlo, le proporciona una generosa cantidad de dinero para sufragar su viaje y el de su acompañante a Europa. Y como el padre Mateo, emocionado y confundido, se niega en un principio a aceptar su ayuda, ella lo abraza y le dice:

—Usted es mi nieto más querido.

Bajo las órdenes de sus superiores, parte a Europa a fines de diciembre de 1906, acompañado de su secretario y exalumno el joven abogado Rolando Raveau Sculés.

Pero él no irá a Europa a descansar; muy al contrario. Su cítara yacerá ya para siempre con las cuerdas rotas: su época de *dilettantismo* ha terminado.

¹ Exactamente, un total de 65.000 libras esterlinas, que representaban en aquel entonces más de un millón de pesos en moneda chilena. ("La Unión", 13 de septiembre de 1906). "El Socorro del Extranjero".

V

Desde el mismo momento que se decide su viaje al viejo mundo, Roma absorbe todo su pensamiento. Y rápidamente redacta un breve pero substancioso informe sobre la Obra para leérselo al Papa y obtener de éste la suprema y definitiva aprobación.

Arriba a Génova en marzo de 1907. En Génova lo recibe el padre Santiago Bund, procurador de la Congregación de los Sagrados Corazones, y en Roma se aloja en su modesta residencia, en el primer piso de un viejo caserón ubicado en Vía Anicia.

El crédito del que goza justamente este religioso le abre las puertas del Vaticano, y a los pocos días recibe el anhelado billete para una audiencia privada con Pío X.

Espera unos minutos, nervioso, en la sala del trono. En ella los dos guardias nobles, inmóviles bajo sus cascos brillantes, están de pie frente al trono vacío, en la penumbra del alto baldaquino de un rojo más oscuro que el damasco de la opulenta tapicería mural. Al cabo vuelve a aparecer el "sediari" y lo hace pasar al último salón, abre una puerta y le indica que avance, y se encuentra frente a frente a Pío X.

El Papa, sentado ante su mesa de trabajo, va a su encuentro y le coge afectuosamente las manos, antes que él caiga de rodillas y le bese los pies. Le ofrece asiento a su lado y sonriendo le dice:

—“¿Qué lo trae, padre, del lejano Chile a Roma? ¿Qué me pide, hijo?”

El padre Mateo se siente instantáneamente libre de toda turbación. Tiene la sensación de encontrarse no ya frente al Vicario de Cristo, sino simplemente frente a un alma parecida a la suya, capaz de comprender, lo mismo que él, el júbilo del amor y de la conmoción. Lee entonces, acentuando las palabras, el informe que ha preparado, exponiendo claramente el espíritu y el ideal social de la Entronización, y la modalidad especial de su apostolado: una verdadera misión catequística a domicilio.

Al concluir de leer, el Papa, que lo ha escuchado con interés, moviendo de vez en cuando la cabeza en signo de aprobación, coloca las manos sobre sus hombros y le dice mirándolo fijamente a los ojos:

—“Esta es una obra de capital importancia. —Remarca con pausado énfasis las palabras y presiona con firmeza sus hombros—: Conságrele toda su vida. Está usted empeñado en una empresa de redención social”.

Su corazón salta de alegría y tiene que hacer un violento esfuerzo para no levantarse y llorar ebrio de ternura sobre el pecho del Papa.

—“De modo que Su Santidad aprueba y bendice la Obra de la Entronización...”

Pío X, sonriendo, exclama con calor:

—“No sólo lo autorizo, es mi voluntad y le ordeno que se consagre enteramente a este gran apostolado. ¡Dios lo quiere!”

Con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos, presenta entonces al Santo Padre el Ceremonial. El Papa lo examina ligeramente y le responde que lo confiará al cardenal Secretario de Estado, y que se lo devolverá una vez revisado y aprobado. Solicítale en seguida un autógrafo, al mismo tiempo que extrae de su carpeta una de las fotografías de la pintura del Sagrado Corazón hecha en Roma por orden de García Moreno. En la

parte inferior de dicha fotografía, el padre Mateo ha escrito en latín, de su puño y letra, la consagración de su apostolado a la gloria del Corazón de Jesús; y a continuación de ella, igualmente en latín, el Papa escribe esta frase: "Que Dios confirme lo que ha obrado en ti"¹.

—"Confianza... —dice el Santo Padre apretando sus manos entre las suyas—. Siga adelante. Y vuelva a esta su casa cuando quiera".

Lo bendice y, ayudándolo a levantarse, lo abraza y lo acompaña hasta la puerta.

Sin esperarlo, tiene la rara fortuna de verlo y oírlo por segunda vez en el Consistorio solemne de ese año, gracias al cardenal Secretario de Estado, Rafael Merry del Val, quien le obtiene el billete de entrada.

Por insinuación de Pío X al cardenal Merry del Val, éste confió la revisión del Ceremonial al cardenal capuchino Vives y Tuto, confesor del Papa. El cardenal Vives hizo algunos ligeros retoques y lo devolvió al cardenal Merry del Val. Este lo presentó entonces ya revisado a Pío X, quien con su bendición y aprobación, se lo entregó personalmente al padre Mateo.

Buscando con afán la oportunidad de verlo nuevamente, días después se escurre una mañana, sin más billete que el de su osadía, entre los peregrinos de la Acción Católica. Y sin vacilar y resuelto a gozar plenamente de la mirada del que considera ya "su" Papa, se coloca en primera fila.

Pío X, que no entra sentado en la Silla Gestatoria, sino sencillamente a pie, dando la mano a besar

¹ Esta imagen, con el autógrafo de san Pío X, se encuentra en la congregación de los SS. CC. de Valparaíso. Con letra del padre Mateo, el autógrafo está fechado en Roma el 5 de junio de 1907.

y diciendo una palabra amable a cada peregrino, al llegar frente a él lo reconoce en el acto.

—"¡Nuevamente en esta su casa! ¡Bravo! —dice acariciándole la cabeza y dándole una bendición, muy para él—. Venga siempre que quiera — añade sonriendo, antes de seguir su camino".

Todavía lo ve y lo escucha una vez más —sus palabras versan sobre la Eucaristía, la santa obsesión de su pontificado— entre varios miles de oyentes en el patio de san Dámaso.

Dice, al fin, adiós a las cúpulas, a los pinos, a los bellos ocasos de esta Roma sin ocaso, y viaja de un extremo de Italia a otro, visitando comunidades, iglesias, ruinas y museos: la Porciúncula, san Damiano, el monte Albertaina. Llega, por último, hasta Riese, donde ha nacido *Bepi*, "su" querido Papa.

De Italia se dirige a Francia. Paray-le-Monial, Lourdes.

De Francia cruza a España. Permanece en España sólo unos días, pero éstos bastan para que la tierra en que la sangre es una potencia y el alma una llama, haga vibrar al máximo su alma de apóstol y deje en él un recuerdo imborrable.

Regresa a Francia y torna a sentirse, de golpe, nuevamente enfermo. Sus últimas resistencias parecen agotadas. Se le nubla súbitamente la vista y sufre mareos y vahidos. Los médicos, también aquí en Francia, lo desahucian y no le conceden, ahora, más de un mes de vida. No quiere escuchar más y le dice a su secretario que aliste todo para peregrinar otra vez a Paray-le-Monial. En Paray-le-Monial quiere prepararse a morir. Ahí quiere ofrecer en el ara del Corazón de Jesús, el sacrificio de su vida.

Y pálido, demacrado, exhausto, sin pensar siquiera en descansar primero esa noche en el hotel, se dirige, al

llegar, directamente a la capilla y se pone a rezar de hinojos delante del Altar de las Apariciones. Es la noche del 24 de agosto de 1907. "¡Noche más hermosa que alborada!"

A medida que pasan los minutos, la atmósfera de la capilla gravita cada vez más sobre su sensibilidad. No es la atmósfera de Lourdes, brillante, luminosa, en el soberbio escenario natural que le sirve de marco, donde miles y miles de peregrinos cantan, ante la Gruta, el *Magnificat* de María. Es una atmósfera indeciblemente misteriosa, velada, como Getsemaní, por la sombra de una infinita angustia y de un dolor infinito. Todo ahí trasciende a olvido; todo ahí le habla, en lenguaje silencioso, de la perfidia humana; todo lo pone frente a aquella horrible soledad del Maestro agonizante, en la noche mortal del Jueves Santo. En las melancólicas penumbras vibran los gemidos de Jesús. En las sombras resuena su queja dolorida: *Padezco mal de soledad... estoy triste porque no soy amado... No ha'lo quien me ofrezca en este estado de abandono, un lugar de reposo... Consoladores busqué y no los he hallado...* De pronto, siente su alma inmersa en un mar de dolor, en un océano insondable de dolor. Todo su ser está hundido en un pavoroso abismo de dolor, y una ternura dilacerante acuchilla su corazón hasta la agonía al ver a Jesús condenado a esa pena atroz, a esa tortura atroz: a amar sin que se lo ame...

Sus ojos, en esta tensa crispación interior, no se apartan del Tabernáculo. Y el misterio de la total humillación, de total anonadamiento de Jesús en la Hostia, lo abruma, lo aplasta. El pequeño insecto que pasa por el polvo de la tierra y la tierna brizna de hierba estremecida parecen tener más vida que El. Y Jesús es ahí, en la Hostia, el Gran Desconocido... el Gran

Olvidado... un huésped respetado a la distancia... casi un extraño en medio de sus hijos...

Gradualmente, llegada a la cima suprema, su angustia comienza a decrecer, disminuye más y más y se transforma poco a poco en gozo. Un gozo que lo penetra hasta la médula de los huesos y lo hace estremecer de dicha. Las lágrimas arrasan sus ojos. Cree desfallecer. Y, cubriendo la tierra, ante sus ojos se despliega un templo espiritual edificado por millones y millones de almas que elevan sus voces y aclaman a Jesús:

*Te amamos, Jesús, porque eres Jesús,
Venga a nos Tu Reino.*

En eso, la misma figura de Jesús resplandece ante él; Sus manos apartan la túnica sobre Su pecho y descubren Su Corazón llagado como un Sol resplandeciente. Y percibe Sus palabras: *Tú debías haber muerto, pero Yo te concedo la vida para mi gloria. Yo te elijo para que seas el Apóstol de los Ultimos Tiempos.*

Cuando abandona la capilla, el padre Mateo es un hombre resucitado. Y bajo el efecto del torrente de gracia que lo inunda, ebrio de gratitud y de alabanzas, toma la pluma y vierte en una imagen del Sagrado Corazón la divina exaltación de ese momento. Escribe en latín, con su caligrafía de trazos nerviosos y febriles, y la escribe por los cuatro márgenes:

*Ecce Rex regum... Verbum Dei
incarnatus... natus... crucifixus...
"sacramentatus" ex amore!
Plenitudo legis dilectio.
Scio cui credidi.
Rex Amoris... adveniat regnum
tuum ad me et per me! Ipse prior*

dilexit me!
Inveni Cor Regis, Patris, Amici...
pax et requies morent... in Corde tuo
in aeternum!
Diligam Te... toto corde, tota anima,
tota mente!

Y la fecha y la firma.

Adveniat regnum tuum ad me et per me! ¡Venga tu Reino a mí y por mí!

Margarita María es la elegida para traer la esperanza al mundo envejecido, el mundo tibio, helado por los errores del jansenismo; él es el elegido para realizar esta esperanza.

Permanece en Paray una semana. De rodillas ante el Tabernáculo, no cesa de dar gracias al Altísimo, y las palabras del Trisagio salen de su corazón y de sus labios:

Santo, Santo, Santo.

Aun se estremece ante la visión indecible: ¡el *Sol de amor del Corazón de Dios!*

El fuego del amor divino lo abrasa y el celo de las almas lo devora. El celo de la caridad ilimitada que quiere rescatar la sociedad entera y redimir el mundo.

"Si oblitus fuero tui Paray... oblivioni detur dextera mea!"

Parece el juramento de un romano, de un héroe de Plutarco. Pero son las palabras de un elegido que ha encontrado en Paray su derecha, es decir, la divina razón de su vida, y que por ninguna circunstancia debe olvidarlo.

Antes de partir de Paray-le-Monial, obtiene el permiso para hacer grabar en letras de molde, en el interior del dintel de la puerta de la Capilla, estas palabras en latín y castellano:

"HOC EST DIVINI AMORIS SACRARIUM. HIC FONS VITAE INDEFICIENS... QUIA SEMEL VENIMUS AD COR DULCISSIMUM JESU ET BONUM EST NOS HIC ESSE.— ES ESTA LA PUERTA MISTERIOSA POR LA QUE SE LLEGA AL PARAISO INEFABLE DE TU CORAZON DE REY, DE HERMANO, DE AMIGO. ¡OH BENIGNISIMO JESUS!, EN ESTE CIELO HAS ESCRITO NUESTROS NOMBRES CON CARACTERES INDELEBLES. HAZ QUE COBIJADOS EN ESA INTIMA HERIDA, SEAMOS UNO CONTIGO ETERNAMENTE EN VIDA DE SANTIDAD, EN SED DE TU GLORIA, EN AMOR DE DESAGRAVIO.— VIVAT COR JESU SACRATISSIMUM... ADVENIAT REGNUM TUUM!

1º septiembre, 1907 — M. Crawley-Boevey".

Con el espíritu ardiendo de fe y amor, cuatro días después embárcase con rumbo a Tierra Santa, incorporados él y su secretario en la trigésima sexta peregrinación organizada por los padres asuncionistas. Llevando doscientos peregrinos, "L'Etoile" zarpa de Marsella la tarde del 5 de septiembre, hacia Palestina.

VI

Navega ya "L'Etoile" en pleno Mediterráneo y él, clavado en la cubierta, no cesa de mirar, embelesado, el rumbroso ondear de las aguas color de vino, el ondeante mar azul-violeta, azul de uvas.

Y por la noche, mientras la mayor parte de los peregrinos está en sus camarotes, largo tiempo permanece, solitario, en la proa del buque. El casco se estremece con el trepidar de la máquina. Sólo turban el silencio de la noche el rumor del mar y el ligero soplar de la brisa. Hacia el sur, lanza sus fúlgidos rayos el aspa de Orión; más allá brillan las Pléyades y, en el mágico azul del firmamento, Sirio centellea como una espléndida gema; y sus ojos, hacia Oriente, escrutan magnetizados la profundidad del cielo, como si entre la abigarrada multitud de las lucientes estrellas quisieran descubrir la intensa luz de la Estrella de Belén.

En la tarde del quinto día se perfilan en lontananza las costas de la Morea y, al amanecer del siguiente, "L'Etoile" larga el ancla en el Pireo.

Desembarcan. Minutos más tarde el expreso los conduce en dirección a Atenas.

Visitan primero las ruinas del templo de Marte y en seguida se dirigen a la Acrópolis. Antes de ascender a la parte alta de la ciudadela se detienen un momento a contemplar los restos del Areópago: trozos de mármoles y columnas que él observa en meditabundo silencio. Allí los oradores educaron al pueblo heleno; allí

presentó Solón sus leyes; allí habló Demóstenes; allí anunció san Pablo a los atenienses, tomando como punto de enlace el altar elevado por éstos "*al Dios no conocido*", a Aquél que honraban sin conocerle...

A la derecha, las majestuosas ruinas de los propileos y los vestigios del templo dedicado a la divinidad protectora. Suben por la escalinata de mármol de los propileos y, en la explanada, ante los ojos de todos aparece el Parthenón, dibujándose —poema de gracia y de belleza y de equilibrio perfecto— contra el cielo de purísimo zafir.

Desde allí, él lo contempla sin avanzar, mudo. Pero aun cuando a aquella distancia el colosal templo parece intocado por el tiempo y la barbarie de los hombres, su música suena en su mente con notas crepusculares. Y la declamación patética del primer movimiento de su sonata predilecta¹ (que es también la sonata preferida de su madre), henchida de goce doloroso, emerge de la armonía de su euritmia perfecta como si fuese la esencia de su belleza misma, o su trasfondo espectral. Excepcionalmente receptivo como es, ha visto, en realidad, el símbolo; y en el símbolo, la tragedia.

A la tarde siguiente fondean frente a uno de los muchos conventos rusos del monte Athos. Estando prohibido a las mujeres el desembarco en la península, se organiza éste sólo para los varones. Los monjes los acogen muy amablemente, agasajándolos con té y confituras.

Entre otras curiosidades, lo más digno de verse es la catedral, con su iconostasio de plata bruñida, sus imá-

¹ La "Pathétique".

genes de oro engarzadas con piedras preciosas y el brillante y fastuoso colorido de la multitud de iconos que cubren las paredes.

De aquí se les invita luego a otra iglesia, donde los monjes deben comenzar en breve sus oficios.

El ve cómo los monjes acuden, de todos lados, advertidos por un sonido penetrante y desleído que vaga, en vastas y plañideras vibraciones, de un punto a otro del monasterio. Procede, indudablemente, del patio vecino. Mas en vano aguza el oído: desconoce el instrumento que pueda producirlo. No resiste a la curiosidad, traspone la puerta de la iglesia y... ve, para su sorpresa, un lego que arrastra un madero que gime gracias a los bastonazos que otro le propina.

El oficio despierta igualmente su interés, viendo a los monjes, no sin asombro, santiguarse y hacer inclinaciones casi sin reposo.

Pero nada le parece más subyugante que su canto. Voces potentes y afinadas, de una portentosa riqueza de timbre y una extensión extraordinaria de registro. Las voces que suben, armoniosamente entrelazadas en escala de variados matices, prolongadas hasta el infinito, son como coros triunfantes de *alleluias* angélicas. Celestes trinos que se elevan en una portentosa marea de rítmica cadencia, en beatífica y gloriosa polifonía, evocando la ascensión de Dante al Paraíso, a través de las esferas, en la etérea leticia, por la escala de los nueve cielos hasta el Empíreo. Donde el poeta ve el Río de Luz que corre entre márgenes de flores primaverales, y la impalpable gradería en forma de Rosa, en cuyas hojas se sientan los bienaventurados. Mística Rosa por donde circulan raudas las Abejas Angélicas, con sus rostros de llama viva, sus alas de oro y sus fulgores de alba nieve, en la inefabilidad de la visión de la Luz

triforme donde toda individualidad, sublimada, se pierde...

Por contraste, los bajos descienden a profundidades pavorosas, a las lúgubres sombras, a las regiones del llanto y del duelo para, desde allí, cambiando nuevamente las voces, y desde el centro mismo del Infierno, salmodiando el *Miserere*, renacer éstas a su vuelo triunfal.

El 14 de septiembre pasan ante las riberas del Bósforo y arriban a Constantinopla. Atraviesan Turquía por vía terrestre y llegan a Beyrouth, y allí toman el ferrocarril que los conducirá a Baalbek o Heliópolis. Dirígense a Baalbek en busca de las ruinas grandiosas del templo del Sol. Llegan a la pequeña ciudad al caer la tarde.

Con el primer canto de los pájaros, y desde la ventana de su aposento en el hotel, al amanecer contempla a lo lejos la silueta casi imperceptible del monte Líbano, que se esboza sobre el cielo pálido. El contorno se endurece por momentos al mismo tiempo que una luz violácea baña la cima perdiéndose en tonos cada vez más suaves y desfalleciendo en lechosas opacidades, hasta el valle. Fundiéndose lentamente el tono primitivo en el rosa que, minuto a minuto, gana en intensidad, sombreado por el índigo de las quebradas; y el rosa se torna anaranjado ardiente, la línea es cada vez más pura, el cielo más azul... Y, como un arcángel armado de oro, refulge gloriosamente el sol.

El Apóstol se estremece con una felicidad indecible. ¡El Sol de amor del Corazón de Dios! En su fuego prodigioso, todo arde, todo ha sido creado. Todo, en sus rojas llamas, se transmuta, todo se salva. Y todo: el perro que ladra y el gato que maúlla; el cerebro que piensa y la lengua que habla; el océano apacible y el

océano rugiente: ¡todo entona un himno al dulcísimo y eterno Sol de Su Misericordia!...

Cuando retorna de su ensimismamiento, comprueba que ha permanecido en el balcón, contemplando el nacimiento del sol, larga medida hora. Sus compañeros han partido y él y su secretario deben recorrer solos el camino que llevó a las ruinas.

Damasco. La casa de Ananías; la puerta de la ciudad por la cual entró Saulo tocado de la mano de Dios, y la mezquita de los Omníades.

Corren nuevamente por el desierto. El ferrocarril especial los lleva ahora hacia Samak, a orillas del lago Tiberíades.

En la ribera del lago, veinte barcas a vela y remos los reciben; él y su secretario se embarcan en una de las más espaciales, junto con diez peregrinos más, y la barca se interna en el lago, seguida a cierta distancia por el resto de las embarcaciones. Se pone el sol y el agua se enciende con los colores vespertinos: rosa pálido y amarillo pálido. Las golondrinas pasan sobre el agua, de glauca transparencia; las gaviotas vuelan de acá para allá. El viento es flojo y, en la quietud del crepúsculo, el bote se desliza con lentitud sobre el agua levemente rizada; la vela, de trasluz, no es blanca, sino de un rojo sollamado. Tras ellos, ya no se divisa una sola barca. Y, recostado en la proa, contempla aquellas riberas donde, a lo lejos, resplandece de oro el contorno gristurquí de los montes atardecidos. En ellas Jesús escogió sus primeros discípulos, humildes pescadores del lago. ¿No es también una barca de pesca ésta que lo lleva y sus remeros otros humildes pescadores del mismo lago? En una barca igual, no lejos de esas verdes orillas, habló El a la multitud de judíos. Y como por en-

cima de un liso pavimento de cristal, caminó El sobre esas móviles aguas hacia sus atónitos discípulos.

Desciende la noche y la luna insinúa su perlina claridad tras los enhiestos picos de la montaña.

Se acercan a Tiberíades; nítidamente se avistan ya, a la blanca claridad de la luna, las cúpulas y alminares de la ciudad y las ondulantes copas de las palmeras. En la ribera opuesta está el país de los gerasenos: unas vertientes desde las cuales unas piaras de cerdos se precipitaron al lago porque los demonios habían entrado en ellos; arriba, a lo lejos, la desierta meseta de Galau-nitis, con densos bosquecillos sombríos; y muy en lo alto, vigías solitarios bajo la diamantina luz de las estrellas, los nevados picos del *Yebel Hermón*.

La mitad de los peregrinos pasa la noche en la hospedería de los franciscanos, y los demás se albergan en las tiendas del campamento instalado fuera de las murallas de la ciudad.

Ocupan las primeras horas de la mañana en recorrer brevemente la ciudad y suben nuevamente a bordo de las barcas para hacer una excursión a Cafarnaúm, distante dos horas de Tiberíades.

Un promontorio con árboles indica a Cafarnaúm, y las embarcaciones penetran en el puertecillo hecho por los franciscanos, en cuyo albergue algunos hermanos legos hacen vida eremítica y custodian la sinagoga descubierta en 1866 por Wilson y excavada en 1905. Un muro de seto rodea toda la finca, y palmeras y eucaliptus murmuran sobre los blancos capiteles de mármol de la desenterrada sinagoga.

Abarca con la mirada el desierto en que sólo pasan los grandes lagartos color de hierro bajo el ardor del sol y se le hace difícil imaginar que antaño haya existido allí una ciudad, Cafarnaúm, cubierta ahora con el polvo de los siglos, hundida en un abismo de olvido

y en una sima de mala hierba. (“Y tú, Cafarnaúm, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? Serás, sí, abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, Sodoma quizá subsistiera aún hoy día. Por eso te digo que el país de Sodoma, en el día del Juicio, será con menos rigor que tú castigado”).

Un viejo camino enlosado va a lo largo del lado occidental del muro de cimentación de la sinagoga, y una escalera conduce desde él al interior del edificio. Por este camino, por esta escalera, por estas losas, por estos peldaños, pasó, pues, Jesús; aquí posó sus plantas. Cada sábado, mientras vivió en Cafarnaúm, vino aquí con sus discípulos, con Pedro, Juan, Andrés, Natanael... Y estas paredes resonaron con sus palabras. Aquí se proclamó a sí mismo como el *pan eterno*, “*el pan de vida*”, “*el pan vivo que ha descendido del cielo*”. Aquí pronunció las palabras: “Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora, y Yo en él...”

Abandonan Tiberíades a mediodía. Desde Tiberíades setenta se dirigen, a caballo, al monte Tabor, y los demás, en carruajes, hacia Nazareth. A la zaga, los setenta cabalgan a su turno en dirección a Nazareth, y desde aquí parten al Monte Carmelo, donde se subdividen en dos grupos: un grupo de cuarenta y cuatro peregrinos desciende en la tarde hasta Caifa para embarcarse en “L'Etoile”, que allí aguarda desde la víspera, con el propósito de amanecer al día siguiente en Jafa y desde este puerto proseguir el viaje en ferrocarril a Jerusalén; los otros veintiséis —entre los que se cuentan el Apóstol y su secretario— pasan la noche en el convento, y a las tres de la madrugada montan sobre

los coches y descienden también a Caifa. Allí los esperan los caballos, los “*dragmeaus*” y los mozos de carga que han de portar los equipajes, las tiendas de campaña, provisiones, medicinas y demás cosas indispensables para una expedición de tres días a las desérticas regiones de la Samaria.

A mediodía se detienen en un *kahn*. En tanto almuerzan y descansan a la breve sombra de los datileros, de ramas semejantes a colas de dragones, observan la llegada de los pastores con sus rebaños —hatos de ovejas, carneros y cabritos—, que se acercan a abreviar en tropel a la fuente; y a las mujeres árabes que, con el cántaro al hombro y desde sitios apartados, vienen en busca del agua necesaria para los menesteres domésticos; beduinas de bellas pupilas de azabache —tinieblas de noche profunda y brillante— y exóticos tatuajes azules en la frente y la barbilla, con ajorcas o anchas cintas de oro en los tobillos y las muñecas, que tintinean al andar.

Prosiguen la cabalgata. Pasan, al pie del Hermón, por la aldea mahometana de Sulem —la Sunam de la tribu de Isacar, donde acamparon los filisteos antes de la batalla de Gelboé— y siguen a Zeraín —la Jezrael de la tribu de Isacar.

Dos horas más tarde llegan a Djinne, la antigua Engannim. Ciñéndose al itinerario que tienen trazado, aquí se detienen para acampar.

Pasan, sucesivamente, por las inmediaciones de Dohain, Djerba y Samur. En el transcurso de la mañana pueden ver, hacia la izquierda, las alturas que dominan Nazareth; más lejos el monte Tabor; y luego penetran en la llanura de Esdrelón.

A las tres de la tarde llegan a Sebastiyeh, la antigua

Samaria, y atraviesan Naplusa al anochecer; la noche está llena de los salvajes alaridos de los chacales. Muy pronto se les ve merodear por las cercanías del campamento y es preciso azuzar los perros de la escolta para ahuyentarlos.

Reanudan la marcha hasta "Khan Lubban", la vieja Lebonah, y allí almuerzan. Cabalgan todavía una hora hasta las alturas de Saint Gilles y abandonan los caballos para seguir en vehículos en camino directo a Jerusalén.

Jerusalén es realmente el principal objetivo de la peregrinación y en ella permanecen, meditando y orando, casi una semana entera.

El Santo Sepulcro, el Calvario y Getsemaní son, desde luego, los lugares que más hondamente lo conmueven. El corazón le palpita con violencia y las manos y las piernas le tiemblan cuando penetra a la iglesia del Santo Sepulcro. Un franciscano va guiándole. Bajo la elevada cúpula, se halla la capillita que encierra el Santo Sepulcro. Todos los testeros están cubiertos de lámparas de plata, con cristales verdes, amarillos, azules y rojos en torno de las tenues y vacilantes llamas. Por una puerta de escasa altura se entra en la antecámara del Sepulcro. Aquí fue donde el ángel se sentó sobre la removida piedra y dijo a las mujeres: "Bien sé que venís en busca de Jesús, que fue crucificado. Ya no está aquí, porque ha resucitado..." En el centro de la capilla hay una columna tallada con la piedra en que estuvo sentado el ángel. Ambos, el franciscano y él, han caído de rodillas. Tiembla como un azogado; la emoción lo ahoga. Justamente delante de ellos está la entrada del Santo Sepulcro. Es una puerta pequeña, tan baja y estrecha como la entrada al Reino de los Cielos. Encima de ella hay grabadas algunas pa-

labras griegas. A los lados hay sendos relieves: a la derecha, el ángel; a la izquierda, las Santas Mujeres que vienen a ver el lugar en que han enterrado al Señor. Hay luz encendida en el Sepulcro, y está su secretario dentro. Siente vagamente, como en sueños, que su secretario se inclina bajo la puerta, lo roza, pasa de largo... y el franciscano le susurra que puede entrar. Y él avanza, se encorva bajo la puertecita y cae de hinojos, llorando, con la frente contra la losa de mármol gris que cubre el más santo de todos los sepulcros, porque allí el Corazón de los corazones, el verdadero *Cor Cordium* sólo momentáneamente cesó de latir. Y en la oscura bóveda permanece orando el día completo, y, sin que los guardias lo adviertan, la noche completa...

Los siguientes puntos señalados por el itinerario sor. Betania y Belén. Continúan después a Jericó, para emprender luego la ruta del Jordán y el Mar Muerto. E inician el retorno a Jerusalén. Se quedan en la ciudad santa dos días más y el 6 de octubre un tren los lleva a Jafa. En la tarde, "L'Etoile" leva anclas, enderezando la proa hacia Port-Said. Desde aquí viajan nuevamente en ferrocarril hasta el Cairo. Remontan, después, el Nilo desbordado por la creciente, surcado por centenares de barcos cuyas velas se inflan al impulso del viento norte, y alcanzan los últimos puntos del itinerario: las ruinas de Menfis y las pirámides.

Han llegado al final del viaje e inician, desde Port-Said, el regreso a Marsella. Escalan en Catania, Monreale y Palermo y pronto ven dibujarse en el horizonte las alturas de Nápoles. Aparece luego Capri; el silencioso e imponente Vesubio; más abajo Torre Annunziata; a la izquierda Torre di Lago; y todas aquellas piedras preciosas que ornamentan la corona del Medi-

terráneo y que brillan bajo el dulce cielo italiano: San Martino, Amalfi, Sorrento y Castellamare¹.

Y por tercera vez, al arribar a Marsella, marcha en peregrinación a Paray-le-Monial.

“... Seducido, no por mi propio corazón, sino por el Corazón de Jesucristo, he venido tres veces a buscar la sombra de este Huerto de los Olivos y de la paz del alma. Y en las tres he encontrado los mismos indecibles encantos, en esta mansión terrena de Jesús, que tiene el inestimable privilegio de haberlo oído gemir, y de haberlo visto llorar y agonizar de amor... Nunca, antes de ahora, creí que el cielo estuviera tan vecino a la tierra, ni que hubiera en este valle una cumbre, elevada en tanto grado, que penetrara tan adentro en ese otro mundo superior.

“Estoy ¡oh inmerecida ventura! en esa cumbre, arrebatado hasta aquí, yo mismo no sé cómo, ni por qué extraña tempestad, desatada en el Corazón misericordioso del Maestro. “¡Qué bien se está aquí!” dijeron los apóstoles en el Tabor. Yo lo he repetido una y mil veces, besando el sarcófago de la Visitandina humilde, cuyos huesos se estremecieron cuando de este mismo altar, le dijo Jesucristo: “Ya no serás la sierva: serás la

¹ Crónica de viaje dictada por el Apóstol a su secretario en el transcurso de la peregrinación. Aparece publicada en serie de varios capítulos en “La Unión” de Valparaíso, en los números de febrero de 1908, con el título de “Impresiones de un Viaje al Oriente”. Está fechada en Granada el 26 de diciembre de 1907. El relato lo publicó don Rolando Raveau bajo su nombre y está dedicado por éste a su amigo Luis Cruz Almeida. Es evidente que, con la intención de embellecerlo, el señor Raveau retocó el dictado y, en más de un aspecto, cambió así el sentido de algunas impresiones. Impresiones que únicamente las propias palabras del Apóstol podían expresar y que el autor de esta biografía interpretó acorde con el conocimiento que posee de su espíritu.

hija muy amada y el apóstol regalado de mi Divino Corazón”.

“Y, puesto que he llegado aquí, traído irresistiblemente por fuerza misteriosa, ciego e inconsciente, quiero apropiarme atrevidamente esa palabra, y si he de salir forzosamente de Paray —¡vive Dios! jamás saldré—, sostenido por la gracia, del *Getsemani-Paraíso*, del Corazón herido de Jesús!... Desde ahí, en esa Arca de Vida, sacerdote y apóstol, navegaré, salvando las almas del piélago de muerte, en este abismo de la vida, al grito infaliblemente victorioso de: “¡Viva el Sagrado Corazón! ¡Venga a nos su Reino!”¹.

¹ “El Primer Viernes”, N° 3, mayo de 1910, “Fragmento de una carta”, págs. 91 y 92.

VII

Es en este estado, con el alma plena de la visión de aquel *Sol* que ha contemplado, con el corazón y la imaginación impregnados de la luz que ha vibrado a través de ellos, proveniente de ese *Sol*, que su inteligencia se eleva a conceptos que son sublimes: piensa sin esfuerzo y sus ideas fluyen serenas y apacibles como de un manantial escondido. El momento de la creación artística ha llegado, pues el Apóstol se esforzará en reproducir la luz de su espíritu.

Esto es exactamente lo que, a su regreso a Valparaíso a principios de 1908, él hace en la iglesia de los Sagrados Corazones. Esta se encuentra en parte ya rehabilitada, pero todavía cortada del coro y de la torre en reconstrucción, por un tabique de zinc y madera. Aquí predica la primera Hora Santa, entre diez y once de la noche, un jueves víspera de Primer Viernes. La recita y reza de rodillas, de cara al Tabernáculo, transportado en alas del Espíritu; y el diálogo tan patético y sostenido entre el Corazón de Dios, allí expuesto en la Hostia, y el alma pecadora, allí postrada ante el altar, sensibiliza hasta tal punto los sentimientos de todos, que todos, en verdad, no parecen sino hablar por boca del orador, y por aquellos labios también habla a todos el Sagrado Corazón. Un sollozo comprimido revela entre las pausas el drama interior de algún alma arrepentida, o tal vez las resoluciones heroicas y sinceras que un consolador de Jesús moribundo íntimamente se formula.

El éxito de esta primera Hora Santa es fulminante. La noche de cada víspera de Primer Viernes el tem-

plo de los Sagrados Corazones desborda de fieles. El bello ejercicio reparador, recitado y rezado por él de manera tan original y conmovedora, ha ganado los corazones.

Y así fluyen de sus labios, mes tras mes, los ejercicios de reparación más inspirados de que se tiene memoria. Aun cuando como orador sagrado tiene su estilo, su personalidad, sus conocimientos, su intención, es el Espíritu quien provee a sus palabras la riqueza de su sentido; las ilumina con luz de fuego, y el fuego es el misterio eterno. El es, sin tener conciencia de ello, como un instrumento usado por un músico para transmitir su propósito a aquellos que reaccionan a la música.

No en vano sus ojos *han visto* resplandecer como un sol el Corazón de Dios, y no en vano han contemplado tantas ruinas imponentes de civilizaciones fenecidas. De estas vívidas impresiones surge el canto de la sola y eterna Realidad de Dios, que tiene como "leit-motiv" la sentencia lapidaria del Eclesiastés: *Vanidad de vanidades, y todo vanidad.*

El rapto musical con que finaliza la primera de sus Horas Santas engendröse en su espíritu en el silencio de las misteriosas noches de Oriente, a través de las montañas y los valles de Judea, en Belén y Nazareth, particularmente, donde el Apóstol sintió hondamente la emoción de la alabanza. Las alabanzas, en este himno, de los misterios de amor y de aniquilamiento de la Encarnación y la Eucaristía abrazan, en orquestal sonoridad, la creación universal. Desde el querubín al átomo, todos los seres alzan su voz en este poema sinfónico.

Poema sinfónico en alterna consonancia de contrapunto con el acento de tristísimo dolor que pone el Apóstol en la queja amarga del Corazón agonizante de Jesús por el olvido y el desdén con que se le abandona en su encierro voluntario en la cárcel del Tabernáculo:

"Poned los ojos en mi pecho herido... aquí tenéis el Corazón que os ha amado hasta los abatimientos de Belén... y más; hasta las humillaciones y oscuridades de Nazareth... mucho más aún; hasta la crucifixión de cuerpo y de alma, del Calvario... Este es el Corazón que os ha amado hasta el extremo límite, hasta la sublime locura que me tiene encadenado para siempre en el calabozo del Sagrario; aquí, en la Hostia, agoté mi inagotable caridad... ¡Ay!, y aquí ha agotado también el hombre su inmensa ingratitud..."

Tal es, en suma, el espíritu de sus Horas Santas: una mirada de amor intensamente compasivo que descubre, en un paroxismo de dolor y de ternura, el misterio de la benignidad de Dios, difundiendo en la Encarnación, en la Redención, en la Gracia y la Eucaristía por el Verbo encarnado.

San Juan de la Cruz escribió sobre una contemplación que, más allá de las formas y de las imágenes y de las percepciones de las cosas externas, aun de la Encarnación y Pasión de Cristo, buscó adorar solamente al Invisible — el misterio substancial: el Ser de Dios. Y el *Cántico Espiritual* no es otra cosa que la más alta contemplación, a través del deseo y el éxtasis de la vida de amor, del Dios escondido. Antes —en el *Monte Carmelo* y la *Noche Oscura*— san Juan ha estado en una tierra desierta y sin camino: ahora, en el *Cántico Espiritual*, ve la gloria y belleza de Dios, gracias al incremento del don de Dios que tiene dentro; y lo ve a El, por consiguiente, en su propia alma como también en el mundo exterior. Habiendo por fin alcanzado el alma la cumbre de la perfección y la libertad, ya no tiene otra cosa que entender y otro ejercicio en qué emplearse, sino en darse en deleites y gozos de íntimo amor con el Esposo. Su entendimiento se hunde, pues, en un silencio íntimo; y, como ocurre a veces con los enamorados, que

conscientes cada cual de la presencia del otro, no hablan, su alma a solas con el Amado se gozan y comunican en silencio, y el amor que los une compensa la ausencia de palabras. "Que de tal manera esté yo transformada en tu hermosura, que siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura"¹.

Dos son, evidentemente, las ideas fundamentales del ejercicio de la Hora Santa. La primera es una intención de amor compasivo, que une en esa Hora el alma del consolador y del confidente, al Corazón agonizante de su Salvador. "Te haré compartir, dice Jesús, la tristeza mortal de mi Getsemaní". La segunda es una reparación del pecado, un fin de desagravio redentor y de consuelo: "Pedirás perdón por los pecadores".

La tercera idea, inmanente a estas dos y a la vez su corolario, es una idea de victoria. "¡Oh, sí!, a pesar del infierno, reinaré por la omnipotencia de mi Corazón". En la Hora Santa se le ofrece el alma como un asilo y se le pide, al propio tiempo, por la agonía y la omnipotencia de su Corazón, el *advenimiento de su reinado*, la soberanía de su amor, en las conciencias y en los pueblos. De ahí el clamor que él pone en labios de la multitud de fieles, clamor que debe resarcirle del abandono en que tantos hijos ingratos le tuvieron relegado en el transcurso de los siglos:

¡Venga a nos el reinado de tu amante Corazón!

Ofrecerle el alma como un asilo. Compadecerse de El y hacer en sí mismo la cuenca, el refugio, el lugar de reposo para que el sufrimiento de Jesús pueda descender en el alma y llenarla. ¿No podríamos, en el sutil pasaje del místico carmelita, como suma, analogía y antítesis simultáneamente, substituir la palabra hermo-

¹ C. E. XXXVI, 3.

sura por la palabra sufrimiento y hermanar así, en un solo espejo, su opuesta manera de contemplar al Único? "Que de tal manera esté yo transformada en tu sufrimiento, que siendo semejante en sufrimiento, nos veamos entrambos en tu sufrimiento".

Mientras comparte su mortal tristeza, él quiere tener siempre ante sí su imagen dolorosa.

No borres las heridas de tus pies ni de tus manos... No abrillantes, no hermosees, deja ensangrentada tu cabeza... ¡Ah!, y no cierras, sobre todo, deja abierta la profunda y celestial herida de tu pecho...

Porque es con esa imagen eternamente presente que él quiere consolar a su Amado. Con la ternura de una madre, con la ternura de un padre, con el candor de un niño, con la música de Orfeo, con los arrullos de la tórtola, con el bálsamo del rocío, con la lira de Homero, con el arpa de David...

Después de recitar y rezar en la iglesia, al ritmo de su inspiración, mes tras mes, diversos ejercicios de Hora Santa, procederá al cabo a darles forma concreta con la pluma. Imprimiéndoles a estos ejercicios el sello peculiarísimo de su estilo, no hará sino recordar lo que ha dicho frente al Tabernáculo. Formarán un libro de veinte métodos distintos y el libro llevará impresa, al comienzo, esta dedicatoria: *"En recuerdo imperecedero de mi Peregrinación, mil veces venturosa, a Paray-le Monial, y en homenaje de rendida y eterna gratitud al Corazón Divino de Jesús por ese incomparable beneficio"*.

Al mismo tiempo, paralelamente a este período de "creación" de las Horas Santas, la Obra de la Entronización continúa desarrollándose prodigiosamente en

el país bajo su infatigable apostolado. En vista de la aprobación del Papa, el nuevo provincial, padre Vicente Monge, y el episcopado le han dado carta blanca.

Sus jiras apostólicas por los pueblos y ciudades del país se suceden sin interrupción. Su programa consta de tres partes: las conferencias para laicos, la Hora Santa en la iglesia y luego la entronización del Sagrado Corazón de casa en casa.

Cuando sube a un tranvía compra habitualmente dos boletos: uno para sí y otro para Jesús. Viaja en compañía del Rey, del Padre, del Amigo. De Aquél de cuya invisible Presencia se olvida el mundo en medio del tráfico y del ruido, pero en el seno de cuyo amor sin orillas su alma, en coloquio perpetuo y en perpetuo deliquio, está siempre abismada.

Por este proceso de santificación continua en el amor, se esfuerza por reflejarse en Él como en un espejo, de modo de poder mostrar su hábito de sacerdote al mundo entero como diciendo: "el que me ve a mí, ve a Cristo", como Cristo dijo de sí: *"El que me ve a Mí, ve al Padre"*¹. De tal suerte que aun a los incrédulos más recalcitrantes tan sólo les basta verlo y oírlo una vez, para creer en Él.

No se le ha liberado (ni él tampoco lo ha pedido) de sus antiguas responsabilidades. Siguen a su cargo el Curso de Leyes (regentado en su ausencia por el padre Teófilo Calmes), la academia literaria y la asociación de los Sagrados Corazones de caballeros y señoras.

Pronto crea el primer secretariado de la Obra en Valparaíso. Ocho socias de los Sagrados Corazones lo integran y ellas dan a conocer la Entronización, por cartas redactadas en todos los idiomas, a los obispos y

¹ Juan, XIV, 9.

superiores de comunidades de todas las latitudes del orbe.

En marzo de 1910, con la colaboración del padre Antonio Castro, el Apóstol funda *El Primer Viernes*. El solo llena casi toda la revista. De su fértil pluma salen multitud de artículos. Aparte de los que firma con su nombre de sacerdote, firma otros con diversos pseudónimos. A menudo, Ned-Max (nacido Eduardo Máximo), a veces Longino, Tarcisio o Cruzado o de Lisieux: otros tantos frentes de batalla desde los que combate el fari-seísmo, el liberalismo, el jansenismo y la masonería. Todos estos pseudónimos tienen su lenguaje. De Lisieux, particularmente, expresa aquella característica con-moción que es parte del sentimiento de todo “descubrimiento” y que él sintió al leer la autobiografía de Teresita. Es tal la impresión que la historia de su alma le produce, que no puede menos de exaltarla en el púlpito. Aunque muy luego el superior se lo prohíbe; Teresita no está aún canonizada y no eiste seguridad de que lo sea. Sin embargo, esto no disminuye en nada su convencimiento de que Teresita, tal cual lo había dicho aquel religioso pasionista el mismo año en que se dio a luz su autobiografía, “es una pequeña estrella que se hará cada día más y más radiante en la Iglesia de Dios. Ahora no es más que la estrella matutina en medio de una nubecilla: *stella matutina in medio nebulae*. Pero un día llenará la casa del Señor: *implebit domum Domini*”.

En 1913, la Entronización ha alcanzado en América pleno desarrollo. El episcopado nacional, en laudatoria Carta Colectiva, recomienda con énfasis la Obra. Los obispos se dirigen a Roma, además, para obtener indulgencias en su favor y el Papa las concede generosamente,

te, con una validez de diez lustros. En las demás repúblicas americanas, después de las triunfales jiras del Apóstol por Argentina, Uruguay y Perú, la Entronización se ha propagado como fuego. Todo el continente arde; los secretariados se multiplican; muchos y anónimos apóstoles surgen a su calor; los obispos publican entusiastas pastorales...

En Perú, la Entronización ha tenido la feliz acogida del arzobispo de Lima y de los obispos de Arequipa, Trujillo y Huánuco. Los cuatro preladados publican encendidas pastorales, ante lo cual el Apóstol les dedica un artículo en *El Primer Viernes*.

“Siga, pues —son las últimas palabras de este artículo—, su carrera de ascensión esplendorosa en el cielo del Perú y de la América este Sol de amor...”

“¡Oh, que nunca se ponga en sus Estados!”¹.

Densas nubes de tormenta se acumulan, entretanto, en el cielo de Europa. Las naciones balcánicas se revuelven unas contra otras. Alemania, por su lado, sigue aumentando en formidables proporciones el número de sus tropas. Las naciones circunvecinas tiemblan. Francia, especialmente, no se forja ilusiones y el Presidente Poincaré ha solicitado a las cámaras y al país que se refuerce el ejército.

A mediados de 1914, dado el éxito notable de la Obra en Chile y América, el provincial resuelve enviar al padre Mateo a Europa. Su proyecto, muy sencillo, es el siguiente: que predique y organice la Entronización en España, Francia y Bélgica y, una vez lanzada, confiarla a los padres de los Sagrados Corazones en dichos países; para ello, calcula, bastarán unos ocho meses y entonces el padre Mateo podrá retornar a Chile.

¹ “El Primer Viernes”, Nº 11, noviembre de 1913, pág. 659.

Con la certidumbre moral, así, de estar pronto de regreso, él consuela a su anciana madre enferma. Ella está naturalmente desolada de verlo partir, pero su sentido heroico de las virtudes cristianas y su fe católica militante y austera la mueven a enjugarse las lágrimas con gesto resuelto y a abrazarlo con alegría. Y le imparte su bendición.

Se embarca con destino a París, en julio de este año.

La tormenta está próxima a estallar. Las nubes han congregado toda su potencia de electricidad y humedad y los rayos, asaeteándolas furiosamente, hendirán muy pronto la noche lívida.

VIII

Se ha alejado el barco no más de diez millas de la rada de Montevideo, cuando el rumor de que el gran transatlántico inglés es perseguido por submarinos alemanes, alarma y angustia a los pasajeros.

Pese a todo, el transatlántico llega a Marsella sin ser atacado. En el bolsillo de su hábito, junto a su corazón, el Apóstol lleva la carta de su madre. La carta que ha recibido mientras navegaba a través del mar proceloso: "Tu madre te seguirá por todas partes y te ayudará..."

Pero el mismo día que llega a París, la prensa y la fatídica sirena dan la alarma: el ejército alemán está ya en Compiègne. Asimismo, las campanas de todas las iglesias de la Ciudad Luz doblan por la muerte de Pío X.

Las circunstancias no pueden ser más angustiosas y se ve forzado a huir precipitadamente de París para no exponerse a quedar prisionero en la ciudad. Toma un tren cargado de caballos y ganado y, estrujado con muchos otros fugitivos, y de pie, viaja una noche y día y medio hasta Moulins, y de ahí a Paray-le-Monial.

¡Paray-le-Monial, una vez más...! Aquí retempla sus fuerzas y sale animado y fortalecido para emprender la lucha. Se alberga en el modesto hotelito enfrente de la Capilla, al igual que siete años atrás. Los hoteleros, que guardan un vivo recuerdo del entusiasta peregrino de 1907, lo acogen con gentiles muestras de hospitalidad.

En el comedor, los peregrinos lo interrogan curiosos e intrigados. Se preguntan, y con razón, qué puede venir a hacer en Francia en esos tiempos de guerra este

sacerdote sudamericano. Pero sin vacilar, y con palabras ardientes, él expone su misión. Las conversaciones de sobremesa se prolongan. Su auditorio aumenta noche a noche. Su acento extranjero y su francés no muy puro, hacen aún más atrayente su persona.

El rumor de su presencia circula pronto fuera del ámbito del hotelito, y a los pocos días recibe sorpresivamente la visita del superior de la basílica del Sagrado Corazón. Después de informarse del programa de la Entronización y de sus proyectos apostólicos, el superior le pide que predique el domingo en la basílica, durante las tres misas principales, y por la tarde antes de la bendición con el Santísimo.

Después de aquel domingo, recibe invitaciones de las comunidades del Cenáculo y de las Clarisas y de otros centros de apostolado social.

Es ya una llama que sube.

Pero, precisamente entonces, sus ímpetus se ven detenidos por el primer escollo. El superior de la basílica, que en el Boletín del santuario ha publicado una reseña encomiástica de la Entronización, viene donde él confuso y azorado.

—“Siento en el alma comunicarle —dice— que tendrá usted que interrumpir sus predicaciones. El arzobispo de Besancon, habiendo leído en nuestro Boletín lo que publicamos sobre la Entronización, me ruega decirle no siga usted predicando una obra cuyo título, “Entronización”, sabe, dice, a “novedad americanista”. Agrega que en Paray-le-Monial... —titubea, embarazado— no necesitamos, dice, a ningún extranjero para predicarnos la doctrina del Sagrado Corazón...”

Lo desahuciaban sin apelación. Nuevamente el significativo título era la piedra del escándalo, y por segunda vez, y ahora en Francia, se le condenaba con iguales palabras: “novedad americanista”.

No le quedaba, por lo visto, otra alternativa: debía plegar su tienda y partir. El no sabría decir por qué, pero de Paray-le-Monial se dirige a Lyon. En Lyon se presenta en el palacio del Cardenal Sevin, para obtener las licencias de celebrar y cumplir los requisitos para ejercer de paso el ministerio.

El singular magnetismo de su persona, con aquella movilidad de sus labios en la palabra y la sonrisa, donde el Eterno ha derramado su gracia, un sortilegio que no puede dejar de obrar sobre los sentimientos de quienes lo escuchan, coge también al Cardenal Sevin. A poco de hablar, el Cardenal se ha prendado de él, trocándose entonces extrañamente los papeles. El Cardenal se lo pide como si fuese verdaderamente una gran merced: que le dé el gusto de hospedarse en su palacio.

Y así, en íntima familiaridad, charla largamente con el Cardenal en la sobremesa del almuerzo. El resultado de esta charla es que el Cardenal lo invita a predicar un Triduo en la Catedral de san Juan, que él mismo presidirá, y además en varias de las principales parroquias y en otras tantas comunidades.

¿Qué ha visto, de hecho, el Cardenal en él, para seducirlo de manera tan inmediata e incondicional? No es difícil decirlo: aquella superioridad proveniente de la espiritualidad que emana de su persona, naturalmente y visible para todos; la superioridad del hombre grande por la inspiración, la audacia de las concepciones, el contacto inmediato con Dios y que puede pasarse sin los conocimientos del letrado ni del teólogo.

Después del Triduo, el Cardenal le dice:

—“Padre, permítame darle un consejo como amigo y admirador de la Obra que usted predica. Para implantarla en Europa es indispensable que usted consiga una nueva aprobación pontificia y vaya cuanto antes a Roma”.

Y como el Apóstol le observara que necesitaba un introductor, el apoyo de alguien que tuviera influencia en el Vaticano:

—“Lo tendrá usted —dice—, y es nada menos que el primer teólogo de Roma, el Cardenal Luis Billot, mi íntimo amigo. Le voy a escribir en el acto, hablándole de usted y rogándole que hable al Santo Padre recomendando su persona y la obra de la Entronización. No podrá usted tener alguien de mayor influencia. Y tenga por cierto que tomará en cuenta mi petición”.

Al cabo de un mes de continua predicación en Lyon, sale al fin con destino a Roma.

Se aloja en el Colegio Pío-Latinoamericano, regido en ese tiempo por un jesuita peruano, el padre Luis Yábar. Al instalarlo en un aireado cuarto, éste le dice:

—“Aquí está usted en casa propia, padre. El Cardenal Billot lo espera y vendrá en breve a saludarlo. Como sabrá, el Cardenal reside también aquí”.

Pese a la aseveración del padre Yábar, sólo al día siguiente puede hablar con el Cardenal Billot, y al término de una semana recibe la carta con el sello del Vaticano. En ella se le da cita para una audiencia privada con el nuevo Papa Benedicto XV.

—“Ya estoy al tanto del objeto de su visita: el Cardenal Billot me ha enterado —le dice el Papa—. Añada usted ahora lo que juzgue conveniente, pues tengo sumo interés en recomendar la Obra”.

Viendo al Papa tan favorablemente dispuesto, se extiende en una detallada relación sobre la Obra y sus prodigiosas conversiones. Le pide una Carta Autógrafa y Benedicto XV promete concedérsela. Al fin, calla y los endrinos y hundidos ojos del Papa, tras los brillantes espejuelos, escrutan su rostro. Lo miran, durante algunos segundos, con una intensidad extraña.

Luego, sonríe, inclinándose para asir sus manos con aire confidencial.

—“Cuénteme usted otro hecho interesante, otra conversión...”

La audiencia se prolonga bastante más de lo debido.

—“Para redactar la Carta necesito ciertos datos precisos —dice finalmente el Papa—. Por esto le mandaré al Colegio Pío-Latinoamericano el Secretario de los Breves”.

La tercera vez que el Secretario de los Breves lo entrevista, le da cita para una segunda audiencia con Benedicto XV.

Encuentra al Papa paseándose cavilosamente por la estancia resplandeciente de oro, con cuadros que representan la pasión de Cristo. Lo invita a sentarse con afabilidad, sin permitir que se arrodille para besarle los pies. Y, sin dejar de pasearse de un extremo a otro de la estrecha sala, le habla. Le habla con su voz suave y calma, pero de claro timbre aristocrático, diciéndole que muy pronto tendrá preparada la Carta Autógrafa, y que no escatime fatiga y sacrificio en llevar adelante la Obra.

—“No dudo por un momento de los frutos obtenidos... Pero dígame —le pregunta—: ¿no ha tenido usted a veces grandes dificultades en el camino? ¿Qué hace usted, por ejemplo, si encuentra una montaña que le cierra el paso?...”

Sobre los hombros de ese Papa *piccolino* y enteco descansa ahora el peso de la cristiandad, y la guerra azota a Europa, y los hombres se matan, y su voz se pierde en el desierto... El laicismo ha lanzado la sociedad hacia la ruina. Volviendo sus armas contra la potestad del Dogma, comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; negó a la Iglesia el derecho, que se deriva del derecho de Cristo, de enseñar a

las gentes, de dar leyes, de gobernar a los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Poco a poco la religión cristiana fue igualada con las otras religiones falsas e indecorosamente rebajada al nivel de éstas; se la sometió a la potestad civil, y fue abandonada al arbitrio de los príncipes y de los magistrados. Se fue más adelante todavía: hubo algunos que intentaron substituir la Religión de Cristo con cierto sentimiento religioso natural; no faltaron Estados que pretendieron pasarse sin Dios, y pusieron su Religión en la irreligión y en el desprecio de Dios mismo. Naufragaron la unión y la estabilidad de las familias. Los individuos y las naciones se alejaron de Cristo, y los gérmenes de la discordia se esparcieron por todas partes, encendiendo los odios destructores entre los pueblos... Y ahora el Papa en vano implora fervientemente a Dios que sus exhortaciones de paz a las potencias beligerantes sean escuchadas, y se aplaquen los odios y cese la destrucción...

—“Santísimo Padre —replica sonriendo el Apóstol—, como vivimos en época de progreso, horado la montaña con una inmensa confianza, abro un túnel y paso”.

Ríe el Papa, aunque un poco tristemente.

—“Pero supongamos que la tal montaña es más que granítica y no consigue usted horadarla y abrir el túnel. ¿Qué hace usted?”

—“Despliego entonces las alas de una confianza ilimitada, y con esas alas de avión gigantesco, remonto el vuelo y paso por encima”.

El Papa se echa nuevamente a reír, pero esta vez se inclina y le aprieta con reconocimiento las manos.

—“Gracias, padre Mateo, esa lección es para mí”.

Recibe la Carta Autógrafa; la Obra es ahora sancionada y bendecida oficialmente por Benedicto XV, el nuevo Papa. Adjunto al documento viene un billete: el Santo Padre desea verlo otra vez.

—“Háblame, querido hijo —le dice sin ningún protocolo, cogiéndolo afectuosamente del brazo—, háblame del Sagrado Corazón y de la Misericordia...”

Se sientan el uno junto al otro, como dos hermanos, en el labrado sofá púrpura del pequeño salón privado del Pontífice.

Habla sin reparo, largo tiempo. Luego, obedeciendo a sus deseos, torna a relatarle otras de las grandes conversiones de las cuales ha sido testigo y, a menudo, también actor.

—“Santo Padre, después de lo que os he contado, me atrevo a afirmar a Vuestra Santidad que he perdido la fe en los milagros”.

—“¿Cómo es esto? ¿Qué quieres decir? — replica vivamente el Papa”.

—“Santo Padre —sonríe tranquilamente él—, imposible creer cuando yo he visto con mis ojos y tocado con mis manos estas maravillas de misericordia”.

Benedicto XV sonríe divertido, cual niño pillado en falta.

—“No te irás de Roma sin organizar esta Obra —dice, luego de una pausa—. Te enviaré un sacerdote para que te siga y acompañe. Después, cuando hayas partido de Roma, éste continuará tu Obra”.

Al día siguiente, en efecto, va a ponerse a sus órdenes un tal padre Anzuini, con el cual recorre Roma haciendo múltiples entronizaciones, pese al angustioso clima de guerra que vive la Ciudad Eterna. El padre Anzuini habla a continuación de él, haciendo en italiano un resumen de su alocución en francés.

Un llamado del Papa, perentorio como los anteriores, interrumpe sus predicaciones.

—“¿Está usted libre en la mañana del viernes?”

—“Sí, Santísimo Padre”.

—“Entonces venga a las 6.15 para asistir a mi misa

en mi oratorio privado. Mandaré a alguien que lo espere y lo conduzca cuando llegue. Y apenas haya terminado yo la santa misa, se reviste usted y celebra una misa en mi presencia y por mis intenciones personales”.

Aquel viernes, cuando el Monseñor que lo ha introducido, lo conduce otra vez de regreso a la puerta, le dice:

—“Muchos cardenales y otros dignatarios no han tenido jamás el honor y la gracia que ha recibido usted esta mañana”.

Lo mira de reojo y, en vista de que el Apóstol no despega la lengua, inquiriere con acento velado:

—“¿No estuvo usted nervioso sabiendo que el Santo Padre estaba a dos pasos de usted, oyendo su misa?”

—“De ninguna manera —replica, y enfrenta su mirada—. Porque tenía delante de mí al Rey divino en mis manos... y detrás de mí, a su Primer Ministro”.

IX

Vuelve a Francia.

Los ejércitos enemigos habían llegado hasta las puertas de París; pero, después de una retirada milagrosa, el frente se ha estabilizado. Todas las preocupaciones de la nación convergen hacia aquella lucha titánica. Los jefes de familia y muchos sacerdotes están bajo las armas. ¿Habrán en las almas serenidad suficiente para prestar atención a la palabra de un sacerdote extranjero?

Contra toda previsión, su voz va a tener una inimaginable trascendencia; los mismos acontecimientos, que hubieran debido ahogarla, le dan una singular resonancia. Un secretariado internacional, establecido en la casa matriz de las religiosas de los Sagrados Corazones, calle de Picpus, en París, asegura la necesaria coordinación.

La carta oficial del Papa, emitida con fecha 27 de abril de 1915, y la carta del Cardenal Billot —ésta última un verdadero tratado de ciencia religiosa—, difundidas ampliamente por la prensa católica, constituyen ahora sus mejores tarjetas de recomendación para los obispos y vencen todas las prevenciones.

El arzobispo de Besancon le escribe diciendo: “Perdóneme: me he equivocado. Comprendo la lección de humildad que recibo... y la acepto. Perdóneme y siga adelante por el reinado del Corazón de Jesús”.

Preocupados por el incierto curso de los acontecimientos, grande es la sorpresa de los católicos franceses al escuchar su predicación: su verbo es un torrente

de fuego que se precipita arrollador en medio de la turbulencia de la tempestad. Mientras predica, la muerte aúlla furiosa a su redor. En Nancy, su sermón es interrumpido sin cesar por el rugido de los cañones alemanes, que hacen retemblar la iglesia... y a los fieles, atrapados literalmente entre dos fuegos: el del odio y el del amor. Pero las multitudes, curiosas y ávidas, desbordan, pese a todo, las iglesias. Con los escépticos, que acuden displicentemente "para ver", el resultado es siempre el mismo: se convierten.

Prosternado delante del Tabernáculo, el Apóstol espera que se acallen los últimos ruidos. Luego, puesto de pie, lentamente, sin que se perciba el menor sonido, esboza la señal de la cruz. Hace el signo con tan mansa humildad de corazón, que más bien parece un gesto de compunción. Sigue después un texto en latín, con una traducción aproximada de la que no se oyen, generalmente, sino algunas palabras.

La decepción prevista por algunos parece verificarse. De este sermón tan esperado por los curiosos, se captarán apenas unos fragmentos, que ni siquiera se comprenderán.

Pero he aquí que el gesto del predicador se anima, ampliado por el ancho manteo blanco. Su voz, sorda al principio, estalla de repente sobre la asamblea. El francés que traduce su pensamiento es correcto; en cambio el acento es manifiestamente extraño; la doctrina expuesta es sin duda la de Paray-le-Monial; sin embargo, su modo de expresarla produce cierto desconcierto.

A la vez sereno y fogoso en su mensaje, sorprende por su extraña oratoria. No se inclina hacia su auditorio para hacer agachar las cabezas bajo su soplo, al modo de Lacordaire. Lanza, más bien, sus clamores hacia las bóvedas y su voz vuelve a caer con efectos ex-

traordinarios, conmoviendo y conquistando a la asamblea.

Un sacerdote resume así su impresión: "Una figura de ojos muy dulces, de tez pálida, de sonrisa melancólica, arrolladora y misteriosa, de acento exótico, que hincaba con tenaces golpes su pensamiento, adornándolo con la magia de cuadros fascinadores".

— "Este no es como los demás", dice un diario de Chambéry.

Un dominico de Saint-Maximin confiesa:

— "Al principio, uno queda desconcertado por esa oratoria que no es oratoria, por esas frases elípticas, esas imágenes inesperadas, esos gestos apasionados... y luego, uno está cogido, se pone al unísono, y cuando al final el predicador hace aclamar a Cristo Rey: "¡Te amo, Jesús, porque eres Jesús!", brotan lágrimas de muchos ojos".

— "Apenas habla este hombre, publica un diario de Saboya, relámpagos brillan en sus ojos... uno siente que un fuego intenso alimenta esa acción".

— "Ante esa fogosidad desconocida en nuestras latitudes, dice alguien, queda uno algo sorprendido, pero sobre todo conmovido".

— "Si otro orador emitiera los mismos pensamientos con los mismos términos, obtendría resultados ordinarios", sostiene un periódico de Lille.

— "Más se le oye, más se quisiera oírle".

— "Palabra de fuego, dice un sacerdote, tan luminosa y que permanece al mismo tiempo tan sencilla y tan directamente práctica. Doctrina tan antigua, y sin embargo ¡tan nueva y tan cautivante! ¡Cómo hubiera deseado que el mundo entero pudiera oírla!..."

— "Pero, ¿cómo sucede, se pregunta alguien, que al oír a este extranjero, sintamos nuestro corazón tan ardiente?"

Un sacerdote de Paray-le-Monial cree hallar una explicación.

—“El padre Mateo es un orador porque es un apóstol; sin preocuparse de las reglas de la oratoria, subyuga a las almas. Alma cálida, impregnada de fe, que vive en lo sobrenatural, que predica a Jesús viviente, presente y hablando. Incomparable sembrador de altos y renovadores pensamientos”.

Los aficionados a la historia buscan en sus recuerdos un punto de comparación para explicar la acción extraordinaria de ese “enviado de Nuestro Señor”, según la expresión de uno de ellos.

En Alsacia se le compara con san Bernardo.

La “Semana Religiosa” de Rodez da la siguiente semblanza:

—“Ese apóstol evoca, no tanto el recuerdo de un orador moderno, como el de los predicadores del Evangelio, que se expresaban en un lenguaje sencillo pero con una convicción profunda”.

Siguiendo con este mismo pensamiento, la “Semana Religiosa” de Chambery asegura que esa palabra es “digna de los apóstoles de los primeros tiempos”.

Pero más notable que el triunfo de su predicación, que atrae a inmensas muchedumbres, es el efecto sobrenatural producido en las almas.

—“El milagro, observa alguien, no es el de jugar con las frases, en francés como en otros idiomas, de reforzar la predicación con testimonios vivientes: el milagro es el desatascar, es el dar alas... el suscitar apóstoles”.

—“Cuando el padre baja del púlpito, relata un diario de Lille, muchos hombres lo siguen a la sacristía”.

Ciertamente habría pasado, como el Cura de Ars, horas y días en el confesionario si hubiera aceptado oír en él a una sola persona. Sus oyentes esperaban des-

quitarse con cartas o pedidos de entrevistas. Ese extraordinario correo merecería, por sí solo, un libro entero.

Las diócesis de Francia se disputan la ventaja de poseerlo, al mismo tiempo que se realizan millares y millares de entronizaciones.

Los obispos y vicarios apostólicos no ahorran sus estímulos. Testimonio elocuente de ello son las cartas de los obispos de Moulins, Nancy, Annecy, Orleáns, Dax, Bourges, Grenoble, Autun, Le Puy, Viviers, Quimper y muchos otros.

A fines de 1916, agotado, retorna a Paray-le-Monial por sexta o décima vez, en busca de una tregua a su fatiga. Lo veremos con frecuencia retornar a la pequeña ciudad, su “tierra santa”, como una rueda girando perpetuamente alrededor de su eje. *¡Si oblitus fuero tui Paray... oblivioni detur dextera mea!* El yo es uno, el yo es múltiple: es la doble fórmula de la persona humana. Y por esta continua reversión de su alma, por decirlo así, que vuelve siempre en busca de su unidad, de la divina razón de su vida, él será siempre lo que es y se mantendrá fiel a su misión.

Ha ido a Paray-le-Monial en busca de recogimiento y reposo, pero los peregrinos, que allí nunca faltan, lo acosan en el hotelito, en la calle y hasta en la misma Capilla. No le dan un momento de respiro. Todos ven en él al santo que puede curar todas las lepras del alma, dar consoladora paz a los espíritus más atormentados e indecible alivio a todas las aflicciones. Por esta razón, cuando llega a hospedarse al hotelito un huésped de sobra conocido por su fanática impiedad, la patrona, cazarramente, bisbisea al oído del Apóstol:

—Tiene usted que convertirlo, padre — y le guiña el ojo de manera muy significativa.

—El Corazón de Jesús, querrá decir usted, *madame*.

Es Su Misericordia la que obra, no yo — se excusa él con humildad.

Pero la buena mujer, de espíritu práctico, ha decidido tomar las providencias del caso y ubica al nuevo huésped, en la mesa central, cara a cara con el Apóstol.

Se trata de un médico militar expulsado del frente por su implacable espíritu antirreligioso. Racionalista fanático, desprecia cualquier tipo de “creencia” religiosa y desoía impertérrito las peticiones de los moribundos que reclamaban los auxilios religiosos, desplegando todos los obstáculos para impedir que los sacerdotes llegaran hasta ellos.

Durante dos o tres días, ambos se observan en silencio. Entre los comensales reina un ambiente de soterrada expectación; la charla es hasta cierto punto animada y chispeante, pero los espíritus se mantienen alertas, atentos a las menores reacciones de los dos hombres.

Es el doctor quien presenta armas primero. Aprovecha la coyuntura que le brinda la conversación general, que roza siempre, quíerese o no, el tema religioso, para señalar rotundamente:

—Debo decirle, *monsieur*, que yo no “creo” en nada... ¡En absolutamente nada!

Instantáneamente, todos callan y clavan los ojos en ellos.

El Apóstol no toma una actitud defensiva ni trata de rehuir prudentemente la controversia; por el contrario, lanza de inmediato una estocada a fondo. Comprende que ese hombre sólo puede ser vencido en la lid de la inteligencia, presentándole franco combate. Lo mira fijamente y le replica:

—Esa es una afirmación temeraria; pero, al pronunciarla, piensa usted demostrar que es una persona inteligente.

Entre los comensales corre un sofocado murmullo

de placer. Se va a realizar lo que durante tres días han estado ansiando secretamente. El duelo va a comenzar.

Los ojos del doctor brillan acerbamente.

—La ciencia no se basa en “creencias”, sino en “certezas”. Y el mundo ha progresado sólo gracias a la ciencia— retadora, su mirada recorre, de un extremo a otro de la mesa, todos los rostros.

—Aun echando mano de todos los recursos de la dialéctica del raciocinio, para afirmarnos en la certeza, a menudo uno cree, *monsieur*, sin saberlo, más de lo que se imagina.

El Apóstol ha cogido al vuelo una idea. Una idea que ha brotado en su cerebro con luz súbita y peregrina.

—¡Sé lo que sé!

—Perfectamente, *monsieur*. Pero vamos a probarlo. A ver, deme su tarjeta de visita.

El doctor, ignorando lo que se propone, extrae una tarjeta de su billetera y se la pasa.

El Apóstol lee el nombre en voz alta:

—A... R... Z... Esto indica que es usted hijo de un señor R... y de una señora Z..., ¿no es eso? Pero ¿sabe usted que ellos son sus progenitores?

Los comensales se miran con muda estupefacción, no sabiendo cómo interpretar estas palabras.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir? — exclama airado el doctor, mirándolo con ojos centellantes.

—Respóndame: ¿lo sabe usted?

—¡Lo sé! —vocifera el médico, las sanguíneas mejillas congestionadas—. ¡Ellos son mis padres!

El Apóstol lo mira con aire de triunfo.

—¡No! No lo sabe: lo cree. Y lo cree porque se lo dijeron. Usted *no recuerda* haberse encontrado en el vientre de su madre.

Estalla una salva de carcajadas y todos aplauden con regocijada admiración. El Apóstol es jubilosamente

felicitado. El doctor es el único que no ríe; permanece silencioso y reconcentrado, con una curiosa expresión de *bulldog* enfurruñado. Después de incitársele varias veces a que responda, dice al fin secamente:

—Debo pensar. Hoy no puedo responder; mañana, tal vez.

Pero ni al día siguiente ni en los días posteriores puede hacerlo en forma airada, declarándose al cabo tácitamente vencido. Con un tacto exquisito, para no enconar su apabullamiento, el Apóstol comienza entonces el asedio. Durante dos semanas, los huéspedes no lo ven más que con el médico. Ambos pasean, en amistosa compañía, por los corredores del hotel; con su afectuosa bonhomía, el Apóstol lo lleva cogido siempre del brazo. La mayoría no sabe si conmoverse o sonreír al ver a ese fiero matamoros tan inesperada y extrañamente amansado.

Un día, el Apóstol le dice a la patrona:

—Ponga usted un reclinatorio en mi cuarto; el doctor se va a confesar...

No pudiendo hallar reposo en Paray-le-Monial, huye a la Trapa de Sept-Fons. Ahí nadie lo conoce y podrá disfrutar de unos días de soledad. Así al menos lo cree él.

Pero su fama lo ha precedido. Una hora después de su llegada, el Abad, Dom Chautard¹, se presenta y le pregunta:

—“¿Cuántas veces al día predicará usted a los trapenses?”

El protesta; recuerda que ha venido para recogerse y hacer oración.

—“Perfectamente —replica el Abad—; haga usted sus meditaciones en voz alta, y no le pedimos más”.

¹ El célebre autor de *El Alma de Todo Apostolado*.

No le es posible rehuir la tarea, y esa misma tarde da comienzo a un retiro para los monjes.

Dirá él después: “Fui cogido en la Trampa”¹.

A la semana siguiente predica en Biarritz, y ahora quiere franquear la frontera y pasar a España; pero, la policía, excesivamente cautelosa con los extranjeros a causa de la guerra, le comunica que su pasaporte se ha extraviado; debe, pues, permanecer en Biarritz, hasta que su pasaporte se encuentre.

El aislamiento relativo le es absolutamente necesario y defiende celosamente su derecho a la intimidad con el *Amigo*. Aunque se ve que no se encuentra nunca solo; el *Amigo íntimo* de todos los instantes está siempre con él, y las palabras que salen de su boca son eco fiel de las de ese Verbo interior; pero le es indispensable el coloquio a solas ante el Tabernáculo. De ahí que ruegue al abad Garay, de quien es huésped en la parroquia de san Carlos, no permitir que lo acaparen las visitas mientras los celos de la policía lo retengan en el balneario.

Un día, sin embargo, el abad le pide hacer una excepción en favor de la Marquesa d'Elbeé y de su hijo Claudio y señora, que quieren solamente una palabra de aliento y una bendición. ¿No ha hecho él mismo la entronización en la propiedad rural de los d'Elbeé, en Zazpi? ¡Ah! La Marquesa ha perdido cuatro hijos en la guerra y el quinto, Claudio, debe ir a juntarse al ejército...

Sin vacilar, sigue al abad a un pequeño salón, donde encuentra arrodillados, delante de la imagen del Sa-

¹ En francés, *trappe* significa trampa.

grado Corazón, a los tres visitantes. Están acongojados y hay motivo para ello. Este joven oficial, ¿será tal vez la quinta víctima de la metralla enemiga? Piden una palabra y una bendición. Nada más que eso.

—“Hijos míos —les dice—, sois jóvenes, tenéis delante de vuestros ojos, pese a la negra sombra de la guerra, la perspectiva de un porvenir brillante y seductor... ¡Ah, pero no os engañéis!... Mirad esta imagen: he aquí en el Corazón de Jesús, *la sola Realidad*... Todo lo demás, aun legítimo y hermoso, absolutamente todo, no es sino humo y vanidad... *Vuestra sola Realidad*, hoy y mañana, *vuestra sola Realidad* en la vida y en la muerte, debe ser *El solo, Su Amor, Su Corazón*. ¿Lo comprendéis? ¡*El, la sola Realidad!* En Su nombre, ahora y por Su gloria, os bendigo, y al bendeciros os encierro en la Herida de Su Corazón... Quedaos allí y seréis felices... No lo olvidéis: ¡*El, la sola Realidad!*...”

Se van, emocionados. El joven oficial Claudio es lugarteniente en el 5º ejército, en Lure.

Y él, ¿saldrá para España? No; su pasaporte se ha encontrado, pero él ha enfermado gravemente. De este modo, su estadía en Biarritz se prolonga aún más de lo previsto.

Claudio viene con licencia. Y entonces, durante un poco más de tres meses y estando muy cerca de Biarritz, éste y su joven esposa lo visitan a menudo, casi todos los días. Esta palabra: *Jesús, Su Corazón, la sola Realidad* los ha traspasado a los dos como un dardo de fuego.

El “leit-motiv” de su música, de sus conversaciones íntimas, no es sino esta *divina Realidad*. La herida de sus corazones se hace de día en día más profunda y desborda una suave luz y una fuerza y un impulso de generosidad en el sacrificio que nada tiene de común con un sentimentalismo inconsistente o un sueño de poesía mística. El Maestro llama con voz poderosa y

límpida en estas almas de buena voluntad. Las empuja hacia las alturas y, por ende, al desprendimiento de todo. Con lúcido espíritu, los esposos saben muy bien lo que significa este llamado posible e íntimo, y comprenden a donde debe lógicamente llegar. Sus almas, empero, están sumidas en una calma y paz profundas, inalterables. No hay en ellos ni turbación, ni sobresalto, ni inquietud. ¿Qué quiere el Maestro? ¿Qué pide? Es todo lo que quieren saber para responder de corazón a Sus designios. Naturalmente, esta calma inalterable de ambos es para el Apóstol una gran garantía. Pero no una completa seguridad en un asunto tan delicado y que se vuelve más y más serio; problema que será necesario resolver por o contra. Por el momento, después de haber escuchado explicar a él y a ella sus sentimientos, se limita a aconsejarles dos cosas: una paz inmovible en la confianza y... dejar al Rey Jesús la mano libre, como El mismo lo decía a Margarita María.

Su divino estribillo es invariable:

—“Roguemos para ver, roguemos para que la Voluntad divina se manifieste. Tened confianza... tened confianza... Si es El, El no os dejará solos... esto, ¡jamás! Y si es un piadoso sueño, pero sueño al fin, El recompensará vuestra fe, vuestra confianza, y lo hará desvanecer antes de que se convierta en pesadilla...”

El equilibrio moral de los esposos, su calma imperturbable y su falta absoluta de prisa para llegar a una solución, eran un excelente síntoma. Pero esta situación, necesariamente embarazosa y equívoca, no podía prolongarse indefinidamente.

Un día, en tono jovial, pero serio y sincero, Claudio le dice:

—“Padre, ¿no es acaso por este camino que me llevará a mí al altar y a Louissette al claustro?”

—“Sí, mi querido, se diría que sí... —contesta él

en el mismo tono sonriente— y si es la Voluntad de Dios, será necesario decirle como Teresita: “No os molestéis, Señor; mandad y os seguiremos”.

Finalmente, los tres llegan al pleno convencimiento de que ambos son el objeto de una extraordinaria predestinación, y que es necesario creer a aquel llamado. Los esposos están desbordantes de gozo sobrenatural. Gozo que él comparte, pero con una reserva: tan grave decisión debe ser ratificada por una autoridad de la Iglesia, por un especialista de la dirección espiritual. Mientras madura íntimamente esta idea, resuelven dar un paso hacia adelante. Y convienen que para la fiesta de san Mateo, el 21 de septiembre, pedirán al abad Garay la autorización para hacer la víspera, a las once de la noche, una Hora Santa en la tribuna de su iglesia, emplazada al frente del Tabernáculo del altar mayor.

Esa noche, después de una hora de plegaria en la iglesia desierta y silenciosa, hacen un acto de oblación total y el Apóstol coloca sus dos alianzas de matrimonio en el cáliz con el cual debe celebrar a la mañana siguiente la santa misa.

Les propone luego exponer el caso al Cardenal Mercier de Malinas, quien lo honra con su confianza. Parten, así, portadores de una carta suya en la que plantea sucintamente el problema al célebre Cardenal. En ella le dice que esperan su fallo como definitivo.

El Cardenal Mercier estudia el asunto con el mayor interés. Después de varias conversaciones en las que los dos interesados le abren el corazón con sencillez y sinceridad, manifiesta su opinión. No deben vacilar. Es el Señor, evidentemente, quien invita a los dos a subir más alto.

¿Qué hacer ahora? El Apóstol los envía a Bayona, con la carta suya dirigida al Cardenal Mercier y la car-

ta que éste le ha remitido, para rogar a Monseñor Gieure presente él la súplica a la Santa Sede.

La súplica de Monseñor Gieure es remitida a Roma el 8 de marzo de 1920.

Cuatro meses después, el 24 de junio, Monseñor Gieure llama a los esposos y les entrega la respuesta de Roma. La dispensa pontifical canónica está concedida. Esta dispensa impone tres condiciones: a) entrar los dos en Ordenes de Derecho Pontificio; b) que el hombre sea sacerdote; c) que la doble profesión religiosa sea hecha al mismo tiempo.

El 8 de diciembre de 1920, a la hora señalada, las puertas del Carmelo de Lovaina se abren para dejar pasar a la Condesa Luisa d'Elbeé. Al día siguiente, Claudio es recibido en el Noviciado de los Sagrados Corazones de Montgérón, cerca de París, tomando los hábitos bajo el sugestivo nombre de *Juan del Corazón de Jesús*¹.

¹ El Curriculum del Padre Juan del Corazón de Jesús d'Elbeé puede resumirse en dos palabras: profesor en el Gran Seminario de Poitiers; “socius” del maestro de novicios en Montgérón; Superior de la casa de la Congregación en Fuenterrabía; en 1934, maestro de novicios y, en 1938, Superior General de la Congregación.

X

El Apóstol pasa, al fin, a España.

En varias jiras, recorre casi toda la península, de norte a sur, de Irún y San Sebastián a Almería y Cádiz.

En una de estas jiras ocurre aquel hecho milagroso que es como la fiel representación simbólica de la total "identificación" del Apóstol con la *Victima* que se ofrenda en la misa.

Mientras celebra una misa en un pueblo del sur, entra al templo, movido por un extraño impulso, un personaje muy conocido en la localidad, aunque no precisamente por su fervor cristiano. De repente, en el momento de la elevación, éste ve que desaparece de su vista el celebrante y en su lugar ve a Jesús crucificado, en un haz de luz radiosa, con sus heridas y sus labios en movimiento, como si hablara a alguien. En la sacristía, después de la misa, refiere excitadamente al Apóstol su visión y se confiesa con él, embargado de sincero arrepentimiento¹.

En Madrid, el Apóstol hace la entronización tanto en las residencias señoriales de los príncipes y los nobles como en las viviendas miserables del barrio de las "Injurias", de las lavanderas y traperos al borde del Manzanares.

En una de sus conferencias en el salón del "Centro

¹ Un cuadro de esta visión, ejecutado por un pintor holandés, se pintó a pedido y conforme a las indicaciones de este personaje, convertido al catolicismo por este hecho milagroso.

de Defensa Social", presidido por el sociólogo don Severino Aznar, somete a consideración de la asamblea el proyecto de erigir un monumento nacional a Cristo Rey, y hacer una entronización que sea a la vez oficial y popular. Su proposición es acogida con verdadero entusiasmo, y en una segunda reunión se acuerda solicitar a la Municipalidad de Getafe, para levantar el monumento, la concesión del Cerro de los Angeles. Este cerro, no muy elevado y de fácil acceso, tiene el mérito de ser el centro geográfico de la península.

Aprobado el plan por el obispo de Madrid, por el Nuncio y el Capellán mayor de la corte, el obispo de Sión, se organiza la suscripción que deberá sufragar el costo del monumento.

Ya en este punto las cosas, un comité compuesto por los obispos de Madrid y de Sión, y por la Duquesa de la Conquista, dama de honor de la reina María Cristina y presidenta del Secretariado, se apersona ante el rey. El comité pone al rey al corriente del proyecto y le ruega se digne, en calidad de soberano, pronunciar el acto de consagración oficial de España al Corazón de Jesús. Alfonso XIII acepta encantado y ofrece asistir con todo el Gobierno y la familia real. Contribuye, además, con una fuerte suma¹ y recomienda que todo se haga espléndidamente.

El escultor elegido por el Secretariado es el artista Marina, y es el propio rey quien escoge, entre varias maquetas en yeso, el modelo de la estatua. Cuando se discute la frase lapidaria que debe grabarse al pie, el Apóstol corta la discusión proponiendo estas tres palabras: *Reino en España*, que son aceptadas por aclamación.

¹ 10.300 pesetas.

La suscripción se ha iniciado con gran éxito. Erogaciones de todas las provincias de España llegan al Secretariado Nacional de la Entronización en Madrid, establecido en el colegio de las religiosas de los Sagrados Corazones. Mientras, por un lado, el Apóstol golpea a las puertas de las parroquias de Madrid, de los palacios y residencias de alcurnia, el padre Calasanz Baradat, director nacional de la Entronización, recorre las regiones de España moviendo la opinión en favor del proyecto y organizando la suscripción en todos los secretariados de la península.

El Apóstol visita, entre la gente de rango, al Conde de Guaquí y Goyeneche, Grande de España y Embajador del Perú ante la Santa Sede, que durante los meses de la canícula en Roma, reside en san Sebastián. Luego de escucharlo, el Conde le dice:

—“Obtenga usted, padre, que el Secretariado me conceda el privilegio de pagar el costo total de la estatua que coronará el monumento. —Se inclina con señorío—. Lo pido como un honor y como una gracia”.

Respóndele el Apóstol que, en su calidad de director, acepta agradecido, y a su requerimiento le indica la suma, bastante crecida¹. Pero el Conde firma en el acto un cheque por la mencionada cantidad.

—“Padre, diga usted que con mi contribución quiero expresar, en nombre de nuestra patria, el Perú, nuestra gratitud a la católica España, por habernos legado los tesoros de su lengua y su fe”.

El proyecto de la entronización nacional tiene una popular acogida en todo el país. Esta se traduce en una generosa contribución que alcanza un total de 539.348

¹ 50.000 pesetas.

pesetas. El superávit se invierte en un copón enjoyado, destinado a la comunión de los peregrinos.

El día fijado para realizar la entronización nacional es el 31 de mayo, fiesta de san Fernando Rey. A fin de preparar al pueblo madrileño para el magno acontecimiento, el Apóstol predica los tres días precedentes un Triduo solemne en san Jerónimo el Real.

Con el propósito de evitar protestas airadas de los adversarios de la religión y de la Iglesia, el obispo Prudencio Melo pide al Apóstol ser prudente en las palabras al redactar la fórmula de consagración. Pero Alfonso XIII es un rey católico y está, más que nadie, obligado al testimonio. Modificó, así, la fórmula a su guisa y le comunicó su propia bizarria de lenguaje.

Aquella primavera mañana del 31 de mayo de 1919, una muchedumbre inmensa y compacta se apiña desde el alba en la ladera del Cerro de Los Angeles. En adoselados tronos, a la izquierda de la estatua colosal¹, presiden el acto Alfonso XIII y la reina Victoria, acompañados de la reina madre María Cristina, los príncipes y las princesas. A poca distancia, el Gobierno en pleno, presidido por don Antonio Maura; más atrás los senadores y diputados y el cuerpo diplomático. Y en la primera grada de la escalinata del monumento, de pie, como una hierática columna blanca, con los ojos bajos y el pálido rostro arrasado de lágrimas, el Apóstol de Cristo Rey... ¡Ah! Si el Rey de reyes fuese aclamado así en todas las naciones de la tierra, y si este acto fuese en verdad el preludio de su reinado universal...

Al terminar la misa, el obispo coloca la Custodia sobre el altar del monumento, y el rey, la familia real y

¹ Dicha estatua fue dinamitada por los comunistas en la Guerra Civil de 1936.

toda la concurrencia prorrumpen en un atronador "Pange Lingua". Luego, escoltado por los altos jefes del ejército, el rey sube la escalinata, hace una genuflexión ante la Custodia y, de cara al pueblo, lee la fórmula de consagración.

—"... Queremos que Cristo Jesús sea Rey de España. Lo amamos y queremos que reine por su divino Corazón..."

El Apóstol siente vértigo y se apoya, vacilante, en la pilastra del monumento. Por un instante, mientras el rey desciende la escalinata, lo domina el impulso de abalanzarse a su encuentro y caer de rodillas a sus pies para decirle, llorando, que lo bendice con admiración y gratitud en nombre de Cristo Rey. Da un paso adelante, sube, trémulo, una grada, pero... la prudencia lo detiene (los atentados de los anarquistas contra la vida del rey son siempre de temer).

A los pocos días, recibido por Alfonso XIII en audiencia privada, le habla de esta fuerte tentación que tuvo de caer a sus plantas.

—“Siento mucho, padre —replica con viveza el rey—, que no se atreviera usted a ceder a ese impulso. Me hubiera encantado recibirlo en mis brazos y así agradecerle su iniciativa, que tuvo como coronación esa espléndida consagración, esa ceremonia incomparable. Y el público, padre, nos hubiera aplaudido, viéndonos abrazados a los pies de Cristo Rey”.

Después de una pausa, agrega con vehemencia:

—“Padre, aquí mismo donde hablamos de los Derechos divinos de Cristo, he recibido no hace mucho, una delegación de la Francmasonería Internacional. Después de un preámbulo de etiqueta, el portavoz del grupo me dijo:

—“Permita V. M. que le ofrezcamos un apoyo de-

cisivo, que sería salvaguardia para la dinastía y que garantizaría a V. M. la conservación de la corona. No ignora V. M. los trastornos sociales de los tiempos y que las monarquías están amenazadas de muerte, sobre todo, tratándose de una monarquía católica, como la de España”.

“Y como yo, intrigado, les dijera que se explicaran, el cabecilla me presentó un pergamino:

—“Pediríamos respetuosamente a V. M. su adhesión con su firma, en este pergamino, a la Francmasonería. El programa es categórico, pero sencillo. Estado laico, escuela laica, divorcio y familia laica. Relegamos así al foro de la conciencia, la cuestión de la Religión, cuestión exclusivamente personal y privada”.

“Repliqué airado que ello estaba contra mi deber de rey y de español y que jamás aceptaría semejante programa. Entonces, con voz melindrosa y doliente, el portavoz añadió:

—“Lo sentimos en el alma, señor, pues el enemigo está ya a las puertas y la dinastía en grave peligro, bien lo sabe V. M. Nosotros le garantizamos en canje de su adhesión y de su firma, conservar el trono y salvar la dinastía”.

—“¡Prefiero morir como católico y fiel a mi conciencia en el destierro y destronado —contesté—, que ser un traidor y un felón, conservando la corona!”

Al relatar este episodio en su “Testamento Espiritual”, el Apóstol dice: “Como lo oí de los propios labios del valiente don Alfonso XIII, así textualmente lo escribo y declaro con mi firma de sacerdote”.

Los grandes hombres siempre dan magníficos testimonios de los grandes hombres; recíprocamente se reconocen y se honran.

Alfonso XIII apenas si ha merecido la atención de la posteridad, porque si hay reyes en los cuales lo po-

lítico anula —y a veces hasta deforma— lo humano, en Alfonso XIII sucedió lo contrario: sus cualidades sobrepasaron siempre a sus dotes políticas. Y fue, en efecto, más importante para él no derramar una sola gota de la sangre de sus hermanos, rechazando el apoyo de las tropas leales que le ofrecía el general Cavalcanti, que luchar por conservar la corona y no ser, en 1931, ignominiosamente desterrado.

A continuación, el Apóstol añade este comentario sobre la masonería, no exento de humor: "Sólo los candorosos hasta la tontería, y los izquierdistas sectarios lo niegan, y pretenden que la masonería es una mera sociedad... filantrópica. Sí, para socorrerse mutuamente ellos, atropellando a los otros. Y sobre todo a la Iglesia".

XI

"El hombre apunta, pero Dios dispara". El Apóstol repite a menudo este refrán en su *Testamento Espiritual*. En efecto, los ocho meses calculados por el Provincial para su predicación en Europa, se han convertido en una fecunda jornada apostólica de cinco años, y el Superior General decide que el Apóstol continúe indefinidamente sus predicaciones en el viejo mundo.

Así, durante veinte años, se le ve recorrer todos los países del continente. Francia ocho veces, en cincuenta meses de predicaciones. Consagró treinta meses a España, en cinco jiras apostólicas. Recorrió tres veces Portugal. Las diócesis de Italia lo vieron pasar en siete ocasiones, en un espacio de cuarenta y ocho meses. Dedicó seis meses a Suiza, en tres oportunidades; seis meses a Holanda; diez meses a Bélgica y doce a Inglaterra. Por Alemania, Austria y Hungría pasó sólo una vez, y fueron sus jiras más breves.

Alguien le preguntó un día:

— "¿Cuál es su residencia?"

— "El tren, entre dos estaciones; el auto, entre dos iglesias; el barco, entre dos países".

Sus viajes apostólicos dejan bien atrás los de san Pablo, que sólo contaba con los caminos romanos. Pero mucho más notable que esto es la perfecta adaptación de su discurso a la mentalidad de cada pueblo, que hace que su mensaje sea comprendido en forma admirable en todas partes. En Inglaterra como en Es-

paña, en Suiza como en Francia, en Italia como en Holanda.

—“Se necesita un arte consumado, comentaba un intelectual, para poner su discurso en relación con los auditorios más diversos”.

*
* *

En 1920 se encuentra predicando en Portugal, con el compromiso de retornar inmediatamente a España, cuando recibe un cable del Vaticano. “El Santo Padre desea que asista a la canonización de Margarita María”. Pero su jira está ya trazada y organizada, y no está en su natural —muy inglés en este aspecto— romper sin más los compromisos contraídos. Por esto cablegrafía a la Secretaría de Estado: “Siento verme imposibilitado por compromisos importantes con jerarquía de Portugal y España. Agradezco y que se me excuse”. Sin embargo, un nuevo cable no le deja más alternativa que obedecer: “Santo Padre pídele deje todo y asista a canonización”. Telegrafía avisándoles a los obispos que lo esperan, y por vía París se dirige a Roma. Llega a la Ciudad Eterna la víspera de la canonización, y comunica su presencia al Papa, conforme al protocolo, por medio del Embajador del Perú ante la Santa Sede. Al presentarse ante Benedicto XV y estando aún de rodillas a sus plantas, éste le dice en tono de dulce reproche:

—“¿Cómo pudo usted, padre, pensar en estar ausente en la canonización de su “hermana”? Por eso creí de mi deber hacerle violencia para darle este inmenso gusto”.

*
* *

Luego de recorrer las diócesis de Bélgica —Bruselas, Malinas, Brujas, Gand, Lieja, Namur— hasta el agotamiento físico, piensa que la jira más difícil va a ser la de Holanda, país del cual no domina el idioma.

—“Predique no más... le dice el obispo de Amsterdam— si usted tiene auditorio”.

El decide predicar en francés. El comité organizador de la Entronización se encarga de advertirlo en las invitaciones y un aviso a la entrada de la iglesia anuncia en holandés que la conferencia se dictará en francés.

Cuando, terminada la conferencia, salen de la iglesia algunos respetables miembros del comité organizador, una anciana los aborda con encono.

—¡Cómo! ¡Qué falsedad han propalado ustedes! —exclama, alzando desafiante su rostro marchito, de barbilla peluda, y esgrimiendo su nudoso bastón por encima de su toca—. ¿Por qué han dicho ustedes que el predicador hablaría en francés? Yo no entiendo una palabra de francés, no hablo más que mi humilde “patois” y sin embargo he comprendido todo su sermón. ¡Son ustedes unos descarados mentirosos... unos embusteros!...

Hubiera continuado con sus insultos si los miembros del comité no la apaciguan, hasta lograr que repita palabra por palabra, substancialmente, toda la conferencia dictada por el Apóstol. Y, sin salir de su asombro, comprueban que, efectivamente, aquella buena mujer no conoce, de las cuatro lenguas que se hablan en el país, más que el bajo alemán nativo.

*
* *

Ha incendiado Europa, pero su mismo fuego empie-

za también a devorarlo. Experimenta a veces intensos dolores en los tobillos, y, aunque nota la inflamación de las articulaciones, no descansa. En una ocasión viajó de Edimburgo a Roma, cuando la noche precedente a su arribo le sobreviene un violento ataque de gota¹ en ambos tobillos. Es necesario que lo bajen en brazos del tren y en brazos lo suban a un automóvil. Pero los dolores no lo desaniman, y al día siguiente comienza el retiro programado en una comunidad religiosa. Y, como no puede permanecer de pie, predica de rodillas.

A los pocos días es recibido por Pío XI, quien ha sucedido, a partir de 1922, a Benedicto XV. Llega al Vaticano apoyado en dos bastones.

—“¡Padre! —exclama con malicia el Papa, saliendo a su encuentro—, ¿desde cuándo los apóstoles como usted sufren del mal de los vividores, de los que comen y beben demasiado?”

Sin inmutarse, y con igual ironía, él replica:

—“Sí, Santísimo Padre, y también el mal de los grandes penitentes, como san Pablo de la Cruz y san Alfonso de Ligorio, que no comen ni beben lo suficiente”.

*
* *

Se ha convertido en la personalidad religiosa más grande de la época y el Gobierno del Perú quiere honrarlo, obteniendo de Pío XI sea preconizado Arzobispo Auxiliar de Lima con futura sucesión.

Pero al hacérsele la solicitud por medio del embajador peruano, Pío XI, que ha definido la Entronización

¹ La ciencia actual estima que la gota se debe, entre otras causas, a un exceso abrumador de trabajo.

como la “quintaesencia de toda la religión”, responde:

—“¿Qué prefiere el Gobierno peruano? ¿Que haga yo del Padre Mateo un comandante de plaza o que lo deje ser siempre lo que es? Un comandante de plaza se encuentra con facilidad en cualquier parte; no así un “Bombardero de Fuego”.

Al Gobierno peruano no le quedó, pues, más que plegarse a los deseos del Papa.

XII

A juzgar por los frutos logrados en los últimos dieciocho años, el Apóstol ha conseguido sobradamente su propósito: promover la Revolución socialcristiana mundial. La Cruzada de la Entronización ha suscitado por todas partes un movimiento espiritual intenso y avasallador. Ha creado una conciencia católica de la REALEZA SOCIAL DEL CORAZON DE CRISTO; del Rey que debe reinar no sólo en la familia, sino también en las diversas manifestaciones de la vida pública y social. Soberano capaz de avasallar las almas y las familias y cuyo imperio se extienda, en círculos concéntricos cada vez más vastos, desde los corazones de los hombres hasta los Parlamentos y las Leyes; desde la comunidad vital de la casa paterna a la del lugar natal, a la comarca, a la urbe, a la nación y el orbe; desde la esfera terrestre, hasta las innumerables esferas celestes¹.

¹ El 4 de octubre de 1957, la opinión pública mundial fue sorprendida por una extraordinaria noticia: Radio Moscú anunció que los hombres de ciencia soviéticos habían tenido éxito en colocar en órbita —a 900 kilómetros de la superficie de la tierra— un satélite artificial que giraba a la fantástica velocidad de 28.000 kmts. por hora y que completaba una vuelta a nuestro planeta cada 96 minutos. El satélite llevaba a bordo dos transmisores que enviaban señales en clave a la tierra, y era perceptible a simple vista a ciertas horas del día. Ante esta noticia, la reacción del público de todos los países fue dramática. Tal vez la base de tal reacción fue la sorpresa: muy poca gente estaba preparada para recibir con tranquilidad la noticia de que el hombre estaba en condiciones actuales de conquistar el espacio celeste y, menos aún, que fuera la Unión Soviética la que diera el primer paso

El Apóstol ha llevado este principio doctrinal hasta sus últimas consecuencias.

De consuno y paralelamente se han repetido los homenajes de las familias y las aclamaciones públicas. Diversas instituciones lo han entronizado y continúan entronizándolo: escuelas, fábricas, círculos sociales, oficinas de la prensa. Y también las colectividades y organismos oficiales. En un principio celebróse la entronización en establecimientos públicos, como hospitales y

decisivo. Lo que hasta entonces fuera un mero producto de la imaginación, comenzó de pronto a adquirir contornos reales. Se tuvo la impresión de que una nueva era de la historia humana había comenzado, de la que todos éramos testigos. Pero mezclado con este sentimiento de admiración, hubo también temores en algunos, desencantos en otros, hubo cambios en las actitudes, revisión de algunos prejuicios, perturbación en las relaciones políticas internacionales, alteración de las concepciones militares.

Es indudable que, desde la declaración de la segunda guerra mundial, ningún acontecimiento ha producido una mayor conmoción en los pueblos que el lanzamiento del primer satélite artificial (**Instituto de Sociología de la Universidad de Chile**: "El primer Satélite Artificial y sus Efectos en la Opinión Pública", páginas 15-16).

El Apóstol no estuvo menos ajeno a dicha conmoción. Al enterarse de la noticia, exclama entusiasmado:

—"¡Pronto podremos evangelizar a los marcianos o a los venusianos!"

Su discípulo sonríe.

—"¿Y quién nos dice que existen "marcianos" o "venusianos" en Marte o Venus?"

—"¿Y por qué no? Dios ha creado infinidad de mundos. Dios ha hecho más universos que páginas hay en todas las bibliotecas de la tierra. El hombre ha puesto nombres sólo a unas cuantas estrellas, las pocas que han podido captar sus ojos y sus telescopios. Pero la Redención abarca el cosmos entero. Jesús fue crucificado aquí en la Tierra, pero Su sangre es sangre divina y salpica las estrellas. Y si por ventura existen seres inteligentes en otros mundos y no son seres perfectos y han pecado, Su sangre también los redime".

cuarteles; luego, más tarde, en Diputaciones y Ayuntamientos, en los Parlamentos y palacios de los reyes, siendo, finalmente, la católica España la primera nación en proclamarlo oficialmente su legítimo Rey.

Frente al grito impío de "Cristo Rey fuera de la ley" del laicismo ateo, que ha pretendido desterrar a Jesucristo de la vía pública, el Apóstol ha enarbolado valientemente el pendón de la Cruz: *Jesus Nazarene Rex*. "Jesús Nazareno Rey".

Así, por espacio de diez años, la Cruzada de la Entronización viene preparando la institución de la fiesta de la Realeza de Cristo. Ha promovido en el mundo entero un verdadero plebiscito familiar y social en favor de ella.

En 1924, el Apóstol presenta la instancia a los Padres Capitulares de la Congregación de los Sagrados Corazones, y el 31 de diciembre de 1925, con la clausura del Año Santo, Pío XI proclama la fiesta de Cristo Rey.

En este mismo año, como se sabe, el Consejo Supremo de las potencias europeas se reúne en Locarno. Allí se firma el célebre pacto de seguridad entre Alemania, Francia, Bélgica, Gran Bretaña e Italia, para garantizar la paz en Europa. Al propio tiempo, en estos mismos días, el Apóstol predica en Locarno. Y mientras él habla del Reino de la caridad universal y la hermandad universal; del Reino que es una promesa y una esperanza, la Liga de las Potencias vanamente "negocia" la paz y seguridad del viejo mundo.

Al decretar la celebración de la fiesta de la Realeza, Pío XI declara que esta solemnidad "será la advertencia para las naciones de que el deber de venerar públicamente a Cristo y de prestarle obediencia se refiere, no sólo a los particulares, sino también a los magistrados y a los gobernantes; les traerá a la mente el Juicio Final, en el cual Cristo, arrojado de la sociedad o sola-

mente ignorado y despreciado, vengará acerbamente tantas injurias recibidas; reclamando su Real dignidad que la sociedad entera se uniforme a los divinos mandamientos y a los principios cristianos, tanto al establecer las leyes como al administrar la justicia¹..." Porque "El es la fuente de la salud privada y pública. "Y no hay salvación en algún otro, ni ha sido dado bajo del Cielo a los hombres otro nombre en el cual podamos ser salvados" (Act., IV, 12). Sólo El es el autor de la prosperidad y de la verdadera felicidad, tanto para cada uno de los ciudadanos como para el Estado: "No es feliz la ciudad por otra razón distinta de aquella por la cual es feliz el hombre, porque la ciudad no es otra cosa que una multitud concorde de hombres" (S. Agustín, Epis. ad Macedonium, 3). No rehúsen, pues, los jefes de las naciones el prestar público testimonio de reverencia al imperio de Cristo juntamente con sus pueblos si quieren, con la integridad de su poder, el incremento y el progreso de la patria..."².

En idéntico sentido, el Apóstol dice:

"Al proclamar esta festividad, Pío XI ha querido asestar un golpe mortal a la herejía tan corriente de los que, por malicia o culpable debilidad, querían relegar a Jesús a los dominios privadísimos de la conciencia, o a lo sumo a la cámara privada de Sus audiencias secretas, la iglesia y la sacristía, desligando así de Sus derechos de Realeza la vida familiar y social y cercenando y eliminando en absoluto de Su ingerencia divina las cuestiones nacionales y políticas"³.

Este magno acontecimiento cierra el ciclo de sus Horas Santas. La primera Hora Santa es el anuncio del

¹ Encíclica *Quas Primas*.

² Idem.

³ Hora Santa en homenaje a Cristo Rey, pág. 558.

Sol que se alza en la aurora de los Tiempos Nuevos —nueva Epifanía de una era nueva. La última (dedicada a Pío XI y Alfonso XIII) es el canto triunfal al Sol que fulgura, glorioso, en el alto cenit del cielo.

En presencia, ¡oh Jesús!, de la Reina Inmaculada y de los ángeles que te adoran en esta Hostia Sacrosanta, a la faz del cielo, y también de la tierra rebelde y mal agradecida, te reconocemos, Señor, como el único Soberano y Maestro, y como la fuente única de toda Autoridad, de toda Belleza, de toda Virtud y de toda Verdad...

Por esto, de rodillas y en espíritu de reparación social, te decimos: No reconocemos un orden social sin Dios; ¡la base de todo orden social es tu Evangelio, Jesús!

¡La base de todo orden social es tu Evangelio, Jesús! No reconocemos ninguna ley de verdadero progreso sin Dios: ¡La ley de todo progreso es la tuya, Jesús! ¡La ley de todo progreso es la tuya, Jesús!

No reconocemos las utopías de una civilización sin Dios: ¡El principio de toda civilización es tu espíritu, Jesús!

¡El principio de toda civilización es tu espíritu, Jesús!

No reconocemos una justicia sin Dios: ¡La justicia integral eres Tú mismo, Jesús!

¡La justicia integral eres Tú mismo, Jesús!

No reconocemos la noción de Derecho sin Dios: ¡La fuente del Derecho es tu Código inmutable, Jesús!

¡La fuente del Derecho es tu Código inmutable, Jesús!

No reconocemos una libertad sin Dios: ¡El único Libertador eres Tú mismo, Jesús!

¡El único Libertador eres Tú mismo, Jesús!

No reconocemos una fraternidad sin Dios: ¡La única fraternidad es la tuya, Jesús!

La única fraternidad es la tuya, Jesús!

No reconocemos ninguna verdad sin Dios: ¡La Verdad sustancial eres Tú mismo, Jesús!

¡La Verdad sustancial eres Tú mismo, Jesús!

No reconocemos un amor verdadero sin Dios: ¡El Amor Increado eres Tú mismo, Jesús!

¡El Amor Increado eres Tú mismo, Jesús!

Las revoluciones se organizan y mueren; la Gran Revolución avanza con el Apóstol y avanzará incesante e inevitablemente en el porvenir. La última y verdadera Revolución que edifica, por la Entronización, el *Cuerpo Místico de Cristo Rey*.

Pablo es elegido “para llevar el nombre de Jesús ante las naciones, ante los reyes y ante los hijos de Israel”¹. Y la gran doctrina que predicará es la doctrina del Cuerpo místico, según la cual todos los fieles forman un solo cuerpo que es el cuerpo misterioso de Jesús que prosigue en el tiempo la obra de rescate de los hombres.

Su cultura griega sirvió admirablemente a san Pablo para exponer su idea del Cuerpo místico. Es imposible que se utilice como instrumento una lengua como la griega, patrimonio del pueblo de más rica cultura, sin que por la nueva doctrina fluya un torrente de conceptos y concepciones antiguos. “No hay judío ni griego, no hay siervo ni libre, no hay varón ni hembra, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”². San Pablo repite esta idea cuatro veces, por lo menos, en

¹ Hechos, IX, 15.

² Gálatas, 3, 28.

sus Epístolas; idea que constituye, como él mismo dice, el centro de su Evangelio. Siendo tan completa su cultura helénica como profunda su ciencia de las Escrituras, tiene un conocimiento perfecto del internacionalismo estoico. Su imagen del "cuerpo" está tomada de la antigüedad; pero el contenido del viejo concepto se funde en el ardor de la nueva vida en Cristo. Traduce el término "ciudadanía del mundo", por el de "comunidad de los santos" (que equivale a iglesia), y la *humanitas* estoica por la humanidad de Cristo.

En ocasión de hallarse escribiendo —cosa que hizo con muy poca diferencia de tiempo— las Epístolas a los Colosenses y a los Efesios, le sobrecogió la visión de una *Iglesia Universal*, de una colectividad mística de la humanidad redimida, con toda la fuerza, a la vez, de una inspiración divina y de un himno jubiloso. "Bendito sea el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo, quien nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo, según que nos escogió en él antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, a impulsos del amor, predestinándonos a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos agradó en el Amado. En quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia, que hizo desbordar sobre nosotros, en toda sabiduría e inteligencia, notificándonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se propuso en él, en orden a su realización en la plenitud de los tiempos, de recapitular en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra".

La substancia del *Misterio* es la recapitulación de todas las cosas en Cristo; recapitulación misteriosa que presenta dos fases: una, radical, por cuanto en la persona de Cristo, Dios y hombre, están reunidos

y compendiados el espíritu y la materia, Dios y el mundo; otra, universal, por cuanto todos los seres del universo convergen hacia Cristo, se abrazan y armonizan en Cristo, que es su principio de cohesión y unidad, su centro a la vez y su cabeza: prolongación del Cristo místico, que no sólo comprende la humanidad incorporada a Cristo, sino todo cuanto existe, inefablemente también adherido a Cristo.

Pero una cosa es concebir una idea y otra muy distinta llevarla a la práctica. ¿Cómo había de llevarse a su realización esta idea de la *Civitas Dei*? Jerusalén no era propia para ello; allí se hubiera convertido en un rabinato. En Atenas, hubiera llegado a ser una escuela filosófica. Sólo Roma quedaba a su disposición. Allí se encontrarían el espíritu universal de Jesús y la tendencia universalista de la raza latina. Pablo trabajaba incesantemente para darle a sus comunidades una cohesión espiritual. De todas partes le llegaban emisarios, que despachaba con cartas y mensajes para todo el mundo. En sus viajes a través de todo el Imperio Romano le había impresionado fuertemente aquel sistema unitario, con un poder central, una división en provincias y diversas fundaciones coloniales. Cada grupo de ciudadanos romanos y cada colonia romana, ya fuese en Grecia o en Asia Menor, ya en las Galias o en Africa, constituía una Roma en pequeño, una copia del gran "*conventus civium romanorum*." De acuerdo con esta analogía la Iglesia es para él un "estado celestial"¹, en el que el alma está avecinada y tiene su carta de ciudadanía. Cada una de las iglesias en particular son al propio tiempo "colonias de Dios sobre la tierra", semejantes a las ciudades coloniales que se re-

¹ Filipenses, 3, 20.

gían por el derecho romano, como Antioquía y Filipos. Si escribía a la iglesia de Corinto, o a la de Colosea, o a la de Filipos, siempre se está dirigiendo a la única Iglesia de Dios, con sus diversos establecimientos coloniales sobre la tierra. Ante sus ojos tiene siempre la Iglesia ideal, la idea platónica de la Iglesia, en cuanto modelo prolífico que se repite en miles de manifestaciones concretas. Surge en lugar de la diosa "Roma" la personificación de la Iglesia "sin mácula ni arruga"¹; en lugar del *Divus Augustus* y del *Kyrios* visible, que fue también llamado, según los testimonios contemporáneos, "Dios de Dios", hace su aparición Cristo, el *Kyrios* celestial, el esposo invisible y cabeza de la Iglesia².

Por la literatura universal nos es conocida toda una serie de seductores sueños sobre una "sociedad ideal", empezando por la *República*, de Platón, y terminando en las modernas novelas futuristas, después de haber pasado por Thomas Moor, Rousseau, etc. Todos ellos han quedado en meras utopías porque sus creadores, que se lanzaron a fundar un estado ideal, no contaban con el polizón que llevaban a bordo: la naturaleza humana, el hombre viejo. Ya Platón sospecha, sin embargo, que para llegar al nuevo estado se necesitará una nueva juventud, una nueva labor educativa. Y Virgilio, del mismo modo, canta también la "nova progenies", la nueva generación procedente de las alturas celestiales. Pablo no era ningún entusiasta del futuro. Por su Maestro sabía perfectamente que sólo una revolución profunda en los corazones y en los espíritus, y no una convulsión de las circunstancias externas, es lo que puede originar una humanidad y una sociedad nuevas.

¹ Efesios 5,27.

² 2ªCorintios 11, 2.

Toda su actividad la concentró en esta tarea, en la creación del hombre nuevo¹.

La idea de san Pablo sobre el Cuerpo de Cristo demostró ser una semilla fructífera para la conciencia social de la Edad media. En unión con la idea imperial de Roma constituyó el fundamento espiritual del Sacro Imperio. Pero el ideal histórico de la cristiandad medieval, que se resume en la idea del Sacro Imperio, no supo realizar verdaderamente la idea de san Pablo sobre el Cuerpo Místico. El ideal histórico de la cristiandad medieval, impulsado por una concepción sacro-cristiana de lo temporal y por la idea o el mito (en el sentido que Georges Sorel daba a esta palabra) de la fuerza al servicio de Dios, fracasó en sus más altas ambiciones. Fracasó porque no tendió propiamente a edificar el *reino universal de las almas en la comunión de un mismo Espíritu*, sino a construir una inmensa fortaleza en cuya cima se situaría a Dios. Y esta inmensa fortaleza, este inmenso *imperio sagrado*, con los límites, las miserias y los conflictos propios del orden temporal; el empleo del aparato institucional del Estado para el bien espiritual de los hombres y la unidad espiritual del propio cuerpo social, en razón de la cual el hereje² no era solamente hereje, sino agresor de la comunidad social-temporal en sus fuentes más vivas; y el orgullo y la avidez y el absolutismo político de los príncipes, no podía responder a la mística idea de san Pablo. Esta no asegura la unidad del cuerpo social por medios humanos, medios de Estado, medios políticos, que coartan la santa libertad de la criatura unida a Dios por la

¹ Efesios, 4, 22.

² "Hermanos separados" llamó simplemente Juan XXIII, el gran Papa de la Unidad, a todos los cristianos no católicos.

gracia, sino por la comunión de todos sus miembros en un mismo Espíritu. El Espíritu de la caridad de Cristo que la Entronización, diecinueve siglos después de san Pablo, quiere refractar, desde la fuente misma de Su Corazón, en el medio terrenal y pecador de lo social-temporal.

Así, para cumplir sus designios, Dios elige al Apóstol de la Entronización como uno de los medios providenciales para realizar la idea de san Pablo.

Veamos. ¿Cuál es el verbo que habla por boca del Apóstol de la Entronización?

El suyo es, ciertamente, un nuevo estilo¹ de santidad, de una nueva etapa en la santificación de lo social-temporal. Y este estilo tiene caracteres espirituales definidos: una insistencia, sobre todo, sobre aquel rasgo específico de la perfección cristiana, de ser la perfección no de un atletismo estoico de virtud, sino de un *amor* entre dos personas, la persona creada y la Persona Divina; sobre el "poseer en todo tiempo y llevar en todo lugar el Dios del corazón y el Corazón de Dios"²; y, finalmente, sobre la ley de descendimiento del Amor increado a las profundidades de lo humano, para transfigurarle sin aniquilarlo. La realización social-temporal de las verdades evangélicas conformada, en suma, por la acción contemplativa y por la contemplación activa del Corazón de Cristo.

¹ No hablamos de un nuevo **tipo** de santidad; el vocablo sería equivoco (el cristiano reconoce sólo un tipo de santidad eternamente manifestado en Cristo). Pero es un hecho que las cambiantes condiciones históricas dan lugar a modos nuevos, a estilos nuevos de santidad. La santidad de Francisco de Asís, por ejemplo, tiene fisonomía distinta de la de los Estilitas; la espiritualidad de los jesuitas, la de los dominicos o la de los benedictinos responden, también, a estilos diferentes.

² Santa Margarita María.

El mundo cristiano, necesario es reconocerlo, no ha sabido transfigurar las estructuras temporales de los siglos modernos. De manera general, ha encerrado la verdad y la vida divina en una parte limitada de su existencia: en las cosas del culto y de la religión y, entre los mejores, al menos, en las cosas de la vida interior. Las de la vida social, económica y política, las ha abandonado a su propia ley carnal, substraída a la luz de Cristo. Marx, por ejemplo, "tiene razón al decir que la sociedad capitalista es una sociedad anárquica en que la vida se define exclusivamente como un juego de intereses particulares. Nada es más contrario al espíritu cristiano"¹.

Ahora cabe preguntarnos: ¿la transfiguración de las estructuras temporales que será la obra y el sello de la nueva cristiandad, no encuentra acaso en el Apóstol del *Amor radiante*, del *Amor dinámico*, el Precursor?

El Precursor de la nueva cristiandad con lúcida y vigilante conciencia de los *derechos* de Dios: reconocimiento público y oficial de la Realeza Social del Corazón de Cristo —*Yo soy Rey... ¡Rey de Amor!*— y filial entrega total del ser, alma, mente y corazón a su reinado íntimo y social.

Platón fundó la República ideal sobre la Justicia; el Apóstol edifica la *civitas Dei* de la Entronización sobre el Amor. El ideal supremo de la Entronización es edificar el *Cuerpo Místico de Cristo Rey*, y su acción no *implica otra teocracia que la del divino amor* transfigurando al hombre, la naturaleza y la heterogeneidad orgánica, pluralista, de la estructura misma de la sociedad civil. El amor es la perfección de la ley²; y si,

¹ N. Berdiaeff.

² San Pablo (Romanos, XIII, 10).

como lo hemos dicho, la Entronización es el reconocimiento oficial de que Jesús es, en orden a la sociedad, por derecho divino, Rey de Amor, la justicia que este reconocimiento *debe* provocar, será, de consiguiente, perfecta.

La *civitas Dei* de la Entronización nos ofrece, por esto, el más acabado modelo de lo que debe ser una sociedad verdaderamente evangélica.

Existe implícita y explícitamente en la Entronización todo un programa por realizar, que ofrece sus incalculables posibilidades de bien común al generoso obrar de los cristianos del mundo.

No sólo pretende reformar al hombre en su ser moral, sino también las injustas estructuras sociales del medio en que vive. Pretende realizar la reforma integral del individuo y de la sociedad por el reconocimiento familiar y público de la REALEZA SOCIAL DEL CORAZON DE CRISTO. Este reconocimiento reviste, como sabemos, una forma sensible: la instalación solemne de la imagen de Su Corazón en perfecta concordancia con Sus designios, expresados en Paray-le-Monial: "Que siendo El mismo la fuente de todas las bendiciones, distribuiría éstas con abundancia *dondequiera que se hubiera colocado la imagen de Su Corazón*, con el fin de amarlo y honrarlo". Es por este medio que El quiere "reinar por la omnipotencia de Su Corazón". Y más todavía: "Reinaré a pesar de mis enemigos y de todos cuantos pretendan oponérseme" dice Jesús a Margarita María, para levantar su ánimo abatido, cuando prohíben a la Santa colocar otra vez en público imagen alguna de Su Corazón. Fue aquel viernes memorable en que, habiéndoselo pedido ella a sus novicias, éstas elevaron un altarcito sobre el cual colocaron una pequeña imagen del divino Corazón, dibujado a pluma en un papel, y le tributaron todas los primeros honores "que El mismo

les sugirió"¹. Refiriéndose a este acto, el Cardenal Billot arguye en la carta en que hace la defensa teológica de la Entronización, a la luz de las revelaciones de Paray-le-Monial: "Hay que leer en la historia de la Santa de Paray-le-Monial esta descripción que a buen seguro fue la primera *entronización*, y que se hizo a puerta cerrada en el recinto reservado del noviciado; hay que oír especialmente la expresión de la alegría que inundó entonces el alma de Margarita María.

"¿Tendría ella en aquel instante el presentimiento de que en ese grano de mostaza estaba encerrado el árbol gigante, en cuyas ramas, desde hace tres siglos, acuden las aves del cielo a buscar albergue? No lo sé; pero lo que bien sé, es que si el libro del porvenir se hubiera abierto ante su mirada, y en él la página que se titula *Entronización del Sagrado Corazón en los hogares*, hubiera reconocido en esta Obra la extensión del gesto tan graciosamente ensayado por sus queridas novicias, y habría vislumbrado en ella el verdadero cumplimiento de los augustos anhelos, cuya confidencia había recibido"².

Es por la Entronización, por tanto, que El quiere "reinar por la omnipotencia de Su Corazón". Reinar por la acción de las gracias santificantes inherentes a ella, necesarias para separar a los hombres del abismo de perdición. No son otras las palabras de Jesús a Margarita María: "Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, y por ti en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los

¹ Autobiografía, pág. 151.

² P. Mateo: Jesús, Rey de Amor, pág. 132.

preciosos tesoros que te descubro, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición¹. Estas “gracias santificantes y saludables” harán posible que el hombre despersonalizado de nuestro tiempo se torne otra vez reconocible por lo que es: imagen y semejanza de Dios. Y que el mundo deshumanizado de nuestra época —verdadero “abismo de perdición”— vuelva otra vez a ser el mundo del Hombre, donde éste pueda vivir en paz con sus hermanos, donde encuentre la alegría de vivir y donde encuentre a Dios.

*
* *

En junio de 1927, el Apóstol tiende el puente entre los dos santuarios —el Templo y el Hogar— y lanza el primer llamamiento para trasladar la plegaria pública de la Hora Santa en la iglesia, al seno de la familia. Así nace la práctica de la adoración nocturna en el hogar. Los miembros de la casa, en solidario espíritu de reparación, desde el *pater familias* hasta el último servidor, hacen una hora de adoración frente a la imagen entronizada del Corazón de Jesús, en sucesivos turnos y rezando uno de los veinte ejercicios de su libro de Horas Santas. El arquitecto ha dado el último toque al Hogar-Betania del Corazón de Jesús: la vela reparadora de los monjes cartujos y trapenses que transforma, también al hogar, en una pequeña “arca de salvación”.

—“He aquí una obra que realiza mi pensamiento y es la realización de mi Encíclica”², afirma Pío XI.

Ha llegado a un punto de su evolución espiritual en

¹ Autobiografía, pág. 85.

² Misericordissimus Redemptor, 8 de mayo de 1928.

que el imperativo cristiano del testimonio toma en él su verdadera dimensión trágica. Y piensa que antes que ver en la religión un refugio para uso de muchachos que no aman el riesgo, los niños cristianos han de aprender, primero que nada, a ser testigos; a no abdicar cuando la vida ataca; a no renegar en las tinieblas —según las palabras de Coventry Patmore— lo que les ha sido revelado en la luz... Porque “desdichado del muchacho cuyos primeros *juguets* fueron los clavos, la esponja con hiel y la corona de espinas”¹. Funda así en las escuelas católicas la “Liga de los Tarcisios”. Párvulos milicianos del Corazón de Cristo que tienen como patrón a ese niño Tarcisio que atraviesa la Iglesia primitiva con la Eucaristía contra el pecho y que prefiere morir antes que entregar al Dios que lleva oculto bajo la túnica. Esta milicia infantil responde a su convicción de que el cristianismo entra en una era nueva; ya no cabe vivir de una fe exterior, limitarse a una devoción ritual; los creyentes deben ser educados en la escuela de un cristianismo pleno y heroico, deberán demostrar su fe por medio de sus acciones y defenderla con sus personas, con sus vidas, con la fidelidad a Cristo y a sus principios, oponiendo el amor al odio del mundo.

¡Esse quam videri! ¡Ser y no parecer! Esta es la divisa de los Crawley-Boeveys, pero puede ser también, en exacta literalidad, la divisa de todo verdadero cristiano.

*
* *

Las predicaciones del Apóstol en el continente eu-

¹ Francois Mauriac, “La Piedra del Escándalo”, pág. 51.

ropeo se suceden sin interrupción hasta que, a principios de 1935, emprende la travesía hacia los países del continente asiático.

El Apóstol tiene sesenta años. A su espíritu vuelven los viejos recuerdos: la música del mar —aérea, indomeñable cabalgata del viento sobre las nubes del cielo, que lo embriagaba como un vino; el llamado de Asia; el llamado de Africa; el llamado de Francisco Javier muriendo, abandonado y solo en la isla de Sanción, a las puertas de China, al pie casi de las ciclópeas murallas de Cantón. Y su alma estremeciéndose del ansia de consagrar también su vida, como el apóstol, al generoso servicio de Cristo...

XIII

Desde hacía varios años llegaban al Apóstol invitaciones oficiales de todas partes del mundo, del centro del Africa como de las misiones de Oceanía y de Asia; invitaciones demasiado dispersas para que pudieran recibir una respuesta satisfactoria. Pero las cosas tomaron otro giro cuando doce vicarios apostólicos del Japón y de Manchuria dirigieron una petición colectiva al Cardenal Van Rossum, prefecto de la Congregación de "Propaganda Fide", reclamando la presencia del Apóstol de la Entronización.

El Apóstol fue entonces, por consejo de su Superior General, el padre Flavien Prat, a solicitar del mismo Papa la aceptación de dicha invitación. Para aceptarla no bastaba la sola aprobación del Superior; necesitábase además la autorización del Pontífice.

—“Vaya con el Señor —dice el Papa, después de leer la carta colectiva de la Jerarquía de Extremo Oriente”.

Y toma la pluma y escribe varias líneas al pie de la carta, ratificando de manera explícita que se sanciona al Apóstol “para la predicación de retiros destinados al clero en general y a los misioneros en especial”.

—“¿Y qué les va a predicar a los misioneros? — le pregunta, estampando su firma en la carta”.

—“Padre Santo, voy a decirles que es necesario hacerse santos”.

Pío XI le entrega un crucifijo, extiende sobre él sus blancas manos y, con voz que la emoción hace aún más grave, recita:

—“Que el Angel del Señor te acompañe, te guíe y te devuelva...”

Se abrazan como dos hermanos, estrechamente. El Apóstol llora.

—“No se vaya al Cielo antes que yo regrese...”

Pío XI sonríe tristemente.

—“Le prometo hacer lo posible para recibirlo a su regreso”.

El 21 de marzo de 1935, está en Kobe, y luego, en Tokio.

Acaba de llegar recién, puede decirse, a Oriente, y recibe desde Arequipa la noticia de que su madre ha sido administrada. Vivamente acongojado, le envía el siguiente cablegrama desde Tokio: “Tu hijo sacerdote, agradecido, te bendice; bendíceme antes de tu partida para el Cielo”.

Rodeada por sus hijas, que sollozan consternadas, la anciana madre agoniza. Muere sin volver a ver a su hijo después de una separación de 21 años. En su última carta, recibida por el Apóstol también en Tokio, ella le dice: “Yo querría tanto volverte a ver antes de morir, querido hijo, pero hago voluntariamente el sacrificio para ser apóstol del Corazón de Jesús contigo. Tu madre, con sus lágrimas, riega la semilla arrojada por su Sacerdote... y así trabajamos juntos”. La penúltima de sus hijas, Ella, le susurra al oído que ha llegado un cablegrama de “su padrecito” y María Francisca entreabre los ojos apagados. Sollozando, Ella se lo lee en voz alta y la anciana sonríe con dulzura. Ella toma entonces la fotografía de su hermano que reposa sobre la cómoda, junto a la imagen del Sagrado Corazón, y con la fotografía en la mano traza una cruz sobre su rostro exánime. En seguida levanta el brazo de la moribunda y la hace trazar, con su mano desfallecida, una cruz sobre la imagen del hijo.

Un momento después expira, estrechando el retra-

to contra su corazón. Es el Jueves Santo del 18 de abril de 1935.

Todas las hijas, entonces, rezan junto al féretro una de las Horas Santas del hijo ausente; así es como el Apóstol despidе a su madre, con su canto más inspirado:

“...Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás a tu paso las flores de los campos y los lirios de los valles de tu patria...”

Partiendo de Tokio, recorre las islas del Japón, en diecinueve meses de predicaciones, desde Hokkaido hasta Nagasaki.

La belleza geográfica del país, con sus islas que, en vez de caer del cielo, como cuenta el mito primitivo, han surgido del mar; los campos de “espigas de arroz fresco de mil otoños”; los pétalos de las flores de los cerezos cubriendo la tierra con una capa nevada; y las escarpadas cadenas de montañas rosas y blancas, donde el Fujiyama reina majestuoso, “frontera entre el cielo y la tierra”, cúpula fídica envuelta en eternos vapores de dorada niebla: todo el esplendor exótico de las islas lo enajena, y comprende la pasión casi religiosa que los japoneses sienten por su suelo nativo.

*Quisiera erguirme como sus pinos en sus cimas
y correr con todos sus ríos hacia el mar,
caer sobre él con el rocío de las noches de estío
y guardarle y servirle por toda la eternidad¹.*

La Obra de la Entronización es ya conocida en todas partes. A donde va encuentra la imagen del Sagrado

¹ Shotaro Kimura: “Poemas de la Espada y de la Flor”.

Corazón de García Moreno. Predica a los misioneros en inglés y francés, italiano y español, portugués y latín.

¡Cuántos sacerdotes y obispos han confesado después, humildemente: "Mi vida interior, y por lo tanto, toda mi vida, fue transformada después de un retiro predicado por el padre Mateo!"

Los temas de sus retiros son siempre los mismos. El clero de Occidente hace tiempo que viene palpando los efectos de su escuela. Con aquella unción subyugadora que viene a ser como la *transparencia de Dios* a los ojos de los que lo miran, y que a muchos hace pensar en un carisma, habla a los misioneros de la Humildad, de la Confianza, del Celo, de la Inmolación, de la Misericordia... pero habla, preferentemente, de la Santidad Sacerdotal.

Fulmina, en primer lugar, la caricatura del sacerdote: el "funcionario eclesiástico".

—“Es indudable que la Iglesia necesita dondequiera muchísimos sacerdotes; pero necesita santos y no mediocres sacerdotes, meros funcionarios eclesiásticos. No son éstos a quienes el Salvador confió su Persona Divina y su gloria, e hizo los dispensadores de la vida espiritual y eterna. Esa categoría de buenos pero mediocres, sin ambición sobrenatural, y que en la vía de la espiritualidad arrastran jadeantes la cruz gloriosa de su vocación, no corresponde a los designios del Salvador”.

Vivimos actualmente en el reino intermedio de lo aparente. Nuestro mundo se encuentra rodeado de engañosas bambalinas chinescas que nos ocultan la contemplación del origen y el fondo verdadero de las cosas, y la esencia íntima, la autenticidad y la realidad de Dios. Estamos carcomidos por la mentira de la vida en todos los aspectos de lo político, de lo social, de lo económico y, en parte, incluso de lo religioso.

Las gentes, incluso las que se encuentran alejadas de Dios, buscan y anhelan al verdadero sacerdote, y cuando tropiezan con uno auténtico le otorgan su plena confianza. Pero no hay estado que por el desarrollo de su ser dependa tanto de la conciencia personal y de la gracia divina, ni que toque de tan cerca los límites partes. Adonde va encuentra la imagen del Sagrado Cordero del estado sacerdotal. Ni ninguno que disponga, tampoco, de un marco tan amplio en que desarrollar libremente sus actividades, hasta llegar al mismo heroísmo, y que, al propio tiempo, tenga tantas posibilidades de caer en una poltronería legitimada.

Cada cristiano y cada sacerdote no son tales sino en la medida en que su sentimiento de la vida descansa en una unidad de espíritu con Cristo. Y el sacerdote, por fidelidad a su estado, está llamado a despertar y a conservar despierto en el pueblo este sentimiento cristiano de la vida. Y ¡ay del sacerdote y de su pueblo si aquél, por no ser un *santo sacerdote* y ser, en cambio, un sacerdote burgués, no es capaz de ello! De ahí la inflamada osadía con que brotan de labios del Apóstol verdades tan candentes:

—“¡No siendo santos perdéis las almas antes que salvarlas!”

El *alter Christus*, es decir, el sacerdote santo a imagen y semejanza del Sumo Sacerdote debe “identificarse” con la *realidad* de su misa. Un sacerdote no debe limitarse a ofrecer su misa diaria; debe, fervorosa y concienzudamente, vivirla; ser, en el orden sobrenatural, perfeccionado y acabado por ella.

—“De acuerdo con el plan de Dios, la Santa Misa diaria debería cumplir dos milagros: la transustanciación y la santificación del celebrante, que es —o que debería ser— el corolario y el primer fruto de su Misa.

“La primera de estas dos maravillas se cumple siem-

pre y en forma infalible en cada Misa. La segunda, triste es decirlo, sufre muchas excepciones.

“Suponiendo que la Hostia y el Cáliz pudieran hablar, cuán a menudo podrían decir al celebrante: “A tu palabra sacerdotal, la substancia del pan y del vino han desaparecido; nosotros guardamos solamente los accidentes, sus apariencias; hemos venido a ser *el Cristo el Hijo de Dios vivo*. Y tú, sacerdote consagrante, ¿cuándo realizarás este milagro de amor en ti mismo? ¿Cuándo tendrás en el altar y en tu ministerio, por la virtud y la gracia de la Misa, sólo la apariencia de un hombre, habiendo llegado a ser en la *realidad* otro Cristo?”

“Al darse a Sí mismo a nosotros bajo la apariencia de pan, Nuestro Señor deseó consumirnos, juntamente con permitirnos que nosotros le consumiéramos a El. Consumirlo a El es fácil, pues por eso es que El se da a Sí mismo a nosotros. Pero permitir que nosotros mismos seamos consumidos por El y con El en el fuego del Divino Sacrificio, es decir, ser transformados en Jesús, supone de parte del celebrante una total oblación”.

Y afirma:

—“Descendiendo del Altar, nosotros debemos vivir cuanto es posible la vida de la Santa Virgen después de la Anunciación, dado que nosotros llevamos, como Ella, también a Dios”.

—“*Vivid vuestra Misa, vivid para vuestra Misa, vivid de vuestra Misa* —repite continuamente a los sacerdotes, en el tono de convicción absoluta de quien vive lo que predica—. Preparadla con un inmenso amor y saboreadla cada mañana como si fuese la primera y la última de vuestra vida. *¡Qualis missa, talis sacerdos!*”

De Kagosima pasa al sur de Corea, recorre las misiones de las desoladas comarcas de Manchuria y llega

a la convulsionada China. La guerra civil ha estallado en el país por la pugna entre el Gobierno de Nanking y el de Cantón. Pugna motivada por la política de contemporización del Gobierno central ante las pretensiones japonesas de dominio sobre la Manchuria y la intransigencia nacionalista del Gobierno de Cantón. Por esta causa no puede realizar en China su vasto plan apostólico. Viéndose en la forzosa necesidad de reducir su itinerario a unas pocas ciudades, predica en Hong-Kong a los misioneros de Milán, a los misioneros franceses de las Misiones Extranjeras de París y a los americanos de Mary-knoll; a los sacerdotes chinos de Cantón y a los misioneros de Swatow y Shanghai. En la colonia portuguesa de Macao, todos los miembros del Gobierno asisten a sus predicaciones y el Gobernador lee delante del altar el acto de consagración de la ciudad a Cristo Rey. Tiene que renunciar a su proyectado viaje a la isla de Sancian. El monzón sopla con furia sobre el mar tempestuoso y no hay barco que se aventure a hacer la travesía desafiando aquella horrible borrasca.

Indochina. Hace la travesía entre Hong-Kong y Haifong¹ en medio de una violenta tempestad, que casi hace zozobrar al barco. Retiros a las comunidades y predicaciones a las multitudes en Hanoi y Saigón. En Saigón recibe un mensaje del Emperador de Anam, Bao-Dai. El Emperador lo invita a la capital de su imperio y pone a su disposición un lujoso automóvil para que pueda franquear las doscientas millas que separan Saigón de Hué. A mitad del trayecto, el chofer detiene

¹ Puerto del Tonquín a orillas del Cam, uno de los brazos del delta del río Rojo.

bruscamente el vehículo: una boa, de unos seis metros de largo, cruza la carretera, reptando ondulando a través de un bancal de legumbres y va a sumergirse en un limoso arrozal bordeado de palmas. El primer gesto del Emperador, luego que el Apóstol ofrece sus homenajes a éste y la Emperatriz, la joven cristiana María N'Guyen Hun-Thi-Lal, es presentarle a sus hijos para pedirle, con exquisita cortesía, que los bendiga. Acogido con gran deferencia en palacio, no tarda en convertirse en el capellán improvisado de la corte, celebrando la misa, confesando y dando la comunión a la Emperatriz y sus hijos. Antes de partir de Hué, habiendo cumplido su jornada apostólica según el programa habitual, el Emperador le impone, en solemne y curiosa ceremonia, la Condecoración Real del Dragón.

Las montañas de Kontum. Sus correrías por estas inhóspitas y peligrosas regiones duran unos veinte días. Los desnudos salvajes siguen su automóvil con aire torvo y amenazador y lo rodean en todas partes. Escondido en su casco, un escorpión lo pica en la coronilla del cráneo y sufre de fiebre durante las tres semanas; pero, con fiebre y todo, continúa su marcha de aldea en aldea, predicando a los misioneros.

En abril de 1938 se embarca hacia las Islas Hawai. Predica a los misioneros de los Sagrados Corazones en Honolulu y a los leprosos y franciscanos de Molokai.

Habría podido, desde el archipiélago, continuar su viaje hacia los Estados Unidos, pero había prometido volver al Asia.

En este nuevo viaje hacia los países de raza amarilla, se detiene en Yokohama, pasa a Hong-Kong por décima vez, llega nuevamente a Hanoi, a Hué, a Saigón. A Saigón, arriba, en esta oportunidad, en febrero

de 1939, y está conversando una tarde en la terraza de la Misión con una china convertida (se trata de una neófita que desea ser religiosa), cuando comienzan a doblar las campanas de la iglesia; el sordo vocerío, como el zumbido de un enjambre, que sube de la calle hasta ellos, aumenta de grado y las voces y gritos desatemplados se confunden en una sola nota trágica con el doliente retumbar de las campanas que se balancean en las altas espadañas. Con un punzante presentimiento, le dice a la neófita que tenga la bondad de ir a averiguar a la sacristía por quién doblan. Y ésta le trae la noticia: "El Santo Padre Pío XI ha muerto". Recuerda entonces las palabras que le dijera al Papa al despedirse, y rompe a llorar como un niño.

Se dirige a la Malasia, predica en Penang, en la misión holandesa de la isla de Banka. A principios de agosto de 1939, está en Ceylán. Desembarca en Colombo y mira con estupor de recién llegado este mundo nuevo, esta humanidad abigarrada: cingaleses arrollados en una tela purpúrea que cae sin pliegues hasta los pies, decorada de los talones a la cintura por un ribete azul o violeta; parias semidesnudos que a veces no llevan sino una estameña retorcida en la ranura de las nalgas, colgada delante y detrás de un cordel anudado bajo el talle; brahmanes con aros y un punto rojo entre los ojos; shivaítas con la frente embadurnada de cenizas; vishmuítas marcados con tres rayas verticales sobre la nariz; ancianos de Kandy con rodetes coronados por un peine de carey; musulmanes rapados, con fez rojo o turbante verde; afganos de chaleco bordado, con babuchas y pantalón afollado; bonzos budistas de cráneos afeitados, con ropas de azafrán o de azufre, bajo un paraguas negro o una sombrilla amarilla.

No se oyen disputas ni saludos. Pisan en silencio el

mismo pavimento. No hablan la misma lengua, no se frecuentan, no comen entre las mismas paredes, no beben en los mismos pozos. No se quieren bastante para mirarse; no se odian con bastante coraje para combatir.

Se rozan como el caballo y el buey en el mismo establo.

El Apóstol habla a las multitudes de cristianos que repletan las catedrales y las parroquias de Colombo y Kandy; pero piensa con tristeza en la heterogénea e inmensa multitud de "afuera". ¡Ah! ¡Si todos los hombres, unidos en el Amor del Rey Verdadero, fueran Uno!...

El 18 de agosto está en India. Desde Goa, donde Francisco Javier reposa en su tumba de plata maciza, baja al Cabo de Camorín, siguiendo la misma ruta de las regiones evangelizadas por éste y deteniéndose en cada una de ellas a predicar retiros a los misioneros. ¡Oh! ¡Qué gozo le producen aquellas misas matutinas; al filo del alba, en esas capillitas rústicas levantadas por las propias manos del apóstol, a lo largo de la costa de Malabar!

La Providencia no le ahorra ni peligros ni percances.

Viaja una noche a través de la selva. Además del misionero que lo escolta y del chofer, otros tres europeos van también en el vehículo. La penumbra amenazadora, pesada de bochorno, los envuelve; los chillidos de los milanos y el ulular de las lechuzas atraviesan las tinieblas por doquier; los árboles gigantescos de la India, con enmarañados festones de lianas y plantas trepadoras, se yerguen fantasmagóricos a su paso, iluminados por los potentes focos del automóvil, ante los cuales los murciélagos, cegados, describen frenéticos círculos.

De pronto, un plañido inconfundible domina el bullicio de la jungla: el plañido seco, irritado, gruñente, de cadencia uniforme que lanza un tigre, allá abajo, en el valle, indicando que no ha atrapado nada, y que no le importa que lo sepa toda la jungla.

—Escuchen...: un tigre — musita con aprensión uno de los viajeros, un viejo funcionario portugués.

Un murciélago se estrella contra el parabrisa con un violento chasquido. El automóvil se hunde en ese mundo de tinieblas como en un abismo de sombras infernales. El terror a esas moradas frondosas, que se parecen al primer Paraíso, se ha posesionado de los viajeros. Silencioso en su rincón, el Apóstol reza.

Una ola de gruñidos estremece repentinamente las tinieblas, y ven caer en torno a ellos, como en una pesadilla, una legión de negros seres. Se descuelgan de las lianas gruñendo con estridencia y cierran el paso al automóvil, rodeándolo por todos lados.

Por un momento, el pánico reina entre los viajeros. Los orangutanes gruñen y golpean el capot con ademanes amenazadores, un tanto atemorizados por aquella luz extraña que los enceguece; se restregan los ojos y hacen visajes y gestos ridículos, como un grupo de ebrios.

—No podemos avanzar —dice el chofer—. Si herimos a uno de ellos vuelcan el automóvil y nos despedazan.

—Pero, entonces... ¿qué haremos? —pregunta, con voz agarrotada, el viejo funcionario portugués.

El chofer, un indoeuropeo habituado a los peligros de la selva, reflexiona un minuto y sugiere al Apóstol:

—Abra un poco la ventanilla, padre, y arroje a distancia un plátano o un sandwich. Eso los distraerá.

El Apóstol mete la mano en una cesta y lanza un plátano lo más lejos posible. Y helos a todos los oran-

gutanes que corren y se disputan, rugiendo, el fruto. Un mono lo coge y otro se lo arranca del hocico, y se precipitan turbulentamente unos sobre otros en agitada refriega.

El chofer aprovecha el momento y avanza unos centenares de metros.

Pero... helos nuevamente a todos de regreso y en mayor número; atraídos por la comida, más y más orangutanes se descuelgan por manadas de las lianas y rodean el vehículo. Y ahora dan golpes y más golpes en las puertas y las ventanillas. Gruñen y gesticulan y, de los extremos de sus hocicos, corren hilillos de espumosa baba.

—¡Rápido! —exclama el chofer—. ¡Arrójeles otro plátano, padre!

Se dirige a los otros viajeros:

—¡Arrójenles todo lo que haya, poco a poco!

Y así los engañan, avanzando de tramo en tramo, hasta agotar las tres cestas de provisiones; pero, cuando esto ocurre, han llegado, afortunadamente, a una región poblada y los orangutanes han cedido en su persecución. Aunque no tanto como para que una decena de ellos —los más pedigüños— no escolten al Apóstol hasta la misma estación donde debe tomar el tren. Fue preciso que interviniera un pelotón de policía y los dispersara a garrotazos.

En otra ocasión, también en India, se halla en una misión del interior del país. La misión no es sino un cobertizo de bambúes con techo de hojas de palma. Entra a su cuarto, cierra la puerta y se queda paralizado: un tigre ronca a pierna suelta en su hamaca. Siente inundada su frente de frío sudor y por unos segundos no se atreve a moverse. Temblando ante el pensamiento de que la fiera pueda despertar de improviso, abre

la puerta con sigilo, la cierra con idéntica precaución y acude presuroso donde el misionero.

—¿Qué le ocurre, padre? ¡Está usted palidísimo! —exclama el misionero al verlo llegar.

—En mi cuarto hay un huésped a quien yo no he invitado —balbucea él, haciendo lo posible por sonreír—: ¡es todo un señor tigre!

Despertó a la fiera el rifle del misionero. Herido por tres balas, el tigre saltó desde la ventana al camino, dejando tras sí un reguero de sangre. El misionero corrió a la ventana para ultimarle, pero las balas se le habían agotado. Un muchachito bajaba silbando en aquel momento por el rojo camino castigado de sol, y al verse repentinamente frente a la fiera, el espanto se pintó en su rostro. El tigre cayó sobre él antes de que siquiera un grito brotase de su garganta, y se internó en la selva con su presa en las fauces.

“Decididamente los tigres se habían prendado de mí —nos dice humorísticamente el Apóstol, al narrarnos sus peripecias apostólicas¹—. En efecto, una tarde rezaba un rosario sentado a la puerta de la empalizada de la misma misión, y de repente un tremendo rugido me espanta. Vuelvo la cabeza y mis ojos se clavan en los ojos de un tigre, duros como el jade, que, semioculto en un matorral, parece decirme: “¿Con qué pasaporte has entrado en mis dominios?” Nos quedamos mirándonos, no precisamente enamorados, un breve instante. En esto rebuzna en las cercanías el asnillo de un leñador y el tigre se arroja sobre éste, prefiriendo, para dicha mía, al asnillo de cuatro patas.

“Huelga decir que no tardé en correr a mi cuarto”.

¹ Mosaico: manuscrito del Apóstol que obra en poder del autor.

Singapur, Malaca y, finalmente, las Islas Filipinas son los últimos puntos que incluye su jira apostólica en Extremo Oriente.

Podríamos haber relatado otras muchas de las peripecias del Apóstol en Asia, donde su vida estuvo en evidente peligro, ora expuesto a las flechas envenenadas de los indígenas, ora a punto de perecer en los grandes tifones del mar de la China; pero creemos que los percances relatados son suficientes para hacer resaltar, en una justa medida, los matices épicos de su epopeya.

Estamos en el año 1940 y una nueva guerra azota a Europa. A un cuarto de siglo de la primera, los motivos de los odios políticos y económicos entre las naciones europeas no han variado, y el motivo de su guerra santa, que se repite como un eterno *ritornello*, tampoco.

XIV

Cruzando el Pacífico desde las Islas Filipinas, arriba a Norteamérica en octubre de 1940.

Durante tres meses se dedica a la diócesis de san Francisco. Dos de sus hermanos de congregación, el padre Esteban Couturiaux, y luego el padre Francis Larkin, le sirven de secretarios y de guías.

Predica en las parroquias de san Juan, de san José, de santa María, de san Pedro; en la iglesia de los Padres Maristas, en la basílica de la "Misión Dolores".

Las Carmelitas, las Clarisas, las Hermanas Auxiliaadoras, las Hermanitas de los Pobres, las Dominicas, las religiosas del Sagrado Corazón, las de la Sagrada Familia, lo solicitan. También a las almas consagradas de las religiosas les habla del "deber santo", de la "obligación fundamental" de la vida religiosa: la Santidad. De igual manera que se ha propuesto despertar en el alma de los sacerdotes la conciencia de este deber, quiere despertarla al par en el alma de las religiosas.

— "*Sed santas y grandes santas*, pues ésta es la obligación fundamental de la vida religiosa. No os conforméis con vivir satisfechas y contentas con un "minimismo espiritual". Con ser religiosas intachables en la forma, irrepreensibles en lo que llamaríamos la "etiqueta monacal". Pues ante el Señor, que ve el fondo de tibieza y la desidia en la mortificación interior, la anemia de espíritu y de ambición divina, esas esposas son una decepción para el Amado divino tan poco amado y tan servilmente servido.

"Sed santas, almas-esposas, y grandes santas. Libres

y dichosamente empobrecidas, despojadas de la escoria de bienes terrenos y caducos, pero ricas de tesoros celestiales, de gracia y de ambición sobrenatural, volad, almas consagradas, en alas de ardientes e inmensos deseos hasta la cima de la santidad donde os espera anhelante, el Amado... ¡el Santo de los Santos!

“Pero... ¡cuidado con soñar! Porque los sueños de santidades ficticias, sentimentales y poéticas terminan, ¡ay!, en una tremenda pesadilla. Cristo Jesús es la Realidad viva, y la santidad es un sentimiento vivo de la unidad de espíritu con esta Realidad viva.

“Para llegar, por eso, paso a paso, sin desvíos, con calma y seguridad, a la cima, tomad con santa Teresita su maravilloso *Caminito*, la vía evangélica que yo llamo la *vía nazaretana*; esto es: santificaos en el cumplimiento del deber cotidiano, en la observancia fidelísima de la vida regular, tanto en sus Constituciones y su espíritu como en los detalles prácticos y triviales de la vida diaria. En ese camino vivieron los tres santos que sobrepasan a distancia ilimitada a todos los santos de la Iglesia: María Santísima, san José y Jesús Nazareno. Vivieron 30 años sin esplendor, en la penumbra. ¡Qué sabiduría la de saber, como ellos, convertir el polvo de ese camino ordinario y trillado, en oro y en estrellas para la Eternidad! Esto es ser santo, a lo “nazaretano”. La apariencia de esa vida, pero sólo la apariencia, es ordinaria. ¡Con Fe y Amor, todo en ella es divino y celestial!

“No obstante, tened siempre presente, por encima de todo, que la fuente y el centro de toda vuestra vida de contemplación, de santificación y de apostolado, secreto, pero real y eficaz, debe ser el Santo Sacrificio de la Misa, ¡vida de vuestra vida! Participad tan íntimamente del Santo Sacrificio y comulgad con tal fe y fervor, que, como cálices desbordando la Preciosa Sangre,

salvéis a muchos pródigos y contribuyáis poderosamente a establecer en el mundo el Reinado de Jesucristo, Rey de Amor y el único Libertador y Salvador de los individuos, de las familias, de las sociedades y de las naciones”.

Tal es, en resumen, la doctrina que predica y ha predicado a las religiosas en centenares de monasterios y conventos. Doctrina substancialmente inspirada, como se ve, en el espíritu de la santa de Lisieux, su santa predilecta.

El Apóstol extiende en seguida su acción hacia Oakland y san Leandro, al otro lado de la bahía; hacia san José y Los Gatos, a cien kilómetros al sur; hacia san Rafael al norte.

A principios de marzo de 1941, llega al Estado de Arizona.

A mediados de este mismo mes, a la ciudad de Los Angeles. El público se agolpa en la catedral, en san Pablo, en san Roberto Belarmino; en las parroquias de la Preciosa Sangre, del Sagrado Corazón, de la Encarnación, de Loreto, de Guadalupe.

No es posible, y resultaría abrumador, exponer en crónica detallada sus correrías apostólicas, que abarcan tres años, en Estados Unidos.

En Chicago, principalmente, y en las ciudades que circunvalan el lago Michigan, multiplica sus predicaciones. Las Benedictinas, las religiosas del Cenáculo, las Auxiliadoras, las Hermanas de la Merced, las Hermanitas de los Pobres, las Dominicas, la Legión de María, los obreros, los estudiantes, los Terciarios Franciscanos, gran número de parroquias, de internados y colegios oyen su ardiente palabra.

Chicago es por muchos meses su puesto central de apostolado. Desde aquí atiende las diversas peticiones

que los obispos le dirigen desde los Estados de Minnesota, de Arkansas, de Maryland, de Nebraska, de New York, de Indiana, de Wisconsin, de Kentucky, de Iowa, de Louisville, etc.

Predica entre cinco y siete veces al día, y a muchedumbres enormes, y esto lo obliga a alzar al máximo la voz y a esforzar al máximo su pecho y su garganta, sin que la fatiga lo doblegue. Al igual que san Pablo, se encuentra lleno de un "deber santo" e impelido por una fuerza inexorable que Dios le ha transmitido: "En mí hay una fuerza; ¡ay de mí si no predico el Evangelio!" En su calidad de enviado y elegido de Dios, que le ha conferido su misión, ha de ir de ciudad en ciudad predicando, para salvar al mundo, y es Dios quien lo sostiene.

Tan extraordinaria resistencia física provoca el asombro y la conversión de un médico incrédulo.

Ha predicado seis semanas en New York y prepara sus maletas para partir en barco a las nueve de la noche. Pese a las instrucciones que le ha dado al conserje, he aquí que un último visitante llega a su habitación. Un personaje a quien el conserje no se ha atrevido a detener. Entrando a la pieza con el desplante de un hombre de mundo, y después de excusarse cortésmente, éste le dice:

—“Padre, por simple curiosidad y también con el ánimo de criticarle, he ido los dos últimos días a escucharlo... Oiga este dilema: o es usted un fenómeno extraordinario de cabeza, de garganta, de pecho y del sistema nervioso, o bien... Aquél a quien usted predica está con usted y le asiste sensiblemente... Desde luego, usted no tiene la apariencia de ser este fenómeno fisiológico. Yo he debido, pues, aceptar, lógicamente, que Aquél a quien usted predica le sostiene, y que tiene usted razón al afirmarlo...”

En abril de 1943, sin embargo, la salud del anciano Apóstol da señales de evidente debilitamiento. Los médicos le aconsejan interrumpir durante algún tiempo su apostolado. Reposa unas semanas en las comunidades de los Sagrados Corazones de Washington y Fairhaven y vuelve a empezar sus prédicas, con renovados bríos, en Chicago, en New York, Nebraska, Minnesota.

Pasa en seguida, desde Rochester, al Canadá. Predica en agosto de 1944, varios retiros al clero de Quebec; a principios de septiembre, cerca de trescientos sacerdotes lo oyen en el Seminario Mayor de Montreal.

Habla a los Redentoristas, a los Jesuitas, a los Padres de la Santa Cruz, a los Sulpicianos, a los padres del Santísimo Sacramento, a los Dominicos; al clero de san Bonifacio, de Joliette, de Trois-Rivières; a las religiosas de la diócesis de san Juan; a las religiosas y sacerdotes de Ottawa.

No baja del automóvil o del tren sino para subir al púlpito. Desfallece de agotamiento, pero la acuciadora obsesión de extender cada vez más el Reino de Cristo Rey tiene la virtud de rehacerlo. “Parecía haber descubierto el resorte secreto del *movimiento perpetuo*”, nos dice humorísticamente el Apóstol en una de sus cartas. Hasta que un ataque de “angina pectoris” lo obliga, pese a su inquebrantable voluntad de continuar predicando, a internarse en una clínica de Montreal (31 de diciembre de 1946).

Al poco tiempo, a invitación del obispo de Trois-Rivières, es trasladado al Hospital san José de esta ciudad.

En su cuarto de enfermo¹ escribe artículos para diversas revistas católicas, que mantienen la cohesión de

¹ La “Trapa del Divino Beneplácito” lo llama él, sin perder nunca el gusto por las bellas paráfrasis.

los secretariados de la Obra, y su *Testamento Espiritual*.

—“Puedo aún manejar mi pluma y gritar desde mi prisión: ¡Adveniat!”

Y, pese a su pecho y su corazón enfermos, todavía predica, de tiempo en tiempo, en el Seminario Mayor ubicado enfrente del hospital. Encorvado, el Apóstol de largos cabellos blancos se arrastra paso a paso hacia el coro, con el rostro desfigurado por el dolor y desfalleciente de agotamiento. Sin embargo, apenas la primera frase ha salido de sus labios, la vida estalla y renace en él. El anciano gastado y silencioso es otra vez el Apóstol, arrebatado por todo el ímpetu del Espíritu y por toda la potencia de su verbo. Decenas de veces los seminaristas pueden asistir a esta transfiguración. La diferencia entre el anciano enfermo postrado y el Apóstol que predica es tan sorprendente, que muchos espíritus malintencionados, incapaces de explicarse esta transformación, lo tachan de comediante y de farsante.

Los sufrimientos del anciano Apóstol se ven mitigados por dos grandes consuelos: su misa cotidiana y la oración.

“La Providencia se ha encargado de saciar mi sed de una vida monacal de silencio y de oración... Bendito sea mil veces el Rey de Amor que ha colmado, a la hora undécima, los deseos que El mismo había encendido en mi alma. El Corazón de Jesús me obliga a completar lo que muchas veces ha faltado a mi apostolado activo: regar con agua viva la semilla echada a los cuatro vientos del mundo. Acabo aquí, en consecuencia, lo que faltaba al trabajo de Marta. En ese surco abierto hace muchos años, trataré de derramar ahora, con la preciosa sangre del cáliz de mi misa, las últimas gotas de mi propia sangre... Vayamos y muramos con El”.

Pero en esta muerte está también el secreto de la Vida. Y en la cima adonde cada mañana asciende para ver al que ama y ser, penetrando la nube luminosa, una misma persona con El, su alma se transforma de claridad en claridad, llena de la plenitud de Dios; y ve la anchura y la longitud, la altura y profundidad de la caridad de Cristo, superior a todo conocimiento... “Así amó Dios al mundo”¹. Quiere, así, que su último mensaje a los hombres, y especialmente a los sacerdotes, sea un himno al Misterio del Sacrificio. Y en vísperas de su quincuagésimo aniversario sacerdotal (17 de diciembre de 1948), escribe su maravillosa meditación *El Santo Sacrificio de la Misa*.

“Como en el cielo la contemplación beatífica se resuelve en un éxtasis de amor sin término ni medida, así también en esta tierra el Santo Sacrificio se revela en aquella luz intensa y misteriosa que brota fulgurante de una caridad abrasadora.

“Este es, pues, el caso de saborear aquel axioma de vida espiritual que dice: *Ama et cognosces*. “Ama y conoce”.

“Si quieres ver en la impenetrable oscuridad que envuelve el Altar del Sacrificio, si quieres contemplar lo realmente incomprensible que ahí ocurre, ama, ama, ama... y conocerás. *Diligam te Domine*. “¡Que te ame, Señor, para ver y comprender!”

Con motivo, asimismo, del quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del Apóstol, Pío XII le dirige aquella epístola que viene a ser como la síntesis perfecta de los frutos y bienes que la Entronización atraerá sobre la sociedad humana.

“... Al desear consolarte en la presente enfermedad,

¹ Juan, III, 16.

queremos formular, al mismo tiempo, ardientes votos por que en breve recobres tus fuerzas y así puedas, de nuevo, entregarte con ardor a esa laudable empresa (la Entronización), haciendo que tome mayor incremento cada día.

“Que el Divino Redentor vuelva otra vez a reinar en la sociedad civil y en el hogar doméstico, mediante su ley y su divino amor, y entonces, sin duda alguna, serán extirpados aquellos vicios que vienen a ser como las fuentes de la infelicidad y miseria de los hombres. Entonces, también, las discordias desaparecerán; la justicia —pero la que en realidad es verdadera justicia— consolidará los cimientos de la sociedad humana, y la libertad auténtica, aquella que nos adquirió Jesucristo (Gal 4,31), hará honrosa la dignidad de sus individuos y los convertirá en hermanos”¹.

A comienzos de 1949 los ataques de angina recrudecen. Sufre una violenta crisis y aspira penosamente el oxígeno en medio de una desesperada angustia respiratoria; se le administra la Extremaunción y el médico le susurra al oído:

—“Si usted tiene últimas disposiciones que tomar, hágalo pronto. Probablemente no pasará la noche”.

¿Disposiciones?... Sólo pide que las misas ofrecidas después de su muerte, no lo sean por su alma, sino por el triunfo y el reinado de Cristo Rey.

Sin embargo, las crisis graves se repiten varias veces sin causar el desenlace fatal. Y, aunque sufre indeciblemente, se abandona confiado a la Voluntad de Dios.

—“Prometo abandonarme ciegamente a vuestra di-

¹ Dada en Roma, cerca de san Pedro, el 11 de julio de 1948.

vina Voluntad: en la cruz bendita de mi enfermedad y en la cruz moral de mi inacción y soledad...”¹.

Y cada mañana, las palabras del Trisagio salen de su corazón y de sus labios:

Santo, Santo, Santo....

En noviembre de 1951 se le traslada a la clínica del Hospital de Nuestra Señora de la Merced de Montreal. Su salud pareció entonces afirmarse; iba aún a desmentir todos los pronósticos.

Así, cuando el Padre General² le pide, lleno de filiales cuidados por su salud, que renuncie a su cargo de Director General de la Entronización, rehúsa firmemente aceptar la dimisión.

“Habiendo rehusado categóricamente aceptar la dimisión de mi cargo, quiero ser y debo probar, que, crucificado y a pesar de mi clausura, soy el Director efectivo de una obra que quiero más que a mi vida.

“A este efecto, he hecho y haré de vez en cuando, acto de autoridad como hermano mayor, dando consejos y dirección e imprimiendo un rumbo al bajel glorioso de la Entronización”³.

Y tal como lo promete, lo cumple. En otra carta, dice a los apóstoles de la Entronización:

“Leed a la luz de la Lámpara del Sagrario estas recomendaciones, a fin de que la Entronización no se reduzca a un mero gesto hermoso de piedad sentimental,

¹ Acto de Consagración, 11 de febrero de 1950, Hospital Saint Joseph des Soeurs de la Providence, Les Trois-Rivières.

² El P. Juan del Corazón de Jesús d'Elbeé, ex teniente Claudio d'Elbeé, a cuya vocación y la de su esposa Luisa el Apóstol estuvo, como hemos referido, tan íntimamente ligado.

³ Circular a los Apóstoles de la Entronización (junio de 1953).

sino que sea, por el contrario, una Obra viva, savia sobrenatural de la sociedad.

“No multipliquéis sin discreción las entronizaciones. Sed delicada y tenazmente intransigentes al prepararlas y al hacerlas. Decid con claridad y convicción, que en el santuario del Divino Corazón, es absolutamente intolerable e imposible, el consorcio de mundanidad y de vida cristiana. El hogar que quiere ser la Betania auténtica del Corazón de Jesús debe observar Su Ley y vivir el espíritu del Evangelio.

“Pedid siempre que la Entronización se renueve en la intimidad de la familia en las grandes horas de alegría y en las tristes horas de duelo. ¡Sí! Cuando se ríe y se llora, Jesús debe estar presente, como estuvo en las bodas de Caná, y en Betania de luto por la muerte de Su amigo Lázaro. También en los Primeros Viernes y en las grandes festividades de Nuestro Señor y de la Virgen María, Jesús no debe ser un huésped de paso, sino el Rey y el Amigo que reside y vive entre los que lo adoran como Dios y Señor, y que lo aman por encima de todo. ¡La imagen entronizada debe recordar siempre la presencia de Jesús, como la Lámpara ante el Sagrario!

“Igualmente esforzaos, abnegados apóstoles, para obtener que se haga, entre los miembros más fervorosos de la familia, la Adoración Nocturna en el hogar ante la imagen entronizada. Una vez al mes, por lo menos, y en espíritu de reparación social.

“Y empeñaos en conseguir, sobre todo, que la Betania del Corazón de Jesús se transforme en un Tabernáculo vivo por el fervor eucarístico de todos sus miembros.

“Y tened por cierto que yo trabajo con vosotros en la undécima hora de mi vida, con la potencia del Cáliz, y que predico aún ... ¡en el púlpito de la cruz! ...”

En el Hospital de Nuestra Señora de la Merced permanece cuatro años. Cuatro años en que la añoranza de Chile embarga su corazón. Cada día que pasa siente aumentar su nostalgia por la vieja casa de Valparaíso. Anhela regresar al punto de partida. Es en Chile, y no en Canadá, donde el círculo de su vida debe cerrarse.

Así, contra el veredicto unánime de los médicos, que afirman que el vuelo en avión le será fatal, en el verano de 1956 llega de vuelta a Chile.

—“No se asusten —escribe a unos amigos de París—, no es un fantasma que les escribe; soy yo, su fiel amigo. Estoy llegando de una vuelta al mundo que ha durado 49 años... He recorrido nuestro planeta hablando en seis idiomas del Rey Amor... He tenido, sin embargo, un rechazo: Kerensky me cerró las puertas de Rusia”.

Algunos días después de su llegada a Valparaíso, predica el retiro mensual a la comunidad y pretende no detenerse ahí. Se presenta en el púlpito de la vieja iglesia en la que, medio siglo atrás, iniciara la Cruzada de la Entronización y, más tarde, la Cruzada de la Hora Santa.

Al aproximarse, luego, el cincuentenario de la Entronización, tuvo la idea de reunir en un congreso interamericano a los directores nacionales de la Obra. El congreso no pudo llevarse a efecto sino a mediados de septiembre de 1957, pero en los días 21, 22, 23 y 24 de agosto, con el beneplácito del Papa, celebráronse misas día y noche, sin interrupción, en el Santuario de las Apariciones de Paray-le-Monial. Unos cincuenta sacerdotes de los Sagrados Corazones llegaron, con este fin, de todas las partes del mundo. Asimismo, en todas las naciones del orbe ofreciéronse misas y vigiliass de adoración.

Al congreso de Valparaíso, presidido por el Apóstol, asistieron representantes del Brasil, Perú, Argentina, Ecuador, Estados Unidos y Chile. Pero éste se transfor-

mó, como era de esperarse, en retiro. Y siendo un retiro para sacerdotes, el tema en que más insiste es, por supuesto, el de la Santidad Sacerdotal. Durante cinco días, desde el 15 hasta el 19 de septiembre, el valetudinario Apóstol habla a aquellos sacerdotes con el mismo fuego y entusiasmo, la misma convicción y elocuencia de sus mejores tiempos. Les habla tres veces al día y cada vez durante más de una hora. “Sentíamos que quería comunicarnos —nos dice el padre Lázaro Rouy, que asistió al congreso en representación del Perú—, a nosotros que hemos recibido la honrosa misión de continuar su Obra, todo lo que recibió él del Señor durante su vida de Apóstol, todo lo que aprendió en sus íntimos coloquios con el Corazón de Jesús y en sus contactos con las almas”¹.

En la mañana de la clausura del congreso asisten todos a la misa que el Apóstol celebra en su oratorio privado, contiguo a su celda. Sus débiles piernas, cansadas de recorrer los caminos del mundo, ya no pueden sostenerlo, y debe celebrar el oficio sentado frente al altar, donde, por privilegio especialísimo concedido por el Papa Pío XII, mantiene permanentemente la Santa Reserva. “Esta fue la mejor y más elocuente de todas sus predicaciones, por la extraordinaria piedad y devoción con que realiza este acto”, comenta asimismo el padre Lázaro Rouy. Después de su última plática, los reúne nuevamente a todos al pie del altar para entonar el *Magnificat*, y les da su última bendición. Y en aquel momento, cada cual en su propio espíritu, “todos tuvimos la vívida conciencia de que su Obra, por ser obra divina fundada por un santo, lejos de desaparecer después de su muerte, seguirá propagándose más y más

¹ “¡Reinarás!”, N° 600, septiembre-octubre de 1957, pág. 194.

por todo el mundo"¹, avasallando las almas, las familias, las sociedades y las naciones...

Un debilitamiento progresivo obliga luego al anciano Apóstol a quedarse recluido en su celda. Aquí recibe diariamente a numerosos sacerdotes y seglares. Oficia cada mañana la misa en su oratorio y en éste pasa, ab-sorto, largas horas del día en adoración. Lo mismo que su hermana espiritual, "se consume en presencia del Santísimo como un cirio ardiente para devolverle amor por amor"². Y fiel a la súplica del Maestro: "¡Levántate, ven y consuélame!", en la alta noche se levanta para hablar, al abrigo de las sombras y del silencio nocturno, de corazón a Corazón con Jesús. Igualmente, en la víspera de cada Primer Viernes hace aquí la Hora Santa acompañado de un escogido grupo de seglares.

Disfruta todavía las alegrías de la Última Cena.

En diciembre de 1958 comienza el Calvario: afección a la próstata, anemia general y una extrema tensión nerviosa; además, el área de la llaga supurante del pie (se infligió la herida al caerse en su oratorio) se extiende peligrosamente.

En la noche de Navidad, al escuchar repicar las campanas anunciando el nacimiento del Salvador, llora amargamente en su lecho: su estado no le permite levantarse. ¡Y él, que se había preparado con tanta alegría para celebrar la Misa del Gallo, en el sexagésimo aniversario de su primera misa...!

Tres días después se le interna en el hospital Carlos Van Buren. Aquí permanece cerca de tres semanas y vuelve, en el mismo estado casi, a su celda. Una enfermera lo cuida durante el día y una monja, durante la noche.

¹ Idem, pág. 196.

² Santa Margarita María, Autobiografía, pág. 28.

Padece insomnio y atroces trastornos digestivos. Sus brazos y piernas, por efecto de la arterioesclerosis, están plagados de sangrientas escoriaciones. Su inapetencia es completa. La comida le causa invencible repugnancia y le cuesta grandes esfuerzos de voluntad tener que someterse a tragar la sopa de sémola con jugo de carne que le dan ahora todos los días.

Pasa siempre la mayor parte del tiempo en su oratorio, rezando.

—"Lo que más me aflige —confiesa a su discípulo dilecto— es no poder oficiar la misa. Me dan la comunión todos los días, pero eso no me basta. ¡Ah, hijo! Ahora sólo rezo y sufro..."

Se recoge un momento en sí mismo. Ante él está la imagen del Corazón de Jesús con la esfera del mundo en una mano y el cetro en la otra, y bajo ella, la pintura del cuerpo yacente y ensangrentado de García Moreno, el *Gran Mártir*.

—"Pero agradezco al Señor esta cruz —añade con valor—. Será ella la que obre mi última purificación en la tierra. Rece, hijo, por el triunfo del reinado social del Corazón de Jesús, y también por mí, para que muestre bendiciendo su Amor con mi último aliento".

Una libélula bate sus élitros iridiscentes, violados y verdes a la luz del sol, tras los vidrios de la ventana; un rayo irrumpe por el tragaluz y retoza alegremente sobre la alfombra. A través de los vidrios, contempla con ojos melancólicos la escamosa fachada amarillenta de la sala de Capítulo, en el ángulo norte del segundo piso; allí lo prepararon, hace setenta y cinco años, para su primera comunión.

—"Eso fue ayer— suspira con nostalgia, y recita con su bella voz los versos:

*Al brillar de un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos:*

¡tan corto es el vivir!”

A veces, cuando las mañanas son bellas y él se siente mejor, la enfermera lo saca en la silla de ruedas a tomar sol al jardín. Unas gafas oscuras protegen sus ojos inflamados y una gruesa manta cubre sus rodillas. Pasa ahí las horas orando en silencio, a la leve sombra de las palmas, junto a la fresca gruta de la Virgen, donde el agua canta en la fuente y los peces de colores nadan en la linfa umbría de las piedras musgosas. Pero interiormente lo consume la angustia. No piensa más que en la misa.

Después de tantos días sin celebrarla, el día de la Ascensión del Señor puede, esforzándose con dolor, ofrecerla; pero, al terminar de leer el último evangelio, pierde el conocimiento a causa de la emoción.

El 13 de mayo la celebra otra vez y no sufre ningún trastorno. Pero en los días que siguen una rebelde bronquitis le impide levantarse y no vuelve a oficiarla.

La víspera de la festividad del Corazón de Cristo, el 4 de junio, llora, inconsolable, durante el día entero. Gime y llora con una angustia atroz. Con una angustia profunda y desoladora.

Al atardecer, su discípulo dilecto llega a verlo. El anciano lo abraza sollozando.

—“Mañana es la fiesta del Corazón de Jesús... —gime— y yo no podré celebrar la misa... ¡y ni siquiera escucharla!...”

Alza los brazos llagados y enflaquecidos.

—“¡Ah, Jesús, qué agonía!... Ni cuando murió mi padre, ni cuando murió mi madre he sentido tanta aflicción...”

Lentamente, tiernamente, su discípulo acaricia su frente y sus blancos cabellos venerables. Calla conmovido, con la garganta estrangulada, ante aquel dolor desmesurado, donde arde el fuego vivo de Dios. Se in-

clina y tiende el oído, para que sus palabras lo penetren mejor. Sabe que su misión será transmitir las, después, al mundo. Piensa que ni una sola de sus palabras debe perderse. Porque una sola de sus palabras, de ello está seguro, puede salvar al mundo.

—“Durante todo el día he escuchado las voces de los muchachos que levantan el altar para la procesión...¹ Mañana allá fuera todos cantarán de gozo y yo aquí en mi lecho lloraré de amargura... Sufro lo indecible, hijo... —y aprieta las manos de su discípulo convulsivamente entre las suyas, mientras las lágrimas arrasan sus ojos—. No se escandalice si lloro, hijo... Tengo que desahogar esta inmensa pena... Llorar no es una flaqueza... pues quien no sabe llorar, no sabe amar...”

Sucédense los días y las noches, las semanas y los meses y sus trastornos se agudizan cada vez más. Todo le causa mil torturas: los vértigos, el insomnio, los trastornos de la sensibilidad y la motilidad. La llaga del pie, anchamente extendida, no cesa de supurarle y el menor toque, el menor roce de las sábanas lo hace padecer.

Se asa en la parrilla a fuego lento.

Pero cada mañana las palabras del Trisagio salen siempre de su corazón y de sus labios:

Santo, Santo, Santo.

Y estrecha el crucifijo contra su corazón.

—“Sólo pido una gracia —dice a su discípulo—. Celebrar una misa más antes de morir. —Y después de una pausa, alzando el crucifijo, y con voz plena y vibrante, como inspirado—: Sufro, Jesús, por Tu Nom-

¹ Se efectúa en el patio del colegio.

bre y por Tu Gloria. Toma mis dolores, como perlas preciosas, de las manos puras de la Virgen Dolorosa, tu Madre, y engárzalos, Jesús, en la corona de Tu Gloria... ¡Amar tu Corazón y hacerlo amar! Esta ha sido mi única delicia. ¡Recíbeme en el Paraíso de tu Corazón! Porque, en mi vida, no he tenido más que un propósito: en ese cielo vivir, y en ese cielo morir..."

El 25 de diciembre de 1959, sexagésimoprimer aniversario de su primera misa, ayuna todo el día y no come nada.

Sus facciones tienen el marmóreo color de la muerte. Se le inyectan millones de unidades de penicilina para detenerle la gangrena del pie izquierdo. La gangrena le ha roído el pie en forma espantosa; se le ven los blancos tendones del talón y uno de los dedos está negro y seco.

Solicitando del Papa Juan XXIII la bendición apostólica, el 27 dicta a su discípulo una carta dirigida al Cardenal Secretario de Estado, Doménico Tardini: "... Viejo y enfermo, después de haber predicado en el mundo entero, con la bendición y plena aprobación de los soberanos pontífices, el reinado social del Sagrado Corazón en los hogares, deseo le pida antes de morir, la bendición apostólica. Que confirme la de todos sus venerados predecesores..."

El 14 de enero le amputan la pierna, y pronto comienza a sentir, como su "hermana" santa Margarita María en su agonía, el abandono mismo de Dios. Como ella, experimenta un extraño escrúpulo acerca de si habría hecho todo lo que debía para la salvación de su propia alma, y como ella, se estremece y gime igualmente de angustia. Y clama también a voces:

—“¡Misericordia! ¡Misericordia!...”

Se confiesa ahora todos los días con un padre de la

misma comunidad. Lo hace llamar a cada instante y cuando éste no acude con premura a sus llamados, le dice:

—“En el mundo hay muchas almas que salvar, pero aquí en la casa hay también una”.

La música, en él, se ha interrumpido y tanto su mente como su alma no dejan escapar otra cosa que los espasmos del dolor. Su sufrimiento es, ahora, el de Jesús en la noche del Huerto: desolación y agonía. Reza, pero su oración no es ese movimiento natural, esa respiración dichosa del alma; no es, tampoco, una sucesión de hermosos pensamientos; es un sollozo, un sollozo que se resuelve en un “amén”. “¡Así sea!” es toda su oración.

La noche del 5 de mayo llega, por fin, la muerte. Muere dulcemente, como quien se sume en plácido sueño. Sus manos delicadas de dedos ahusados, sus bellas manos de noble ascendencia aprietan el crucifijo. El reloj marca las 21.50. Los padres de la comunidad rodean su lecho,

La muerte ha dado a sus distendidas facciones un tinte marfileño y su rostro yace como esculpido en una maravillosa, alada serenidad.

La sombra de la arcilla humana, ya no roza al cisne inmaculado.

—“El Señor me es testigo que mi único anhelo es transformar mis últimos días en una Misa tres veces santa, y así por El, la Víctima, el Mediador, y en El, el Pontífice, consumirme a fuego lento, y en esta dichosa inmolación de caridad, glorificar a la Santísima Trinidad en la redención de muchas almas”¹.

¹ Palabras del final de un artículo que el Apóstol envió, desde el Canadá, a la revista “Renovabis” del Seminario Santo Toribio de Lima.

Todo está consumado.

*
* *

Comienza la misa de requiem. Las naves rebosan de la misma hambrienta muchedumbre que escuchó alguna vez su palabra desde aquel mismo púlpito, y que conserva sus palabras en su corazón como un tesoro sin precio. Las mujeres sollozan y una tristeza inexpressable nubla los rostros de los hombres. El túbulo está cubierto por ornamentos sacerdotales de color morado. El rostro del Apóstol, como una brillante piedra blanca en el fondo de un río claro, se distingue nítidamente a través del vidrio de la urna, y los ojos de Cristo, en el altar de la derecha, mostrando al mundo Su Corazón por la abierta túnica bordada con flores de oro, parecen estar fijos sobre él, llenos de imponderable dulzura; y la bella estatua de su "hermana" Margarita María, de faz extática, arrodillada a los pies de Cristo parece murmurar preces jubilosas celebrando su entrada al Paraíso.

La oración fúnebre, al término de la misa, es pronunciada por el Superior del convento de "Los Perales". Oficia el responso final el obispo de Valparaíso, mientras los sacerdotes, tanto de la comunidad como del clero diocesano, rodean el túbulo.

Al término de la ceremonia, los fieles se acercan en fila para contemplar por última vez el rostro del Apóstol. Las lágrimas ruedan silenciosamente de los ojos de las mujeres y los hombres, que se detienen frente a su rostro como si cada cual quisiera grabarse para siempre en su memoria cada uno de sus rasgos. Todos saben que su voz no resonará ya más sobre la redondez de la tierra; que ha callado para siempre; y que en las

primeras horas de la tarde, su cuerpo será bajado a la cripta donde reposan sus hermanos.

El círculo de su vida se ha cerrado.

Nace un día grande entre todos en la historia de la Iglesia: el 18 de noviembre, aniversario de la consagración de las basílicas de san Pedro y san Pablo. Este día marca el fin de una época y el comienzo de otra nueva: la Iglesia sale de la oscuridad de las catacumbas a la luz del sol; Constantino el grande ha dado, por el "Edicto de Milán", plena libertad al culto cristiano y las dos primeras iglesias romanas se edifican sobre los sepulcros de san Pedro, en el Vaticano, y de san Pablo, en la Vía Ostiense. Consagradas a la memoria de ambos apóstoles, las dos columnas de la Iglesia primitiva, un 18 de noviembre por el Papa san Silvestre, este día está también destinado a ver nacer al Apóstol de los Últimos Tiempos; el Apóstol escogido para edificar el templo espiritual —el *Cuerpo Místico de Cristo Rey*— de millones y millones de almas que, cubriendo la tierra, elevan sus voces y aclaman a Jesús:

*¡Te amamos, Jesús, porque eres Jesús!*¹.

Hoy, 6 de mayo de 1960, se le sepultará en la cripta que existe bajo el altar mayor de la iglesia. Aquí, hace sesenta y un años, cantó él su primera misa, y aquí se acaba de oficiar la última de su vida; aquí inició él su cruzada mundial de la Entronización y la Hora Santa, y aquí lo echarán —justamente un Primer Viernes—, envuelto en sus hábitos, bajo el pavimento del altar.

Uno de los apóstoles más grandes que ha visto el mundo, después de Pablo de Tarso; el Apóstol del Cuerpo Místico de Cristo Rey; el Apóstol de los Últimos Tiempos, ha muerto.

¹ Conforme a su visión de Paray-le-Monial.

A P E N D I C E

Las fuentes históricas en que nos hemos basado para escribir esta VIDA, han sido los propios documentos del Apóstol, que éste nos entregó, sus mismas obras y los frescos recuerdos de sus confidencias personales.

Nos hemos valido también de la pequeña biografía del P. Dalmas Mouly, escrita a fines de 1959 y publicada por su autor pocos meses antes de la muerte del Apóstol. El P. Dalmas Mouly fue secretario y guía del Apóstol durante sus correrías apostólicas a través de Francia, en 1922. Su ensayo biográfico, insuficiente en todos los aspectos por su misma brevedad, tiene el mérito, no obstante, de haber recogido impresiones muy interesantes.

Los documentos del Apóstol que hemos mencionado, son: "*Ma Vocation*", "*Los Cuatro Papas*", "*Peligros... Percances... ¡Adelante!*", "*Mosaico*", "*Qualis Missa, Talis Sacerdos*", "*Exhortación Espiritual a los Sacerdotes Italianos*" (escrita a pedido del P. Mario Venturini), "*Exhortación Espiritual a las Clarisas de Buenos Aires*" y su "*Testamento Espiritual*". Este último incluye "*Revolviendo mis Viejos Archivos*", "*Fragmento de mi Testamento Espiritual*" (entronización nacional en España), "*Guerra de Odio y Guerra de Amor*", "*Amigo, Sube más Alto*", etc.

Las obras son: "*Horas Santas*", "*Jesús, Rey de Amor*", "*Retiro Sacerdotal*", "*Sed Santas*" y el opúsculo "*El Santo Sacrificio de la Misa*".

Los hechos que el Apóstol nos relató personalmente, y que no hemos encontrado ni en sus documentos ni en sus obras, son los siguientes: el hecho que se refiere al juego favorito de su infancia, la construcción de casas; el hecho de la ceremonia de presentación en el templo, y el hecho de la conversión del médico racionalista en Paray-le-Monial.

En cuanto al "suceso" de Paray-le-Monial de la noche del 24 de agosto de 1907, nos hemos limitado a transcribir el relato que hace la señora Ella Crawley-Boevey en su declaración. Según ella declara, este hecho se lo refirió su hermano, vencido por el gran cariño que le tenía, accediendo a sus repetidos e insistentes ruegos de que le hablara del asunto. Pero le impuso antes severo precepto de no repetirlo a nadie. Personalmente, todo lo que nosotros pudimos sacar en limpio de este extraordinario acontecimiento, en nuestro trato con el Apóstol, es lo que referimos en el primer tomo de nuestra biografía (publicado anticipadamente hace año y medio por Ediciones Paulinas). A todos nuestros requerimientos para que nos revelase el secreto de este hecho, nos respondía siempre con intranquilidad: "¡No me pregunte, no me pregunte...!", como si lo apuñalease al instante el terrible temor de caer en el satánico pecado del orgullo. Sólo una vez, a medias palabras, nos habló de ello; y mientras las palabras le brotaban como quemándole los labios, el resplandor de una intensa luz de fuego transfiguraba su rostro. Pero tuvimos la clara impresión de que no nos había revelado el hecho en toda su magnitud. Y, tratando de adivinar el *nombre verdadero* que Dios le había dado entonces, creímos que éste era el de *Consolador*. Arribamos a esta conclusión al ver de modo tan patente el *Digitus Dei* en sus "*Horas Santas*". Esto no era más que una

interpretación personal, y fue en esta calidad como lo consignamos en nuestra biografía.

Respecto al hecho de la lluvia de rosas que cayó sobre María Murga en la iglesia de "La Merced" de Arequipa, y respecto a la aparición de san José a Eduardo, nos hemos atendido igualmente en ambos sucesos, al relato textual de la señora Ella Crawley-Boevey.

En otras cuestiones históricas de menor importancia, las observaciones del P. Eusebio Rinkes, apoyadas en documentos y datos muy precisos, nos han sido de gran utilidad.

DINO SCHIAPPACASSE

Viña del Mar, septiembre de 1963.

Se terminó de imprimir el 15 de julio de 1964 en los talleres de la Sociedad de San Pablo en Vicuña Mackenna, 10777, Santiago-Chile

"La ignorancia de las Escrituras
es ignorancia de Cristo".

EDICIONES PAULINAS
Colección Bíblica

Textos originales, interesantes y al alcance de todos, preparados por autores como J. G. Gourbillon, J. Pierron, G. Kittel, H. Muñoz, Ch. Hauret, etc., para facilitar la lectura de la Biblia.

EDITADOS:

- 1.—Cómo leer la Biblia
 - 2.—Biblia y Evangelios
 - 3.—Evangelio y Evangelios
 - 4.—Cómo leer el Evangelio
 - 5.—El Cristo del Evangelio
 - 6.—La Biblia y la Virgen
 - 7.—Pablo y su vida
 - 8.—Qué es la Biblia. ¿Por qué debemos leerla?
 - 9.—Los libros de la Biblia, 1ª parte
 - 10.—Los libros de la Biblia, 2ª parte
 - 11.—La noche y la fiesta de Pascua
 - 12.—La fuente de agua viva
 - 13.—El hijo del hombre
 - 14.—El Señor es mi Pastor
 - 15.—Hablemos del Evangelio
 - 16.—El Evangelio del Salvador
 - 17.—Biblia e historia
 - 18.—La salud de las naciones
 - 19.—El Cristo nuestro "Rescate"
 - 20.—Las tradiciones Bíblicas
 - 21.—El Mesías hijo de David
 - 22.—¡Conviértenos, Señor!
 - 23.—El esposo y la esposa
 - 24.—El Templo del Señor
 - 25.—Los testigos del hijo de Dios
 - 26.—El Templo nuevo
 - 27.—Hacia el Santuario del cielo
 - 28.—Abrahán, Padre y Modelo de los creyentes
 - 29.—Demos gracias al Señor
 - 30.—Amarás
- (En preparación nuevos números)

Haga sus pedidos a:

LIBRERÍA SAN PABLO

Avda. Bdo. O'Higgins 1626
Casilla 3746 — Teléfono 89145
SANTIAGO-CHILE